# Una pareja al margen

leïla chellabi



# Una pareja al margen

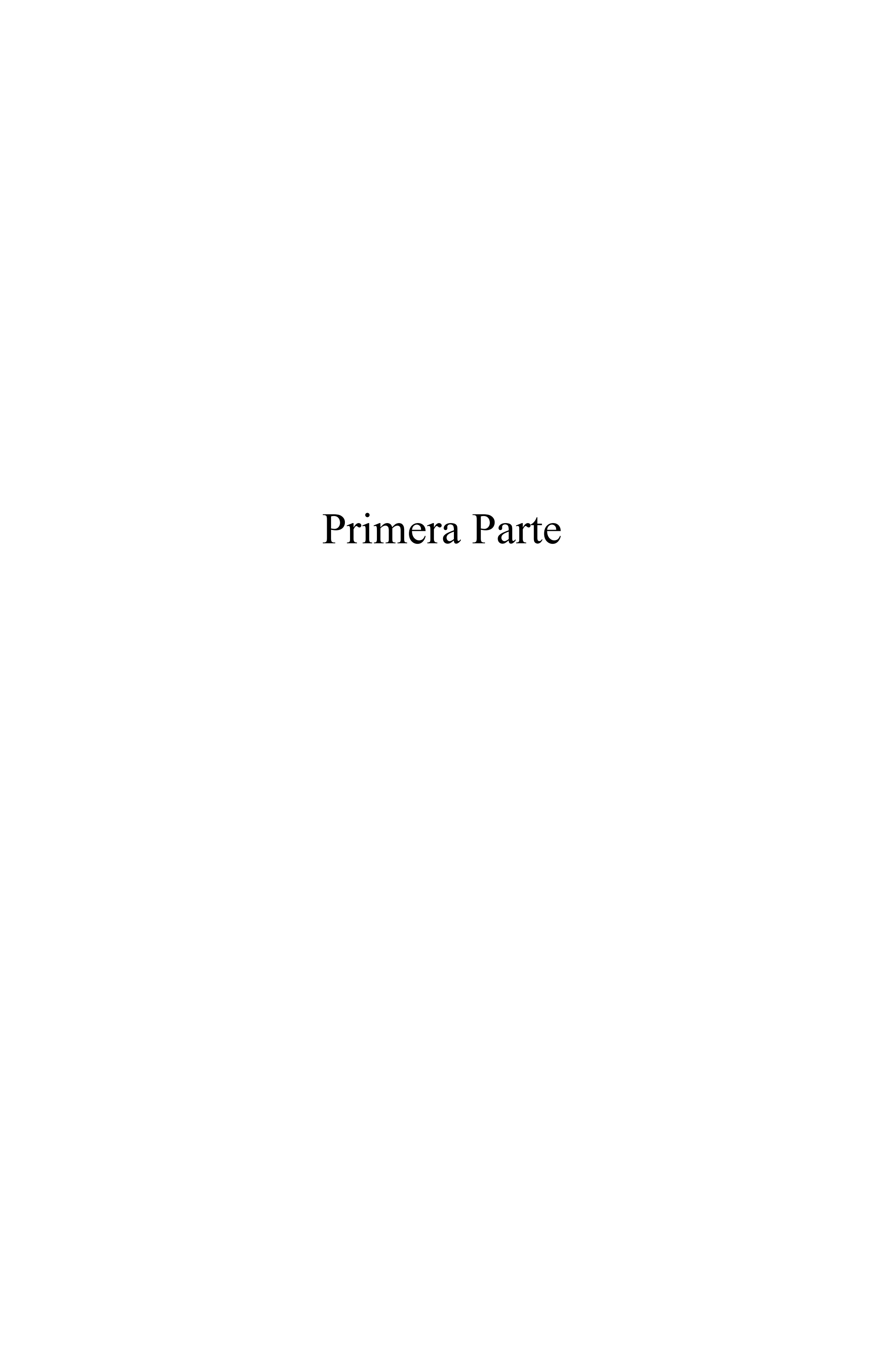
leïla chellabi



leïla chellabi

# Una pareja al margen

LCenteur



# Primera Parte

“No intenté saber, no intenté entender, sólo intenté amar. Y de ahí, un tropel, una cascada, un torrente, ¿qué sé yo? Se abatieron sobre mí. De todas partes llegaron, en tromba, insidiosamente, suavemente, tranquilamente o de manera muy agresiva, unas “necesidades de ser amada”. Eran tan fuertes, tan invisibles a primera vista, a menudo tan sorprendentemente inconscientes, que no dije esta boca es mía. No hay, sabe, componentes fraudulentas en esas necesidades, son vitales, y tomen las formas que tomen, son sinceras, auténticas, y a pesar de todo, muy deformadas por unas complejidades de la psique que no dejan de no dar su brazo a torcer en el hecho de que, al fin y al cabo, todos necesitamos ser amados, pero que no sabemos alcanzar este sueño que, cuando se presentan ciertos amores, ¡se transforman en pesadillas!

En mi necesidad de ser amada, probablemente, yacía incógnita esa necesidad de amar. Entonces, apenas tenía catorce años, y mi lucidez respecto a este tema era nula, excepto que organizaba en mi cabeza unas películas con unos guiones imposibles, ¡de los que era la protagonista perseguida por múltiples amores! ¡Y me funcionaba bien! Pasaba entre mis compañeros de clase con la cabeza alta y la mirada

misteriosa, pues al no estar entre ellos el afortunado pretendiente, me sentía realmente muy cómoda con mi secreto virtual, con la ventaja de que cambiaba de pareja según los días y las películas que escenificaba. Esa vida onírica estaba totalmente integrada en mi vida de adolescente, y por supuesto mis ocupaciones deportivas formaban parte de ella, pues mis pretendientes también participaban en ellas, a espaldas de todos por supuesto, lo que resultaba ser muy práctico. Tenía citas programadas con ellos, y apreciaba esas horas de encuentros imaginarios como si fuese una libertad valiosa que siempre me ponía en una situación inestable con los y las que formaban parte de mis amigos que no entendían por qué no podía verlos cuando parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Pero sin dar ninguna explicación, por ejemplo soltaba: “No, a las cuatro el domingo no puedo, ya estoy ocupada” lo que era mentira por supuesto, y que los consternaba.
Pero tenía dos vidas.
La primera perfectamente normal, la de una adolescente como las demás, y luego esa vida de amores múltiples que llevaba con energía en el secreto más absoluto, y que interfería en mi primera vida, sin que ésta estorbe lo más mínimo ese recorrido onírico cuyos complejos guiones a veces me ocupaban muchísimo tiempo. Mis amores clandestinos se impregnaban con los físicos de los actores americanos de la época, y los silencios, las entradas, las entrevistas de ellos que leía con avidez,

inspiraban mis historias de amor con una intensidad de la que no me habría pensado capaz.
Y así iba, en la vida cotidiana, apoyada por unos amores invisibles en esa necesidad de amar y ser amada de la que la sexualidad aún no formaba parte, pero en las que el deseo ya se manifestaba, de sopetón, dejándome hambrienta de amor y fatalista respecto al desenlace que ya tendría lugar algún que otro día, pero no hacía ningún plan en cuanto a este aspecto. En este tema, la presencia de mis padres me incomodaba, no me imaginaba entregarme a un hombre, su proximidad en ese momento me impedía cualquier alegoría al respecto. Prueba de que los padres probablemente no saben que solamente su presencia frena los más alocados delirios adolescentes.
Pero la mayoría de mis amigas tonteaban de manera descarada delante de sus padres, ¡en la habitación de al lado! Nunca he podido, incluso de más mayor, y nunca he entendido cómo era posible cuando la puerta podía abrirse en cualquier momento si la empujara una mano parental. ¡Pero bueno! Era problema de ellas, que por lo visto, para mis amigas no era ninguno.
Así transcurrieron mis catorce y quince años. Y hoy me pregunto lo que he guardado de ellos, aparte de mis pasiones deportivas por la natación y la bicicleta…”.
Sibylle ha llegado a este punto de su primer capítulo, y se levanta para ir a beber un vaso de agua, dándole vueltas a su pesar. De hecho, se pregunta si

realmente le va a interesar a alguien. Mis historias de adolescente bueno, ¿pero tendrá credibilidad un personaje al que atavío con estas historias? Van a creer que es ficción pura… Sibylle acaba de empezar a escribir, esta mañana, cuando no había planificado hacerlo. Todo esto se mezcla con su vida, sale sin que una sepa por qué, piensa ella, hasta yo había olvidado ese episodio de mi adolescencia, se vive, pasa…Sibylle está sorprendida de que esos años un poco particulares de su adolescencia vuelvan a salir así, cuando ya no pensaba en ello. Pero en absoluto.
Después de su vaso de agua, Sibylle decide salir a tomar el aire. Sigue llevando en la mano su bolígrafo, como una prueba de lo que acaba de salir de ella y que, tiene que reconocerlo, le exaspera un poco. No el hecho de que haya vivido así, más bien le hace gracia, sino el hecho de que unos recuerdos o partes de su vida puedan vivir sus vidas en su interior sin que sea consciente de ello. Eso sí que es más bien exasperante. Pues cuando Sibylle ha empezado a escribir, ella también pensó en un personaje… luego poco a poco, se ha dado cuenta de que en el fondo se trataba de ella. Sorpresa por lo menos perturbadora que intenta digerir al andar un poco. Sólo son las diez y el barrio está vacío. Normal, los hombres han ido a trabajar, las mujeres están haciendo la compra y los niños están en el colegio. Sibylle vive en un barrio de pequeñas casas agradables, en las afueras de una gran ciudad de Estados Unidos, un barrio de ejecutivos, casi todos trabajan en dos de las más grandes empresas de la

ciudad, que forman parte de las más importantes del suelo americano.
Su marido, Bert, es mitad americano y tiene la doble nacionalidad. Sibylle es francesa como la madre de Bert. Todavía no tienen hijos, se casaron hace un año y Bert ya lleva dos años trabajado en esa importante empresa como jefe de marketing, pero también es un crack en informática. Sibylle empezó a escribir en Francia, publicó un libro hace tres años, ¡y desde entonces no había vuelto a tocar un bolígrafo o un ordenador para ponerse a escribir! Es cierto que entre su familia en Francia, su familia política en Estados Unidos, su boda con Bert, fue una gran boda que requirió casi un año de preparativos, los viajes, y Bert con el que llevaba viviendo ocho meses antes de casarse, todo esto le ocupó mucho tiempo.
Y esta mañana, contra toda previsión, Sibylle se pone de nuevo a escribir. Sí, pero mis historias de adolescente, piensa, ¡hay que ver! Todavía está perpleja. Su vecina, Aurélia, otra francesa, aparca el coche en su garaje y viene a saludarla.
— ¿No te apetecería hacer un poco de footing por casualidad? le pregunta a Sibylle que acepta pensando que un lavado de cerebro respecto a sus historias de adolescente le resultará saludable.
Sibylle vuelve a su casa para ponerse las zapatillas de deporte, pues llevaba unas chanclas. Aurélia que ya las lleva puestas, la sigue.
— Estás un poco rara esta mañana, dice.
— Un poco sí, ya te contaré más tarde, primero a correr, venga, contesta Sibylle.

Y ya están en el recorrido de footing alrededor del barrio. Todo está pensado en Estados Unidos, incluso el recorrido para correr piensa Sibylle riéndose para sus adentros. Aurélia no para de hablar, Sibylle se pregunta cómo lo hace para respirar. Sibylle acelera el ritmo, lo que calla a Aurélia al cabo de tres minutos. Corren durante veinte minutos y cada una vuelve a su casa para ducharse antes de encontrarse de nuevo en el jardín de Aurélia. Momento de descanso para ésta que tiene tres hijos y normalmente no para. Ya que los niños están en el colegio, se otorga una hora de descanso con su amiga Sibylle, no sin haber puesto la lavadora en marcha primero.
El barrio sigue estando igual de tranquilo, excepto por el ruido de un coche que de vez en cuando vuelve a casa con una mamá cargada con bolsas y compras. Así pues, las dos saludan a la vecina de enfrente que acabar de llegar, Anna, una italiana muy simpática, que enseguida se invita a ese momento de descanso, aunque no tenga todavía hijos, su marido y ella llevan una vida mundana muy fértil en cenas, recepciones y más manifestaciones. El marido de Anna se dedica a los asuntos de la ciudad junto con el alcalde, es el único en no trabajar en las dos empresas ya citadas. Lleva una tienda de muebles en la ciudad y ayuda al alcalde.
Tres mujeres para un momento de descanso, zumos de frutas y algunas almendras, pues contienen magnesio, tal como ha dicho Aurélia al ponerlas en la mesa.

Hace un tiempo muy agradable en este principio de mes de junio, el aire está suave, el sol brilla, y las tres amigas, buenas vecinas, pasan el barrio por la criba para terminar hablando del recién llegado que se mudó apenas hace diez días, al lado de casa de Anna, enfrente. Un soltero, es el primero y el único en este barrio donde las familias se frecuentan, incluso cuando todavía no tienen hijos, como en el caso de Sibylle y Anna.
Este soltero, de repente, es una pequeña revolución para las mujeres. Los hombres, por su parte, no hablan de él, ¿habrán siquiera reparado en su presencia?
— A veces me pregunto si mi marido ve lo que lo rodea, me da la impresión de estar tan pendiente de su trabajo que ya nada más cuenta, dice Aurélia.
Enseguida, al mismo tiempo, Sibylle y Anna sueltan:
— ¡Al mío le pasa lo mismo!
Y las tres prorrumpen en risa.
Estas tres mujeres quieren mucho a sus tres maridos respectivos y también les gusta charlar así entre ellas solamente entre dos tareas domésticas u otras cosas.
Sibylle llega a contar su escritura de esta mañana a sus amigas que, al contrario de ella, piensan que esa historia de tufo de la adolescencia es extremadamente interesante.
— Puedes crear un personaje que vivió eso, ya está, después ya no serás tú, ¿exorcizas, no? pregunta Aurélia.

— Sí pero su novela tampoco tiene que llegar a ser una terapia, no es muy satisfactorio para un escritor, dice a su vez Anna.
— Las dos tenéis razón pero no es porque publiqué un libro que soy escritora, ¡es mucho más complejo! suelta Sibylle, lúcida en cuanto a ella y a su libro publicado, una novela.
— Tu primera novela es excelente, dice entonces Aurélia.
— Es verdad, dice Anna, me gustó mucho, y fácil de leer, lo entendí todo, dijo riéndose.
— En realidad, me pregunto si voy a seguir o no, voy a ver cómo se plantean las cosas en los próximos días, dice Sibylle, fatalista.
— ¡Eh! Chicas, ¿por qué no invitamos al nuevo vecino a unas copas o a una barbacoa para darle la bienvenida? pregunta Anna.
— ¿Por qué no? ¿Pero crees que los hombres estarán de acuerdo? pregunta Aurélia.
— No le pedimos su opinión, lo hacemos y punto.
— Me parece muy buena idea, dice Sibylle tras terminar su zumo de naranja.
— ¡Es verdad, parece sentirse perdido entre todas nuestras familias! Pero ya que somos, de lejos, los más simpáticos, vamos a invitarlo a unas copas o a una barbacoa. ¿Entonces, qué elegimos? pregunta Anna.
— Barbacoa, suelta Aurélia.
— Copas, dice Sibylle al mismo tiempo.
Nuevas risas.

— Vale, digo barbacoa yo también, ¿el sábado por ejemplo? ¿o el viernes por la noche? pregunta Anna.
Ahí ya se ponen de acuerdo las tres, para el viernes por la noche, será más agradable y los hombres no meterán las narices en el asunto ni tampoco se quejarán de que se ha cortado su fin de semana sagrado por la mitad.
— ¡Sí! Muy buena idea, lo hacemos el viernes.
Y las tres se organizan para saber quién compra qué y a quién se invita. En realidad, se invita a todos los vecinos relacionados directamente con el nuevo. Las cuatro familias enfrente de su casa, al otro lado de la calle, Sibylle, Aurélia y las otras dos, y las dos familias que lo rodean, Anna y por el otro lado los ingleses.
Queda por prepararlo todo y mandar las invitaciones a partir del día siguiente ya que hoy es viernes, lo cual significa que la barbacoa se hará el siguiente viernes, una semanita. Y esto les da alegría como si fueran unas adolescentes a la espera de una fiesta.
Y Sibylle, al dejarlas, pone mala cara, ¿por qué, piensa, pensar en unas adolescentes? Es Anna la que ha hecho el comentario. Y Sibylle, hoy en particular, aprecia poco este comentario no obstante totalmente inocente, piensa de nuevo. Pero Sibylle está un poco traumatizada por su aventura de por la mañana. Por fin vuelve a casa para preparar las cosas de su marido que debe ir a jugar al tenis a la vuelta del trabajo, ya estará hecho, piensa.
Los preparativos para la barbacoa se han hecho, los maridos no se han quejado, más bien satisfechos de

no tener que hacer nada. Y contentos de recibir y darle la bienvenida a un futuro compañero de tenis u otro deporte practicado con frecuencia en este barrio tranquilo de ejecutivos correctos desde todos los puntos de vista.
El marido de Anna está particularmente en forma el viernes de la barbacoa que por fin ha llegado, pues ¡todo llega! Y ya que Anna ha ofrecido su jardín y su casa, la más cerca de la del recién llegado, y que todos han aceptado, su marido, Paul, está encantado de recibir en su casa, incluso ha invitado al alcalde a que se reúna con ellos, y éste ha aceptado, pues tiene debilidad por este barrio tranquilo.
Las mujeres, como unas niñas buenas, han colocado unas antorchas en el jardín, la barbacoa está preparada, las carnes están puestas en filas así como los pollos y las salchichas. El pan del que se ha encargado Sibylle, el vino que trae su marido, en fin, todo está listo, sólo se esperan a los invitados que llegan unos tras otros. El recién llegado, Anthony, Anty para los amigos, declara, llega a su vez y las presentaciones van a buen ritmo. Están presentes once personas contando el alcalde cuya mujer no está en la ciudad sino en su familia, en Oregón. Once sin contar a los niños que corren por todos lados, pero finalmente han decidido quedarse delante de la casa de Aurélia, en el jardín de enfrente. Al ser siete los niños, si sumamos son…
Anna ha puesto música de fondo, de momento su cantante italiano preferido, Umberto Tozzi, muy poco conocido por aquí, y sorpresa, Anthony,

llamado Anty, dice apreciarlo mucho, estuvo de estancia en Italia en una empresa donde tenía un puesto de asesor, permaneció allí durante un año y conoce, ¡milagro!, a Umberto Tozzi. Esto alegra a Anna, y su marido se pregunta por qué. Una pizca de envidia cosquillea su excelente forma, pues él no sabía quien era Tozzi cuando conoció a Anna. Pero bueno, no voy a arruinarme la fiesta por esto, piensa, enfadado consigo mismo.
Sibylle, que no ha vuelto a escribir desde sus famosas páginas sobre su adolescencia, se deja llevar por la voz de Tozzi pensando que le gustaría bailar, pero pocas veces se prestan los hombres, así que vaga de unos a otros, hasta el alcalde que literalmente le echa el guante para preguntarle si no quisiera montar un taller de escritura para los jóvenes, y los menos jóvenes, en la ciudad, está dispuesto a poner una sala a su disposición.
— Entiende, la gente tiene que trabajar su imaginación, estaría bien, juntaríamos gente de edades distintas, y aportaría mucho a las generaciones que se verían ahí, ¿no? ¿No cree? ¿Qué le parece? pregunta el alcalde.
Sibylle piensa que es una idea muy buena pero se hace una pregunta: ¿realmente es ella la persona más adecuada? El alcalde se exclama que sí, que es la única capaz de encargarse de este proyecto y de animarlo, sólo ella puede llevar a cabo esta idea. Está seguro de ello.
Sibylle le asegura que va a pensar en ello, y que lo llamará a finales de la semana siguiente. El alcalde

está satisfecho, le dice esperar de verdad que su reflexión sea positiva y a favor de su proyecto. Luego Sibylle se aleja. Echa pollo en un plato y ensalada de arroz en otro y cruza la calle para llevarlo a los niños que han puesto su propia mesa. Están encantados y le dan las gracias. Tienen agua, coca-cola, están muy a gusto. Sibylle vuelve a cruzar la calle y esta vez, es Anthony, el nuevo, él que viene a su encuentro.
— ¿He oído que es escritora? dice.
— No, escribí y publiqué un libro, pero de aquí a llamarme escritora, ¡ya veremos con el tiempo! dice riéndose.
— Me gustaría leerlo, ¿se puede encontrar por aquí?
— No fue hace tres años en Francia, edición agotada, no lo reeditaron. Pero se lo dejaré, lo tengo enfrente, dice al señalar su casa.
— ¿Esta noche por favor? Después se nos olvidará.
— Vale, se lo traeré ahora. Es una novela, nada del otro mudo, dice Sibylle evitando la mirada de Anthony, sin que sepa por qué.
Probablemente porque Anthony tiene la mirada cálida, hace ya algún tiempo que ningún hombre no la ha mirado así, incluso Bert que está demasiado ocupado con su trabajo. Pero Anthony está muy cómodo, por lo visto, ella le gusta, y no intenta disimularlo, pero sin ninguna ostentación, ni palabra ni actitud equívoca, de hecho nadie se da cuenta, e incluso su marido, Bert, en plena conversación con el alcalde, no ve nada. Anthony sonríe antes de decir:

— ¡No se preocupe, no le voy a morder!
Luego prorrumpe en risa.
Sibylle ríe con él, ligeramente incómodo a pesar de todo de que haya reparado en su malestar. Pensaba que no dejaba ver nada, se ha equivocado, la verdad es que Anthony se fija en todo, parece muy observador. Muy observador. Y esta mirada morena, directa es muy “fisgona”, piensa al no encontrar la palabra apropiada que busca en vano.
— ¿Lleva aquí mucho tiempo? pregunta Anthony.
— Desde que nos casamos, hace un año, antes venía pero daba viajes entre Francia y aquí, contesta Sibylle de nuevo con cierta constancia. ¿Y Usted? pregunta, esta vez al mirarlo directamente a los ojos, ¿por qué está aquí?
— Probablemente para conocerla, y lo dice de manera tan natural y sin reír en absoluto, que Sibylle se sorprende con tal seriedad.
— ¿Bromea? le pregunta.
— En absoluto, nunca he estado tan serio en toda mi vida, dice antes de dar un bocado en el muslo de pollo que acaba de coger del plato.
Luego le acerca el plato a Sibylle diciéndole:
— Coja, échese un poco, no come nada. Es normal o… No acaba porque el alcalde acaba de reunirse con ellos. Sibylle piensa que todavía no ha comido nada esta noche y le sorprende que Anthony se haya dado cuenta, una vez más, nadie más se había fijado.
Su marido, Bert, sigue al alcalde y viene con ellos.
— ¿Entonces cariño, vas a aceptar la oferta del señor alcalde? pregunta sonriendo.

Pero a Sibylle no le apetece hablar del tema y elude la pregunta disculpándose para ir a servirse un poco de pollo, pues no le apetecía carne roja. De hecho, no tiene ganas de quedarse con Anthony en presencia de Bert. Y esto, constata, ¡no es normal para nada! No obstante es un hecho, y todavía no se atreve a enfrentarse a esta siguiente pregunta: ¿por qué?
Anthony no la perturba realmente, pero descubrir en la mirada que tiene hacia ella lo que le gustaría ver en los ojos de su marido, esto es lo que la ha perturbado, pues en realidad no se había dado cuenta de nada. Un año de matrimonio, piensa ¡promete! Sin embargo, quiere a Bert, pero esta noche se siente un poco desilusionada. En un año, su trabajo lo ha cambiado, en su cabeza, está más con el trabajo que con ella. Y es Anthony quien acaba de hacer de catalizadores de esta toma de conciencia que no alegra mucho a Sibylle. Pues se echa un plato de ensalada y añade un plato de pollo antes de sentarse en una pequeña mesa redonda desocupada que le ofrece un sitio tranquilo. Se sienta y unos minutos después escucha detrás de ella:
— ¿Puedo unirme a Usted? He dejado a su marido con el alcalde, sólo hablan de Usted. Prefiero hablar con Usted. ¿Puedo?
Ahora Anthony está de pie enfrente de ella, delante de la mesa. En una mano lleva una silla y en la otra un plato, casi está gracioso y Sibylle ríe antes de contestarle:

— Venga, siéntese. Ya ve que me he echado mucha comida. Normalmente, suelo comer pero esta noche, no sé por qué, todavía no me había servido nada.
Luego se pone a comer con apetito. Anthony se sienta a su vez.
— Dígame, ¿puedo invitarla a almorzar mañana, está libre? pregunta mirándola.
— Estoy libre, ¿pero a dónde quiere llegar?
— Quiero conocerla mejor, y almorzar es una buena manera de conseguirlo. Si dice que sí, la llevo a orillas del lago a veinte kilómetros de aquí, suelta.
— Vale, acepto, suelta Sibylle sin pensar.
— Muy bien, la recojo en coche a las doce en punto. ¿Le parece bien?
— Me parece bien, contesta Sibylle, pendiente de su ensalada.
— No pensaba que iba a aceptar tan fácilmente, dice entonces Anthony.
— Es una buena manera de cambiar el concepto que tiene de mí, y ¡quizás decepcionarle! ¿Está decepcionado? dice riéndose.
— Pero para nada, le gusta jugar, ¿verdad?
— No si trata de juegos de azar, cartas y demás pero con la gente, me gusta, es divertido y revela algunas cosas escondidas, es como hacer un test. En este sentido, sí me gusta jugar, pero no es profundo, es muy superficial, explica Sibylle.
— Tiene gracia, contrariamente a las demás mujeres en general, no me ha preguntado si estoy o he estado casado. Para mí, es interesante, dice Anthony.

— No, es cierto. Me basta con saber que está aquí solo, lo demás le pertenece, no es asunto mío, dice Sibylle que come el pollo con apetito.
— Es Usted sencilla y coherente, dice él.
— Me alegro de que, como con lo demás, se haya dado cuenta con tanta rapidez, contesta Sibylle.
Anthony también está comiendo, tranquilamente pero con apetito, mientras sigue observando a Sibylle, pero también a los otros comensales que están charlando, riéndose, intercambiando y parecen sentirse felices de estar ahí.
— Esta fiesta es agradable, se lo tengo que agradecer a todos, han sido muy amables, me conmueve, de verdad, dice Anthony.
Sibylle no hace ningún comentario. Ha terminado, se relaja en la silla y suelta:
— ¿Qué le parecería un postre?
— Me parecería estupendo, pero no se mueva, voy yo.
Sibylle mira cómo se aleja, tiene gracia, es curioso, piensa, tengo la sensación de estar aquí sola con él, ¿cómo puede ser con tanta gente al lado? Pero por supuesto, Sibylle no contesta a esta pregunta que juntará con otras o les impedirá llegar. Preguntas sin respuestas para una mujer que acaba de comer, ha cenado bien. Sibylle bebe agua desde el día en el que se enteró de que su padre tenía un problema con el alcohol. En realidad, alcoholismo mundano, llegado muy poco a poco, sin pillar una cogorza o emborracharse, sólo poco a poco, insidiosamente, y un buen día, ¡crac! Uno es alcohólico. Sibylle ha

solucionado el problema, desde entonces sólo bebe agua, y le sienta muy bien. No es el caso de Bert, y a veces se preocupa por él. No le gustaría que le pasara lo mismo que a su padre. ¡Pero bueno! Tampoco se va a comer la olla, piensa.
Anthony vuelve con los postres. Hay helado de chocolate, galletas para acompañar, y dulces de tipo lokums con agua de rosa.
— ¿Le parece bien? dice él.
— Anda que no, contesta Sibylle mientras coge primero un lokum con agua de rosa, sus preferidos.
Y de repente, se acuerda de las fragancias del Magreb donde fue con sus padres, hace unos años. De las especias, los olores en una medina. Fue un viaje rápido, ocho días, pero tan desconcertante. Aún se acuerda, como si fuera ayer. Se había hecho la promesa de volver allí, pero no tuvo la ocasión de hacerlo y luego Bert no se siente muy atraído por el Magreb. Una especie de nostalgia invade su corazón y su alma, se pregunta por qué pero no dice nada al respecto. Y prosigue:
— ¿No le gustan los lokums?
— Demasiados dulces para mí, dice Anthony mientras come el helado con las galletas.
— Mmm..., Sibylle se regala y lo manifiesta…
— ¿Por qué de repente se ha puesto nostálgica? dice entonces Anthony.
Sibylle se siente un poco exasperada de que una vez más haya adivinado sus pensamientos.
— ¿Es que siempre se pone a radiografiar a todo el mundo de esta manera? pregunta Sibylle.

— A todo el mundo no, ¡pero a Usted sí! Sonríe al decirlo.
Sibylle no contesta, pero está sorprendida por la precisión que manifiesta Anthony en sus observaciones. Sobre todo, es eso lo que la sorprende.
Hace muy buena temperatura, Sibylle está a gusto.
Algo ha ocurrido para ella esta noche, no sabe muy bien lo que es, pero ya no es exactamente la misma. Hay algo en el aire, en ella, y es agradable, suave y a la vez relajante. Se siente muy bien. Una especie de relax después de un estrés o una prueba deportiva, algo del estilo. Y curiosamente, siente su cuerpo más presente que de costumbre cuando normalmente no lo siente ausente. ¡Vamos! Todo esto invade su cabeza y su corazón, es asombroso, se siente diferente. ¿En qué? No lo sabe.
Luego Sibylle se ha levantado para ir a buscar su libro.
Simplemente ha dicho:
— Vuelvo enseguida.
Ha cruzado la calle, consciente de que la mirada de Anthony estaba puesta en ella y la seguía. Ha subido a su dormitorio y entonces ha vivido la conmoción más fuerte de su vida. Bert, su marido, y Aurélia estaban abrazados, a punto de caer encima de la cama. Se ha parado en la puerta, ellos no la han escuchado. Luego se ha escabullido sin decir nada para ir a buscar su novela. Ha salido sin hacer ruido, Anthony la esperaba tranquilamente mientras comía otro helado de chocolate. Y Sibylle se pregunta cómo Bert y Aurélia habían podido entrar en su casa

sin que nadie viera nada cuando ella misma se encontraba justo enfrente de la puerta de entrada de su casa. Habrían entrado por detrás. Era eso. ¡Pero qué imprudencia! Prueba de ello: los había sorprendido, y ahora, reloj en mano, acecha cuando van a volver a aparecer. Anthony le da las gracias por el libro que coge. Sibylle piensa que debe de adivinarlo todo, con la conmocionada que está. Pero Anthony no hace ningún comentario, como si no hubiera visto nada, Sibylle disimula su emoción, ¿pero lo consigue? Es la pregunta que se hace.
Nace un silencio entre ellos.
Ahora, se oye mejor a Elton John en música de fondo y que sale del salón de Anna. Esta última se acerca a ellos y les pregunta si va todo bien. Va todo bien. Luego se aleja diciendo:
— Busco a Aurélia, ¿no la habrás visto? le pregunta al marido de Aurélia que no la ha visto y habla con un vecino, compañero de tenis.
Sibylle está petrificada en su silla.
Anthony ha acabado el helado y dice:
— ¿Y si bailamos? ¿Me concede un baile?
Ahora, Sibylle tiene tantas ganas de bailar como de ahorcarse, pero acepta, no encuentra ningún buen motivo para rechazar la oferta. Bailan en salón de parqué, es el que se encuentra más cerca de la música. Ora pareja, al verlos, los imita. Es una balada y los brazos de Anthony son tranquilizadores para Sibylle que se deja llevar por la música. Baila bien, ella también. Y ahora está naciendo una intimidad, con mucha suavidad, y Sibylle se relaja

poco a poco, olvida, no lo que acaba de ver, sino la conmoción que ha provocado en su interior. ¡Un año de matrimonio y Bert con la vecina en su dormitorio! ¡Sí que es una sorpresa y sí que es una conmoción! ¡Y no se había dado cuenta de nada! ¡Esto también le afecta! La música puede con todo esto, la trastorna, ¿o más bien serán los brazos de Anthony, y también su cuerpo? Es cómodo, delgado pero cómodo. Musculoso, es agradable dejarse llevar en esta balada con él. Decididamente, sí que esta noche algo importante ocurre. Sibylle ya lo ha sentido y formulado en su interior antes, antes de la conmoción emotiva, y ahora está segura de ello, es diferente. Y les lleva ventaja a Bert y a Aurélia, los ha visto cuando ellos, no la han visto a ella. Y en contra de lo esperado, le saca una sonrisa. Probablemente sea por el silencio mágico que Anthony deja existir sobre la música, no dice nada, pero se muestra entero muy elocuente. Y a Sibylle le gusta.
Es entonces cuando ha visto entrar a Bert con Anna a la que ha invitado a bailar. Le hace unas señas con la mano a las que Anthony responde. Y esto también hace sonreír a Sibylle que no ha rechistado. Ahora los niños están acostados, algunas parejas bailan y otras están fuera, todos han comido, y ahora Sibylle ve a Aurélia guardando las cosas, yendo del jardín a la cocina. Es en este preciso momento cuando apoya su cabeza en el hombro de Anthony que la ha estrechado un poco más entre sus brazos.

Sí, de verdad. Esta noche, Sibylle se siente muy diferente.
Luego, cada uno ha vuelto a su casa, Bert había bebido demasiado, se ha desplomado en la cama y se ha dormido enseguida. Sibylle se ha dado un baño, para pensar. Anthony le ha hecho señas desde su ventana, le ha respondido a contraluz en la luz del cuarto de baño. La noche es oscura. El barrio vuelve a la tranquilidad. Y en la cama de Sibylle, el marido adultero se ha dormido con un sueño de plomo.
¡Siempre es así! ha pensado Sibylle, filósofa. Luego se ha ido a dormir a la habitación de invitados. Esta noche, ninguna gana de dormir en la cama conyugal.
Y ha dormido de un sueño de plomo hasta las nueve de la mañana. Bert se había ido sin despertarla. Lo ha preferido de lejos. Evitando así un cara a cara que no le apetece nada, por lo menos esta mañana.
Luego se ha arreglado para Anthony.

Es la primera cita con Anthony para almorzar cerca de un lago, lo que lo ha cambiado todo, o más bien que ha contribuido a prolongar ese cambio que Sibylle sentía casi con violencia. Fue determinante para el futuro de la vida de Sibylle. Porque el almuerzo fue a la vez un sueño y una especie de pesadilla. Sibylle pensaba que a lo largo de la noche anterior, su vida marital, ¡después de un año! acababa de dar un vuelco, esto era la pesadilla por una constatación de fracaso más bien violento del que probablemente era responsable en parte, lo que le incomodaba dos veces más. Y en cuanto al sueño, fue la atención que le prestó Anthony de repente muy discreto, al que no comentó nada, preguntándose si ¿lo había adivinado? Pero él no le dejó entrever nada y Sibylle pensó que no se habría dado cuenta de nada. No obstante, no estaba muy segura de ello. Anthony estaba a la escucha, mucho más que Bert, incluso al principio de conocerse, y mucho más que todos los hombres a los que había conocido, tres años de Bert. A fin de cuentas, cuatro hombres decepcionantes, pero también, ¿qué esperaba de ellos? ¿Y qué esperaban de ella? De nuevo, preguntas sin respuestas, que deja de lado durante este almuerzo de ensueño y de pesadilla, ¡simultáneamente! Tiene

narices, piensa. Y Anthony la volvió a acompañar a su casa, tenía citas a partir de las tres de la tarde.
Es al llegar a casa cuando se ha encontrado con Aurélia que volvía también.
Y Sibylle no quería saber de donde venía, evita a Aurélia al saludarla de lejos, y diciendo que tiene prisa. Entonces decide dejar de verla. Lo que hizo. Y Aurélia, más tarde, se quejaría con cierta desfachatez, advierte Sibylle que piensa que ¡realmente tiene mucho morro!
Luego Sibylle, que había tenido veleidades de tener una explicación con Bert, abandonó esa idea, y decidió no decir nada. Pero ya tuvo más relaciones íntimas con él. No podía hacerlo, ¡ya no! Pensando que si refunfuñara o se quejara, entonces sí que podría arremeter contra él. Pero Bert no se queja, no refunfuña. Las noches, los días pasan, ya no hacen el amor, y Bert no protesta, lo que probablemente, para Sibylle, es lo peor.
Y es así como en seis meses, una vida paralela con Anthony se ha puesto en marcha. Se ven, almuerzan juntos, a veces cenan, hacen footing, natación, sin que Anthony haya intentado hacer nada a nivel puramente sexual. Debe de sentir que no es el mejor momento, piensa Sibylle. Pero en el fondo, lleva razón, no es el momento, está demasiado trastornada por la actitud de Bert y su año y medio de matrimonio que llega a un fracaso total, en la indiferencia total de Bert que se folla a Aurélia, piensa Sibylle con razón. Piensa que el marido de Aurélia es tan ciego como lo estaba ella antes, pero no piensa abrirle los ojos. Qué

se la apañen solos, yo me salgo de este estúpido juego, qué se las arreglen, piensa.
Sólo es al cabo de siete meses cuando Sibylle toma conciencia de dos cosas importantes:
1) Tiene ganas de ir más lejos con Anthony, simplemente tiene ganas de él. He tardado, piensa, pero con todo esto, normal. Y la alivia.
2) El segundo punto le fastidia mucho más, se da cuenta de que acababa de vivir como lo hacía cuando, de adolescente, se inventaba unos amores en sentido único sin nadie enfrente. En efecto, al no saber nadie que sabe, Bert y Aurélia no pueden comprender o reaccionar, no la vieron, y ella no dice nada. Por lo tanto, vive en su cabeza una historia entre tres, entre cuatro con Anthony, sin llegar a nada ni con unos ni con otros. Y no sabe cómo salir de ésta, ahora, después de siete meses. En cuanto a Anthony, se arreglaría pronto.
Al haber tomado conciencia de estos dos puntos esenciales en su vida que se ha vuelto tarumba, de repente, Sibylle se siente mucho mejor. La alivia, la libera de alguna manera. Respira. Es en ese momento de sus pensamientos cuando suena el teléfono, es Anthony, propone una merienda en su casa con lokums con agua de rosa, lo que hace reír a Sibylle quien acepta y cruza la calle para reunirse con él. No hay nadie en los alrededores, todos están por ahí, de paseo. La calle tiene una tranquilidad casi inquietante, se trata casi de un pueblo fantasma.

Anthony la está esperando, en vaqueros, hoy no trabaja, ha mirado un informe en su casa, ha terminado.
Los lokums con agua de rosa están puestos en evidencia encima de la mesa de la cocina donde se dirige Sibylle, él está preparando un té, ¡oh! sorpresa de hierbabuena fresca.
— Acompaña los lokums, pero no le echo azúcar, luego se lo echas tú, sino no voy a poder… ¿te molesta?
— Para nada, contesta Sibylle, está muy bien así, y me lo voy a tomar sin azúcar.
Sibylle está contenta de estar ahí, sólo se ven fuera, ¿quizás por tacto por parte de Anthony?
— ¿Puedo visitar su casa? Nunca he subido, dice Sibylle.
— Ve mientras acabe, ve y dime lo que te parece. Lo he arreglado todo como he podido con lo que tenía, dice Anthony.
Sibylle sube, hay dos dormitorios en la primera planta. El de Anthony está ambientado zen. Tatamis y futón. Edredón japonés, es sencillo, sobrio, nítido, nada sobresale, esta habitación se parce a él, piensa Sibylle. El otro dormitorio tiene el mismo estilo pero no está habitado, es más frío, pero bonito. A Sibylle le gusta este estilo, es tranquilizador. El cuarto de baño es grande, agradable, abierto por dos ventanas que dan a la naturaleza, es chulo, piensa Sibylle que se lava las manos. Hay un vestidor grande entre los dos dormitorios con un número impresionante de ropa, zapatos, camisas, jerseys… y un pequeño

escritorio con un ordenador y carpetas. Sencillo, sobrio, nítido.
Sibylle baja.
— Es muy chulo, es como tú, suelta al entrar en la cocina donde Anthony ya ha terminado y se ha sentado.
— Ven, siéntate, toma, sirve el té, voy a buscar tu libro ¡que he leído tres veces! dice Anthony riéndose.
¡A Sibylle, con todas esas historias, se le había olvidado por completo que Anthony tenía su libro!
Y Anthony, encantador, vuelve. Tiene un gesto muy propio, piensa Sibylle, se pasa la mano en el pelo de una manera muy particular, y curiosamente, la mano izquierda, cuando es diestro. Coloca el libro en la mesa y se sienta.
— No me ha gustado este libro. ¡Lo puedes hacer mucho mejor! dice con suavidad.
Sibylle está consternada y pierde un poco la compostura, nunca se lo han dicho. Ni siquiera los críticos, lo que le cuenta, entre chanzas y veras.
— ¡Todos unos hipócritas! Suelta, o bien, no te conocen. Ya está. ¡No me ha gustado, lo puedes hacer muchísimo mejor! repite.
Sibylle marca un momento de silencio, el de la sorpresa, es cierto, y luego el del interés. Pero, a pesar de todo, contesta:
— Hablaremos de ello otro día, si te parece, lo que piensas me interesa, pero últimamente no tengo ganas, este libro, para mí, es algo ya antiguo, ¡casi

cuatro años ya! Y desde entonces ni una sola línea válida.
Anthony obedece así que no dice nada al respecto, y los dos se ponen a hablar de otra cosa y charlan hasta que el silencio los pille desprevenidos.
Anthony mira a Sibylle con intensidad, y esta mirada cálida la atraviesa. Pero ya no siente incómoda como a lo largo de la tarde de la barbacoa.
— ¿Me acompañarías arriba? pregunta.
— Estoy impaciente, contesta sonriéndole, en un murmullo.
Anthony la coge de la mano y con mucha dulzura la lleva hasta el dormitorio zen que le gusta tanto a Sibylle.
— Qué sepas que desde que estoy aquí, ninguna mujer ha entrado en este dormitorio, le dice al oído en un murmullo antes de quitarle la ropa hábilmente, también con mucha dulzura. Sibylle está sorprendida y de alguna manera enternecida Portu manera de actuar. Y se deja llevar, dócil y ya enamorada, le besa. Es durante este beso cuando la intensidad fogosa de Anthony le gana a esa dulzura, y la abraza antes de tumbarla en la cama donde se une a ella.
El ballet que sigue será creativo, con el ritmo cambiante pero intenso, y los suspiros afinados como para una melodía aún por componer que sin embargo toma cuerpo en la fusión que adelanta unas notas ligeras y afrutadas.
Unas palabras, aquí y allá, guiando, provocando, ejecutando, como un juego muy serio o bien un valioso doble o nada.

Iracunda, provocada, Sibylle, después, sabrá que nunca antes de Anthony había gozado de verdad, ni siquiera había tenido un verdadero orgasmo. De hecho, luego sabrá que antes era frígida, lo que no sabía. ¿Cómo saber antes del placer que no se tiene cuando es agradable sin más? Y será en apenas unos meses, la segunda conmoción o por lo menos una de las conmociones en cascada que la evolución de la vida, en su interior, le dará otra estocada más. Y de nuevo se hará preguntas sin respuestas enguanto a Bert por ejemplo. Preguntas que expulsará, que no tiene ninguna gana de hacerle, y que probablemente algún día evacuará, pero no es el momento. No, en absoluto.
Y ese té íntimo, tomado en el domicilio del amante Anty para los íntimos, va a cambiar su vida de nuevo. Él, trabaja mucho en casa, sólo tiene que cruzar la calle para reunirse con él, y una relación nace, que de hecho ya empezó hace siete meses, ya que los dos consideran que fue la tarde de la barbacoa cuando todo empezó entre ellos.
Y Sibylle, en los siguientes meses, va a hacerse preguntas sobre el hecho de seguir casada. En efecto, su matrimonio se ha desvanecido debajo de los escombros de esos montones de pensamientos que ha machacado y que han cortado totalmente cualquier tipo de comunicación entre Bert y ella. ¿Qué tiene que hacer? Se pregunta después de ese té en casa de Anty. Porque incluso sin imaginar qué pasará con su historia con Anty, no puede soportar la idea de una verdadera doble vida, quizás a causa de

ese principio de relación sexual con su amante que, hasta entonces sólo era un amigo con el que había entablado una amistad, amorosa es cierto, pero una amistad. Y era diferente. Totalmente diferente.

Sibylle aún está muy entretenida en su cabeza como cuando con catorce, quince años, vivía sus amores invisibles, pero algo ha cambiado, realmente ha sido engañada por un marido que, él, es una realidad, y ella acaba de engañarlo, es un hecho. De esto, ninguna duda. Se hace pregunta sobre el arte y la manera de poner fin a este matrimonio de la manera más decente posible. Finalmente, hace frente a Bert a partir del día siguiente esa memorable merienda, cuando éste vuelve del trabajo al final de la tarde.

— Bert, tengo algo que decirte, ¿tienes un momento?

— ¡Sí! Ni tenis, ni footing, estoy a tu entera disposición, cariño.

Bert, delante de ella, fresco como una rosa después de su jornada, la mira con una sonrisa, por una vez atento. Sibylle acaba de preparar una taza de té que le alarga, se echa otra y se sienta enfrente de él, en la cocina, pensando: tiene gracia, aquí en Estados Unidos, muchas cosas ocurren en la cocina. Pensamiento fugitivo que le saca una sonrisa.

— Bueno, no es muy fácil, dice suavemente respecto a Bert, pero viendo el giro desolador que está tomando nuestro matrimonio, lo he pensado mucho y creo que no podemos evitar un divorcio. ¿Estarías de acuerdo para que se solucione el problema de forma amistosa?

— Te agradezco que hayas tomado la iniciativa de hablar de ello Sibylle, en efecto, creo que es una buena solución en lo que a nosotros respecta, no sé cómo hemos llegado a esto, pero es razonable, en efecto, y estoy de acuerdo para solucionarlo amistosamente. Además, sé que tienes un amante, cosa que no entiendo, pero lo sé, contesta Bert, contrito.
Sibylle está atónita.
No se lo esperaba.
Pero al fin y al cabo, tampoco va tan mal la cosa. Y decide, a su vez, marcar un punto ella también.
— Yo también llevo sabiendo desde hace siete meses, desde la tarde de la barbacoa muy exactamente que tienes una amante, Aurélia. ¡Pero ves, yo no he hecho un mundo de todo! dice en tono seco.
Y Sibylle, efectivamente, marca un punto. Bert acusa el golpe, está mucho menos seguro de si mismo, se mueve, incómodo en su silla, como si lo hubieran pillado con la mano en el saco. Y Sibylle tiene la sensación de ver en su interior cierta consideración respecto a ella. Sólo es una impresión fugitiva pero tiene razón, Bert siente mucha admiración por su discreción y su silencio que le parecen llenos de dignidad. Así que ella se lo ha pensado bien, cuando él sólo está reaccionando en el momento.
Un silencio, Sibylle se echa un poco más de té y le ofrece a Bert que acepta.
— ¿Cómo vamos a proceder? pregunta Sibylle.

— Por mi parte, no tengo prisa, y la mitad de la casa te pertenece, te sugiero que permanezcamos así en un primer momento, hasta el verano que viene. Podemos dormir en dormitorios separados, lo que no cambiará mucho de la situación actual. Y luego, en junio, si quieres, empezaremos el procedimiento. ¿Te parece bien así? dice Bert.
— Tenemos que vender esta casa para recuperar nuestro dinero, ¿no?
A lo que Bert contesta:
— Quizás te pueda comprar tu parte porque no pienso cambiar ni de trabajo ni de ciudad, y estoy aquí a gusto. No sé lo que tú piensas hacer, contesta Bert.
— Aún no lo sé. Quizás vuelva a Francia, no lo sé, dice Sibylle.
Lo que sorprende a Bert que pensaría que se iba a contentar con cruzar la calle. Sibylle lee en la mirada de Bert como en un libro, y a pesar de todo, le saca una sonrisa.
Luego Sibylle añade:
— Bueno, de momento statu quo, pero se han acabado las mentiras, si algo más nos ocurre a ti o a mí, se ruega avisar al compañero, al fin y al cabo todavía estamos casados, incluso si en cierto modo este matrimonio fue como un aborto. Probablemente hubo una anomalía desde el principio, pero espero que la operación por venir vaya lo mejor posible, ¿vale? pregunta Sibylle que ha puesto los puntos en las “i”.

— Para mí está bien, nos lo debemos. Lo siento de verdad, dice Bert.
— ¡Anda que yo! Lo he sentido más todavía pero después de siete meses de pesadilla, ya no lo siento de la misma manera, dice a su vez Sibylle que se levanta para ir a dar un beso tierno a Bert, muy conmovido por ese gesto. Le coge la mano para besarla por debajo, por encima, palma incluida tal como lo hacía en los momentos importantes. Sibylle no sabe cómo entender esta marca de afecto, al final se la toma bien y le sonríe. Parecemos un hermano y una hermana, piensa, es curioso que hayamos llegado a esto tras tan poco tiempo. ¿Pero entonces era frígida? A lo mejor él sí lo sabía, pero entonces, ¿por qué me pidió matrimonio? Al ver que ya no entiende lo poco que tenía claro hasta ahora, Sibylle decide no pensar más en ello. Y prepara la cena mientras Bert va a llamar a Aurélia para explicarle lo que va a ocurrir. Por lo tanto, es una relación más seria de lo que pensaba Sibylle. Y al final hasta le alegra pensar en el berenjenal que va a crear con el marido cornudo y los tres hijos ¡con los que Bert puede convivir algún día! Pero, no es, ya no, el problema de Sibylle, de momento pendiente de cocinar. Hay que ver que ni siquiera me siento celosa, qué raro, constata Sibylle.
Y como es la hora de cenar, se sientan a comer como no lo han hecho desde hace varios meses, hablándose y poco a poco llegan a relajarse, hasta ríen de algunas anécdotas que se cuentan con cierto placer. El ambiente de la casa ha cambiado por

completo, este alivio los libera del peso de lo no dicho, todo va, sin ir muy bien, mucho mejor y Sibylle se alegra se haber tomado la iniciativa de hablar, realmente era necesario.
Pero no le contará nada a Anty.
Al pensar eso, se acuerda de su vida de adolescente. Decididamente, es algo que te marca para toda la vida, piensa. Son casi las once de la noche cuando Bert y ella suben a acostarse, no han hablado tanto desde la hermosa época de su matrimonio reciente. Se desean buenas noches y cada uno entra en su dormitorio.
La noche estará más relajada, ella también, y su sueño será reparador.
Al día siguiente por la mañana, después de que se haya ido Bert, Sibylle ha bajado tras haber ganduleado un poco. Está desayunando cuando alguien llama a la puerta. Es Aurélia, un poco pálida.
— ¿Puedo hablar contigo? pregunta con la cara pálida…
— Entra, dice Sibylle ante esa cara patibularia.
— ¿Té o café? pregunta Sibylle una vez en la cocina con Aurélia.
— Café, por favor. Gracias.
— ¿Entonces? ¿Qué quieres decirme? pregunta Sibylle.
— Pues, me sentí sorprendida y consternada por la llamada de Bert, anoche. Estoy incómoda respecto a ti, a mí y a él, suelta rápidamente Aurélia.
— Es un poco tarde, ¿no? pregunta Sibylle, por su parte, muy tranquila.

— Lo admito, pero en este asunto he sido un desastre. No tengo la menor intención de dejar a mi marido, lo que Bert cree que podría hacer. Tengo tres hijos, sólo era una aventura, ¿entiendes? En resumen, sólo un poco de aliciente en una vida llana. Y ahora, si os divorciáis, lo cambia todo.
Sibylle no dice nada, un poco asqueada por esos remordimientos y esta aparente toma de conciencia de esa mujer un poco niña acostumbrada a satisfacer sus deseos, una niña mimada.
Aurélia prosigue:
— ¿Estás segura de que quieres divorciar, tampoco será por mi culpa?
¡La inconciencia de Aurélia es consecuente! Consistente y repugnante. A Sibylle le cuesta reconocer a esa vecina que le parecía tan simpática… lo que prueba me equivoqué del todo, piensa.
— ¿Estás segura de que quieres divorciar? pregunta de nuevo Aurélia.
— Mira Aurélia, te acuestas con mi marido, vale. Me engañaste, y mentiste desde el principio, no dije nada cuando os vi a los dos en mi dormitorio conyugal la tarde de la barbacoa. He hecho mi propia catarsis al respecto, hemos llegado a un acuerdo, anoche, para divorciar de manera amistosa. Sí, estoy segura de querer divorciar y no entiendo lo que intentas explicarme. Para mí es confuso, suelta Sibylle con firmeza.
Pero Aurélia no entiende que no se le entienda. Prosigue:

— Sólo era una aventura, nada importante para mí…
— ¡Entonces es a Bert a quien se lo tienes que decir, porque a mí, aventura o no, me importa un pepino! Te acuestas con Bert desde que llegamos aquí o casi, pero, acaso te das cuenta de lo que ha pasado, y de lo que me dices: ¡una aventura! dice Sibylle, enfadada.
Aurélia está sobrecogida por el giro que están dando los acontecimientos y por el que toma su visita a Sibylle. Desconcertada, se atreve a decir:
— ¿Entonces, entre vosotros, ha terminado todo? Pero de verdad que no era nada…
Sibylle le corta la palabra para decir:
— Me pregunto cual será la reacción de Bert cuando le digas lo que me estás diciendo, me gustaría que me lo contaras, ¡seguro que será interesante! ¡Pues sí que hay marcha en este barrio tranquilo!
Luego Sibylle se ha levantado sin hacerle más caso a Aurélia que se ha ido, avergonzada, unos cinco minutos más tarde, y que se ha cruzado con Anty que iba a ver a Sibylle.
— ¡No veas la cara que pone tu vecina! suelta antes de abrazarla cuando ella está delante del fregadero.
Suave calor penetrante del cuerpo de Anty contra el suyo. Se ríe de placer, alegre pues siente muy bien que la desea.
— ¡Aurélia ha venido a decirme que si efectivamente se acuesta con mi marido, para ella sólo es una aventura! suelta Sibylle riéndose.
A lo que Anty le susurra suavemente al oído:

— ¡Ah! ¿Por fin te has dado cuenta?
Sibylle se da la vuelta de golpe, se retira del abrazo, le manda sentarse, se sienta también y le pregunta:
— ¿Pero qué quieres decir?
— Quiero decir que lo sé desde que llegué aquí, todo el mundo lo sabía excepto el marido de Aurélia y tú. Además me gustaste enseguida, mi situación no era fácil, dice suavemente Anty.
Sibylle está conmocionada, eso sí que es el colmo. Y permanece silenciosa un momento después de esta declaración que la fulmina.
— Yo lo sé desde el día de la barbacoa, es lo único que Sibylle puede decir.
— Lo sé, contesta Anty, los había visto entrar aquí justo antes de que te levantaras para ir a buscar tu libro, todos los habían visto, excepto Anna, demasiado pendiente de la fiesta.
— ¡Me dejas boquiabierta! dice Sibylle.
— Pero luego tu actitud me pareció excepcional. Y no intenté nada contigo porque no quería comprometer nuestras posibilidades, era demasiado importante para mí, y esperaba que para ti también, prosigue Anty, que coge la mano de Sibylle para estrecharla muy fuerte.
— Te lo agradezco Anty, de verdad, te lo agradezco todo, dice entonces Sibylle que rompe a llorar, lo que provoca una reacción inmediata del antídoto cariñoso de Anty que la abraza.
— Ya pasó Sibylle, ya pasó, ahora todo se va a solucionar.

Anty entiende que la presión de los últimos meses fue muy fuerte y que por fin Sibylle está reventando, lo que le va evitar seguir así, bajo presión, lo que no está mal, al revés, es muy positivo.
Han pasado la mañana juntos en casa de Sibylle, luego Anty ha preparado el almuerzo en su casa y Sibylle se ha reunido con él tras haberse refrescado pues su rostro está tumefacto por las lágrimas aguantadas durante demasiado tiempo.
Hay días con y días sin,
No está tan mal cuando piensa
Que también hay vidas con y
Vidas sin.
Las infernales rondas de las series
De pruebas se suceden en
Las treguas de la felicidad
Encontrada de nuevo que probablemente
Sólo sea una manera de ver las cosas
Para intentar sobrevivir
A pesar de todo.
El juego de las armas no tiene
Límites, su elección es más
Aleatoria. Y estar desarmado
A veces es la solución que
Encuentra el corazón para abrirse
Un poco más, y permitir el acceso
Al Amor. Pero cuántos
Atajos y cuántos
Errores, cuántos caminos
Acortados, y ¡cuántas desilusiones!
Las albas al igual que todos los comienzos

Parecen tan nuevas, para, al cabo de
Un día, darse cuenta
De que sólo ran siniestras
O de mal auguro.
Pero unas hadas se inclinan sobre
El corazón, a menudo, mientras que
Unos ángeles barren los
Malos recuerdos de un vuelo
Sedoso y tierno en el que
Brilla el sol todavía, siempre.
Hay en cualquier vida,
Tesoros e incomprensión,
Desdichas o lo que uno toma
Como tales, y dichas
O lo que uno cree serlo.
Pero lo más importante es
Probablemente es lo que uno es
Capaz de aprender de los
Demás y de sí mismo, sin nunca
Tomarla con ellos, sólo
Son como cualquiera, sólo
Lo que son en el momento
En el que uno los conoce.
La vida se abre al abanico
De los encuentros, y la ventura
Está implicado en ello, pues el
Destino quizás esté marcado
Desde hace mucho tiempo.
¿Qué se puede saber de uno mismo
O de lo que creemos ser nosotros
Antes de descubrir que sólo

Es el no-yo que
Se expresa aquí?
Si el aprendizaje es duro
A menudo, el camino puede
Dar alegría, y el humor
Presente. Más vale.

Es así cómo se supera la prueba, con la certeza en el corazón de que todo sigue de manera diferente, y que dependerá de cada conciencia emocionada a flor de piel de su sensibilidad. Sibylle ha llegado a un punto en el que nada a su alrededor le parece estable, ni siquiera Anty. Porque ahora tendrá que contar con ella misma ante todo y evolucionar a pesar de todo.

Y es en ese momento de su vida, cuando acaba de cumplir treinta y tres años, que empieza a buscar a Dios y todo lo que pudo aprender de niña, que ya no le basta. Sed de absoluto. Aspiración a la superación de uno mismo o de la vida cotidiana, en otra dimensión. Sibylle de repente está en busca, y Anty lo entiende, él es muy creyente pero nunca ha hablado del tema con ella, su regalo de Dios… Es lo que piensa y probablemente lleve razón. Los auténticos encuentros son tan escasos, por lo tanto excepcionales.

Es en ese momento muy particular de su vida que Anty le pregunta, unos días más tarde, si acepta acompañarlo, se va de viaje de negocios como asesor, al Magreb, aún no sabe a donde, pero lo sabrá dentro de ocho días. Sibylle acepta de inmediato esa oferta como si fuese una botella de oxígeno. Necesita cambiar de aire, ¡tanto más cuanto

que la reacción de sus padres cuando les anunció su divorcio fue atronadora! No lo entiende, ¡y qué! Piensa Sibylle que de hecho también se lo dijo a ellos. Ni siquiera dos años de matrimonio.
— Más vale ahora que después de varios años y retahíla de niños, ¿no? replicó severamente, a lo que supieron qué contestar.
Sibylle estaba exasperada, y su madre, luego, se disculpó, pero me preocupo por ti añadió, y Sibylle de repente se sintió como una adolescente en perdición. ¡Ah! ¡Los padres!
Luego, Sibylle se dedicó a Anty y a la preparación de su próximo viaje previsto quince días más tarde.
Entretanto, Bert se ha enterado de que sólo era una aventura para Aurélia, ha acusado el golpe pues estaba colado por ella, el tonto, piensa Sibylle. ¡No se ha dado cuenta de nada! Es tremendo. Y Bert la decepciona un poco más si fuera posible. Aurélia ha roto y se ve solo y un poco desamparado a pesar de todo. Sibylle lamenta la actitud y los comportamientos de mujeres como Aurélia que se inmiscuyen en un matrimonio, lo comprometen, en resumen sólo por juego, para vibrar un poco en su pobre y monótona vida marital y familiar. De paso, Sibylle se pregunta si los tres hijos son del marido. ¿Al fin y al cabo, no se sabe, quizás, probablemente, haya tenido otras aventuras de las que queden algunas huellas o secuelas? La última de cinco años no se parece a nadie de la familia… ¡basta! Piensa Sibylle, no es asunto mío, pero incidentalmente habla de ello a Bert, para complicar un poco más el problema, ¡y

funciona! Ya no ve en absoluto a Aurélia de manera tan ingenua, en absoluto. ¡Ah! Los hombres, algunos, no todos, piensa Sibylle, pero algunos están dispuestos a todo para creer que los quieren por sus ojos bonitos.
Y esta necesidad de amar y ser amado vuelve a la cabeza de Sibylle a quien siempre le ha costado creer que la querían. Y no estaba equivocaba, piensa. Pregunta que no se hace con Anthony. Ni siquiera piensa en ello, lo ama o por lo menos como nunca habría pensado ser capaz de amar, pero sigue siendo prudente pues como es el primer hombre con el que goza, tampoco quisiera confundir orgasmo y amor. Soy demasiado complicada, piensa, ahuyentando este pensamiento de su cabeza que a veces le gustaría vaciar por completo. Y es lo que intenta hacer al ir a misa el domingo siguiente. Misa a la que asiste Anty al que ve nada más llegar. No sabía que iba a misa, pues es una sorpresa y se coloca detrás de él. Sólo es al final, cuando todos se estrechan la mano, cuando todos se saludan en nombre de la paz de Cristo, que se da la vuelta y le estrecha la mano, sorprendido él también de verla ahí. Más tarde, le dirá riéndose:
— Me había parecido reconocer tu voz, pero pensé que estabas demasiado presente en mi interior, no que estuvieras físicamente ahí, detrás de mí.
Se fueron juntos en el coche de Anty, Sibylle había caminado hasta la iglesia. Pero el sacerdote vino a saludar a Anty que le presentó a Sibylle, “mi pareja”, especificó. Y Sibylle recibió el mensaje como una

forma de oficialización de su unión y se alegró y sintió cierto placer.
Bajo la apariencia de una vida un poco caótica, Sibylle lleva una vida muy ordenada y en su opinión, armoniosa. Su relación con Anty es muy equilibrada, han empezado con buenas bases gracias a la paciencia de Anty, todo está claro entre ellos, y Bert ya no supone ningún problema aunque sigan viviendo bajo el mismo techo. Hasta llega a consolarlo por su ruptura con Aurélia al abrirle los ojos sobre ésta, y diciéndole que ha evitado lo peor. Lo que cree con facilidad. Bert y Sibylle se llevan como un hermano y una hermana. Cuando la tormenta pasa, y ya ha pasado de verdad, la relación sigue su curso tranquilo. Sibylle no está descontenta con su propio destino. Podría ser peor.
Anty podría no estar ahí. Siempre hay algo peor, siempre hay algo mejor. Pero Sibylle compone con lo que se ha presentado a ella, gestionando lo mejor posible, sin dramas a poder ser, una situación que le cayó encima de golpe y porrazo.
En la dirección del corazón
Avanzar sin temor
En la dirección de Dios
Buscar y aspirar,
En el claro-oscuro
De las pruebas que pasan
Ellas también, avanzar
Pues es la única
Elección posible.
Y en el horizonte de

La vida, amar sin
Forzosamente buscar
Entender demasiado, pues
A menudo ninguna explicación
Es realmente satisfactoria.
El tiempo para elegir el sitio
En el corazón de una situación
Dada o elegida, y ya
Un golpe del destino la
Roba y las arenas
Movedizas aparecen,
Surgen de ninguna parte
Bajo los pasos que
Se atascan, para salir
Contra toda previsión
Porque alguien,
Alguien le da la mano, el corazón y su ser como último recurso o como plataforma de un futuro estable. ¿Pero quién habla de estabilidad en este asunto de una vida y sus meandros organizados en el desorden por unos encuentros o unas señales a veces llamados irracionales? Sibylle entreve por primera vez que la estabilidad sólo puede ser interior. Ella, la que creía que el hogar, la familia, luego los hijos… ¡pero no! Sólo puede y debe venir desde el interior. Sibylle se siente más adulta, no que antes no lo fuese, pero no como ha llegado a serlo en unos meses. Ha aprendido mucho y se siente capaz de entregar mejor, de recibir de manera justa, en resumen de amar, y no tiene nada de sexual, pero el goce en este ámbito también cuenta.

El invierno va a acabar, la primavera va a llegar, y Bert y Sibylle luego podrán proceder a las formalidades de divorcio. Pero de momento, es ese viaje al Magreb que domina. Y Sibylle tiene la intención de disfrutar mucho. Se alegra, se siente feliz de irse con Anty, además es la primera vez y puede ser un test para su vida y el futuro de su relación de momento sin fallos.

## Diez días en otro lugar

Y en el avión, e incluso a la espera de embarcar, Sibylle se siente a varios años luz de Estados Unidos, han hecho una escala en París donde Anty tenía una cita importante referente a este viaje de negocios, y fue como un sueño. Tenía todo el tiempo para vagar por las calles donde fue estudiante, una vuelta por Saint-Michel, la Sorbona, y también va un poco de compras porque está en París y que se tiene que celebrar, pero no ha llamado a sus padres, ninguna gana de sumirlos a esta escala que ya no habría sido la misma. Un sentimiento de increíble libertad, Sibylle se siente libre en su cabeza, en su cuerpo y si no fuera por su apego por Anty, en su corazón. De hecho, tiene que notarse, unos hombres la miran, le sonríen, uno de ellos, en la plaza de la Sorbona, le invita a una copa que rechaza con amabilidad, no tengo tiempo, le dice. Y se da cuenta de esa diferencia con Estados Unidos donde los hombres, por lo menos donde vivía, no ligan y no miran a las mujeres como lo hacen muchos europeos. Le divierte, respira de nuevo el aire de París, hace descubrir a Anty algunos sitios que le gustan, entre otros los jardines de Luxemburgo. Ha

tenido el detalle de reservar un día libre para ellos, y ella le ha dado las gracias, encantada.
Anty es delicado, trabaja muchísimo pero a veces ella se pregunta cómo lo hace pues cuando está con ella, está del todo con ella, y le cambia muchísimo de Bert que, ahora sí que se da cuenta de ello, nunca estaba disponible. Y a menudo estresado. Dios mío, qué pena, piensa, y curiosamente, cuando el procedimiento de divorcio aún no ha empezado, ya vive otra vida, y se siente totalmente exterior a todo lo que ocurre en esa casa todavía suya.
En el avión hacia Rabat primero, y luego hacia Casablanca, sujeta la mano de Anty. En realidad, deben pasar dos días en Rabat y luego tres en Casablanca, y después irse a Marrakech donde se quedarán cinco días antes de volver a París para dos días y por fin regresar a Estados Unidos.
Diez días en otros lugares y dos días en su casa, su ciudad, París, doce días, ¡un ciclo! Piensa Sibylle. Pero de momento vuelan hacia Rabat que no conoce al igual que tampoco conoce Casablanca, pues con sus padres estuvieron en el Sur, en Ouarzazate que le había encantado, pero nada más. Un viaje organizado por un operador turístico, lo que es muy distinto.
En cuanto llegaron a Rabat, cogen un coche que los espera y los lleva al Hilton donde Anty deja a Sibylle ya que su primera cita le espera.
Sibylle deshace las maletas, lo que resulta ser rápido pues sólo cogieron lo necesario dado lo que habían programada, y por lo tanto termina enseguida, luego

baja para tomarse un té de hierbabuena, mejor, ¡la verdad sea dicha!, que el de Anty. Después se da una vuelta por las tiendas de la galería comercial y se para un largo rato en la librería-prensa donde duda entre varios libros, por fin decide llevarse “El genio de la moderación” del difunto Hasán II, Rey de Marruecos. Hace un tiempo magnífico, pero vuelve a su habitación donde se sienta cómodamente en la cama para leer. Lo que hace durante una hora luego cierra las persianas y, al notarse aún el desajuste horario con Estados Unidos, se tumba y se duerme.

No tiene ni idea de la hora que es cuando un delicado beso en su frente la despierta con suavidad, Anty está inclinado sobre ella, no lo ha escuchado entrar.

— Nos esperan para una cena marroquí, ¿te arreglas? Me voy a duchar, dice mientras se aleja.

Y se ducha con él. Ducha traviesa aunque rápida. Relajante. Bajan, cogidos de la mano, el chófer los espera para llevarlos a una villa de Souissi. Ya es de noche y todo está iluminado.

Sibylle repara en que la casa está vigilada, delante, hay una caseta con un militar o un policía, no lo sabe muy bien.

— Es normal, aquí todos los funcionarios oficiales tienen vigilancia, dice Anty que ha visto su mirada interrogadora ponerse en el hombre que no habla.

— ¡Ah! ¡Así que estamos en casa de un funcionario oficial! constata Sibylle sin hacer preguntas.

Cena distendida, cuatro parejas, las mujeres son pulposas, hermosas, muy elegantes. Y una vez más

le viene a la mente que parece una adolescente al lado de ellas, porque Sibylle está muy delgada, con todo lo necesario donde lo necesita, – decía Anty –, pero muy delgada. Una liana. Y no obstante una de las mujeres le dice confidencialmente que le envidia por ser tan delgada.

— Y mira que como lokums con agua de rosa, bromea Sibylle que le hace reír.

Aunque no sea la mujer legítima de Anty, Sibylle está sentada a la derecha del dueño de la casa, un marroquí con mucha prestancia, un poco moreno de piel, con una sonrisa brillante y los ojos penetrantes y encantadores, hermoso como un Dios, piensa Sibylle que aprecia ese gesto por parte de sus anfitriones. Evidentemente, la cena está muy rica, todo está exquisito y en la más pura tradición marroquí. La ama de casa recibe vestida con un caftan, lo que le dan a Sibylle ganas de comprar uno, y le pedirá, se promete a si misma, un soplo en cuanto a este tema a esa mujer tan elegante, cubierta por suntuosas joyas. Las demás mujeres visten según la moda occidental, muy elegantes también, es una cena distendida en la que estallan las risas, se habla de todo y nada, es muy agradable y sienta bien. El dueño de la casa, al que llaman Hadj es muy atento, muy cortés, hospitalario y Sibylle, a su lado, tiene la impresión de que nada malo puede ocurrir, que es una fortaleza y que todo ira indefinidamente bien en el mejor de los mundos, le resulta agradable, pero le parece que Anty también tiene esa aura particular

que tranquiliza, una especie de carisma que le gusta mucho. ¿Y qué mujer no estaría sensible a ello?
Sibylle es muy consciente de que en el fondo, esta cena sólo se ha organizado por la forma, y que lo que es serio y ha llevado a Anty a ir ahí es otra cosa muy distinta, está en el aire pero los cuatro hombres presentes no hablan en absoluto del tema.
Y por supuesto, una vez terminada la cena, todos los hombres se retiran al cabo un pequeño cuarto de hora, dejando a las mujeres entre ellas. Sibylle aprovecha enseguida para pedir una dirección para comprar un caftan, y el ama de casa, Soumia, ofrece llevarla al día siguiente, si está libre, donde manda cortar los suyos. Se han dado cita para el día siguiente a las diez de la mañana en el Hilton donde Soumia la recogerá. Sibylle está encantada, luego la conversación gira en torno a los caminos de estrellas que comparten esas mujeres, y aunque Sibylle pertenezca a otra cultura, al fin y al cabo todos los sentimientos humanos están en los genes de la raza humana, se venga de donde se venga, y se haga lo que se haga. Una madre es una madre y una mujer es una mujer. En cuanto a los hombres, al igual que en Estados Unidos o en Francia, esta noche se raja de ellos, buenos y viejos trajes que hacen reír a las mujeres en el mundo entero ¡pero que no cambiarían de hombre por un imperio! Es así, y esta noche, entre mujeres, se ríe mucho. Luego, Sibylle va a los servicios, suntuosos, de mármol blanco magnífico, un lujo, y realmente es hermoso. Es al salir que ha escuchado las voces de Hadj y de Anty, por lo visto

solos en una habitación cuya puerta está entreabierta. No puede abstenerse de echar un vistazo, se pregunta por qué lo hace, no es en absoluto su estilo, ¡pero lo hace! Hadj está de pie, alto, derecho, con el codo apoyado en una especie de barra de bar, eso parece, mira a Anty que está sentado enfrente de él en una mesa. Medio sentado sería más exacto.
Parecen estar muy serios, y al observarlos, Sibylle se pregunta donde están los demás hombres presentes en la cena esta noche. Y escucha voces saliendo de otra habitación con la puerta cerrada, estarán ahí. A Sibylle no le gusta nada lo que está haciendo, pero no puede reprimirse, y es la primera vez en su vida que le ocurre. Intenta oír, escucha, pero hablan en voz baja, y no se entera de nada, ¡por desgracia! De hecho, es el aspecto serio de los dos hombres que le intriga, personalmente nunca ha visto a Anty tan serio, y Hadj, al que no conoce, también le parece estar particularmente grave. Por mucho de Sibylle preste oídos, no puede escuchar nada, lo que le exaspera. Si la sorprendieran en esta situación, qué vergüenza, piensa. Pero a pesar de todo permanece así unos segundos más, el tiempo suficiente para escuchar:
— Si vas a Arabia Saudí, tendrás que ir a verlo, es él quien lleva el asunto y es importante. Tiene a toda su familia allí, va a menudo, dice Hadj con voz normal.
A lo que Anty contesta:

— Bueno, no si tiene previsto que vaya allí, pero si voy, lo hablaré y ya veremos, tantearé un poco el personaje.
Anty también ha contestado con voz normal. Evidentemente, Sibylle no entiende nada, pero ha podido pillar esos fragmentos de conversación, no pide más y se escapa para reunirse con las mujeres en el salón. Y al entrar, suelta riéndose:
— Sus servicios son tan suntuosos que he estado a punto de quedarme ahí a vivir… lo que le saca una risa a Soumia que le dice:
— Si vuelve, tendrá que quedarse en mi casa y no en el Hilton. ¿Prometido?
— Primero a ver si vuelvo y luego habría que hablarlo con Anty, contesta Sibylle.
— Nada le impide venir sola, ¿no? Para un poco de relax entre mujeres, Ustedes las occidentales pueden hacerlo, nosotras estamos empezando muy poco a poco, a veces voy sola a París, sabe, dice una de las tres mujeres presentes.
— Lleva razón, no sé por qué he dicho esto, contesta Sibylle, vale, quizás vuelva sola, ¿quién sabe?
La conversación es ligera, las mujeres están alegres y es una delicia. Sibylle piensa en Aurélia y en Anna, qué diferencia. Pero se da cuenta de esta diferencia al contacto de estas marroquíes risueñas, cuando los maridos árabes, según se dice, no siempre son fieles, qué digo, ¡nunca! Es lo que dice la gente y a Sibylle le gustaría evocar este tema espinoso para ella, pero la llegada de los hombres se lo impide. Vuelven juntos, sonrisa en la boca, Hadj sigue teniendo los

dientes brillantes, lo que fascina a Sibylle. Es realmente guapo, hasta el punto que se lo dice a su mujer que resplandece bajo ese cumplido.
Es el momento de separarse, el coche los espera, Sibylle coge el brazo de Anty que sube tras ella. Debe de ser tarde, ¿la una de la madrugada, quizás? Sibylle no lo sabe, no lleva reloj, pero es lo que le dice Anty al que cree totalmente. Y se acurruca contra él, mimos en el coche, durante el trayecto hasta el Hilton. El barrio es tranquilo, un poco a desmano, el hotel también, y la noche, y el sueño, y el descanso son realmente bienvenidos. Los dos se duermen uno contra el otro, tranquilos y felices. Pero Sibylle, en un rincón de su cabeza, guarda la impresión de serio, casi de gravedad que mostraban las caras de Hadj y de Anty en la habitación donde los vio hablando. Porque le parece que entre ellos, es más que el asunto de una cita, hay, piensa, una auténtica colaboración, y seguro que no nació ayer. Sibylle está casi segura de ello, y tiene intención de descubrir a qué se dedica realmente su amante, porque asesor internacional, ¡venga ya! Seguro que hay algo más detrás de todo esto. ¿Pero qué? Y Sibylle, convertida en Mata Hari, termina por dormirse con este pensamiento de una investigación en regla que piensa llevar a cabo. Por lo menos es lo que tiene ganas de hacer esta noche, y no ve porque se reprimiría, y esto por varias razones. Primero, quiere a Anty, luego está realmente con él, es una historia seria, y por fin, si espera a que él la informe, ¡puede esperar mucho tiempo!

Por fin, Sibylle se ha quedado dormida en el hombro de Anty al que, por primera vez, escucha roncar de madrugada. ¡Ah! ¡La vida cotidiana! Pero bueno, no cambia nada.
Al día siguiente, Anty se ha ido sobre las nueve a sus reuniones de las que no ha comentado nada a Sibylle que no ha preguntado nada. Y Sibylle se ha encontrado con Soumia que ha ido a recogerla con su coche para llevarla directamente a la tienda de su sastre, una mujer, una marroquí que viste, le cuentan, al Palacio, y es una referencia. Ha seguido un desfile especialmente para ella, y se ha encaprichado, una verdadera locura, con un caftan blanco de lamé muy moderno que se puede poner con mucha facilidad, ¡une auténtica locura! En efecto, Sibylle no tiene los recursos que tienen sus nuevas amigas marroquíes que son clientas aquí. Pero cuando presentó su tarjeta bancaria, le han dicho que era un regalo de Soumia, y "ni pensar en rechazarlo" dice ésta.
Así que Sibylle ha aceptado, no obstante con alguna reticencia, lo que no se le ha escapado a Soumia. Y es en el coche al salir de la casa de costura, que Soumia le dice:
— Sabe Sibylle, no se ofenda, es así aquí. Me siento muy feliz de haberla conocido, y para mí es un gran placer regalarle este caftan, así que déjese mimar, es agradable, ¿no?
— Muchas gracias, Soumia, es que no estoy acostumbrada, pero gracias de verdad. Además me da mucha alegría sabe, porque desde anoche tengo

muchas ganas de poseer uno, Usted me pareció magnífica en caftan. Y éste es una maravilla.
— Y le queda estupendamente, añade Soumia sonriendo.
Luego Soumia se detiene delante de un monumento al fondo de una inmensa plaza, en un barrio tranquilo y espacioso. Una especie de paz tangible, escasa.
— Venga, le voy a enseñar el mausoleo donde están enterrados el padre y el abuelo del rey actual. Es magnífico, ya verá.
Soumia ha aparcado y ha dicho esto antes de bajarse del coche. Pues Sibylle la sigue, y es verdad que es magnifico. El mármol, las tumbas, ese verde tierno tan suave, y la espiritualidad que emana de ahí. Al salir, Soumia le explica que al lado se encuentra la mezquita, y los viernes, es aquí donde viene a rezar, la mayoría de las veces acompañada por su madre. Luego se pasean en silencio por esa grandiosa plaza en la que unas columnas se alzan hacia el cielo. Es hermoso, de una tranquilidad total y realmente relajante.
Pero ya ha llegado la hora para Soumia, que debe ir a recoger a sus hijos al colegio, de acompañar de vuelta a Sibylle.
— ¿A no ser, dice, que quiera compartir nuestro almuerzo con los niños?
— No gracias, es muy amable, debo volver, Anty me pidió que estuviera ahí a la una de la tarde, tengo que volver, le dice Sibylle.

Soumia la lleva al Hilton donde Sibylle le da dos besos y le vuelve a dar las gracias. Soumia le dice antes de que salga:
— Me puede llamar cuando quiera, y si no la vuelvo a ver antes de que se vaya, ya sabe que nuestra casa es también suya. Así que no dude en venir, ¿vale?
— Vale, ha contestado Sibylle muy emocionada con esta nueva amiga tan hospitalaria y tan sencilla. Eso es: sencilla, piensa Sibylle al subir a la habitación. Anty ya está ahí, se ha duchado y la espera para almorzar. Ella coloca el paquete en la cama antes de darle un beso. La interroga con la mirada pero ella no dice nada, va a lavarse las manos y vuelve a la habitación.
— ¿Qué es? pregunta Anty señalando el paquete.
— Es un secreto entre Soumia y yo. Sólo es un secreto de lamé blanco.
— ¿Y no puedo saber nada más? pregunta.
— De momento no puedes saber nada más, me muero de hambre, dice Sibylle mientras guarda el paquete tal cual en el armario.
Anty no insiste, y se dirigen al restaurante marroquí de la Torre Hasán, un hotel del centro. Es un hotel hermoso, y un restaurante agradable. Almuerzan entre enamorados, y por fin, Sibylle le cuenta lo que ha hecho a lo largo de la mañana a Anty, atento. Anty no dirá nada acerca de la suya, simplemente que el trabajo es acaparador, requiere mucha concentración por su parte, y que está un poco cansado, sin embargo, está en plena forma, y cuando Sibylle se lo comenta, contesta con una mueca, lo

que le hace gracia. De vuelta al hotel sobre las cuatro de la tarde, Anty ha dejado a Sibylle sobre las cinco y media, después de haberle hecho el amor, dejándola lánguida encima de una cama que parece un campo de batalla. Ha quedado con el misterioso Hadj, así es cómo Sibylle lo ha llamado desde la conversación escuchada en su casa. Pero no se lo ha comentado a Anty que no se imagina que ha cometido una acción por lo menos dudosa, y ella se arrepiente y al mismo tiempo, no. La verdad es que tiene gracia, las sorpresas de la vida, a veces uno se descubre tan inesperado y tan otro. Sibylle, tumbada en la cama devastada, no se mueve. Se está bien, el aire acondicionado probablemente, fuera hace calor. Pero no se mueve. Hay dentro de su interior una especie de playa desertada que no conocía y que está descubriendo. No le disgusta, está interesada, como una espectadora fuera de si misma, observa ese espacio aún virgen que inventa poco a poco. ¡Anda, qué gracia! Se acuerda de la canción de Liane Foly, le gusta esa canción y se deja llevar mientras canta interiormente, la melodía la lleva suavemente, si Anty estuviera ahí… Pero en este preciso momento probablemente esté con Hadj. Y el pensamiento de Sibylle se concentra en los dos hombres, le gustan, aunque ella quiera a Anty. A medida de su fantasía se divierte haciéndolos suyos luego a unirlos sin oponerse para hacerse suyos… juntos o por turnos. Mientras tanto, se pregunta, Dios mío, lo que está haciendo cuando su amiga Soumia acaba de hacerle un suntuoso regalo con tanta amabilidad. Pero no

detiene en absoluto su fantasía, son raras las fantasías, piensa Sibylle mientras lo organiza para poder gozar con ella simplemente, como se respira. Y entonces Sibylle descubre otra faceta de ella misma que no sospechaba, se descubre sensual, ¡cuando hace unos meses todavía no sabía que era frígida! Es un vuelco total que no le disgusta. Y es lo suficientemente gustoso como para llenarla de una alegría unida a esta libertad de mente que también está descubriendo. Le da la sensación de que con Bert y los demás estaba dormitando y que de repente se ha despertado. Es una sensación que le entusiasma. Sibylle no se ha movido desde que se ha ido Anty, como con catorce años, todo ha tenido lugar en su cabeza. Todo. ¡Pero además que goce! Porque en esa época, no gozaba, realmente no sabía lo que era un orgasmo, ni tampoco con Bert de hecho. Es curioso como desde su primer orgasmo con Anty, ¡no tuvo más ganas de Bert! ¡Le cortó toda la intimidad o lo que quedaba de ella! Esta historia es increíble. Sibylle se levanta por fin y va a ducharse, placer sensual del agua en su cuerpo, que también descubre. Decididamente, cuántos descubrimientos, piensa. Acaba de salir de esa larga ducha cuando de repente suena el teléfono. Es Anty, no puede volver a cenar, la reunión se alarga, pero puede llamar a Soumia, dice Hadj, cuando estará encantada de cenar con ella si quiere, claro. Sibylle no quiere.

— No, dice, estoy un poco cansada, pienso demasiado en ti. Me quedo en el hotel, no te

preocupes, quizás cene y vea la tele en mi habitación, ya veré. Hasta luego amore mío…
Ha colgado, ella también.
Y otra vez un momento de libertad absoluta que decide aprovechar improvisando.
Mujer hasta las uñas, Sibylle apenas se reconoce. No era así para nada. Es increíble lo que una relación puede enseñarnos de nosotros mismos, piensa. Y sin cesar, Hadj está presente en sus pensamientos. Sibylle no entiende muy bien por qué es así, pero es un hecho, y le dan ganas de volver sola. Esa perversidad repentina que demuestra en su intimidad le preocupa un poco, apenas. Pasa a otra cosa, se pone los vaqueros, una camiseta blanca de mangas cortas y sale para dar una vuelta en el hotel, son las ocho y media de la tarde, y decide cenar en el restaurante. Aún no hay mucha gente, ¿puede cenar en vaqueros? Sí, muy bien.
Lo que hace vibrar a Sibylle, es esta libertad repentina que le encanta. ¿Cuánto tiempo llevaba sin cenar sola de esta manera? Sola, sin marido, sin obligaciones, sin espera, nada más que con unos vaqueros y una camiseta puesta. La libertad de comer o no, de salir o permanecer en la habitación, de comer lo que se quiere, cuando se quiere, donde se quiere. La libertad, Sibylle está tan a gusto esta noche que estaría dispuesta a hacer locuras, ¿pero qué locuras? Nada es una locura cuando una se lo puede permitir todo, ¿verdad? Realmente, le está muy agradecida a Anty que le ha enseñado tanto sobre ella.

Sibylle se acuerda de “antes”, era una especie de letargo, ahora sí que se da cuenta de ello. Una especie de sueño con los ojos bien abiertos, una manera de vivir sin realmente estar despierta para la vida. Es exactamente eso. Y Sibylle pide unas gambas a la plancha, pilpil, le encanta y no lo suele comer. Agua Sidi Ali, le dicen, está bien, venga, vamos a probarla, piensa, feliz con cualquier detalle.

La libertad, para Sibylle, es una ambrosía, un néctar que saborear con delicadeza, sin abusar de él tontamente. Sólo es estar a gusto en el movimiento que uno ha elegido, y no seguir otros movimientos, sin compromisos, pero si el movimiento elegido va en el mismo sentido, entonces, está bien, vamos. Las letras de la palabra libertad giran en su cabeza, las mira caer del cielo para colocarse unas al lado de las otras para llegar a formar esta deliciosa palabra. Libertad. Y además, no ve otra palabra que podría escribirse con las mismas letras en otro orden, no, hay que reconocer que no es buena para este tipo de ejercicios. Abandona, libertad le basta. Es para Sibylle, esta noche, y quizás para siempre, la palabra por excelencia. Evidentemente las gambas están deliciosas. Las está saboreando un placer raro, pues su buen humor es muy grande, cuando de repente ve en la entrada del hotel un poco más lejos, a Soumia en compañía de una mujer a la que no conoce. Sibylle necesita permanecer sola, tiembla al verlas entrar en el restaurante donde está casi sola, sólo se le ve a ella. Sibylle intenta pasar inadvertida. Soumia le cae bien pero de verdad, esta noche no tiene ganas de

verla y de hacer el menor esfuerzo de conversación. Pero las dos mujeres, después de haber pasado delante de la recepción, se alejan y se van. Entonces, una muchacha de la recepción se dirige hacia Sibylle para entregarle un sobre y le dice:
— Una señora ha venido preguntando por Usted, no ha querido molestarla, me ha pedido que le entregue este sobre, Señora. Buenas noches.
— Gracias, dice Sibylle que coge el sobre y lo abre. Es una nota de Soumia.
“Sé que está sola, sé que no tiene ganas de ver a nadie, sé que está ahí, pero no quiero molestarla. Si siente la necesidad de hacerlo, puede llamarme a cualquier hora, incluso en mitad de la noche, esta noche duermo sola, Hadj no volverá.
Buenas noches Sibylle, su amiga Soumia.”
Esta nota sorprende a Sibylle que se fija por primera vez en que su nombre y el de Soumia empiezan por la misma letra. Extraño. ¿Por qué? No lo sabe. Le parece extraño, nada más. Esta nota de Soumia deja a Sibylle perpleja, casi pensaría que el mensaje se encuentra entre las líneas, como si Soumia le dijera algo que no ha escrito. Impresión rara para Sibylle que intenta adivinar la intención de Soumia pero no lo consigue.
Después de cenar, Sibylle ha subido a acostarse tras haberse lavado durante un largo rato, lo que le ha resultado delicioso. Y sólo es a las tres de la madrugada, cuando se ha despertado, probablemente por la ausencia de Anty a su lado, que se ha preguntado si la nota de Soumia no era premonitoria.

Ha encendido la luz, ha constatado la hora muy tardía, ha vuelto a leer la nota, y ha llamado a Soumia que no dormía, ella tampoco.
— ¿Soumia, esto es lo que quería decirme? ¿Qué tampoco volvería? Hablo de Anty por supuesto.
— Sí eso es, contesta Soumia, no está acostumbrada, ¿verdad? Y he pensado que podría sorprenderla, desconcertarla a lo mejor. Así que he querido anticipar, pero no es nada fácil. ¿Ha dormido?
— Sí, de un sueño de plomo hasta las tres pero quizás la ausencia de Anty me haya despertado, y me ha parecido entender, así que la he llamado. Gracias Soumia por estar tan disponible para mí.
— Lo estoy para todas las mujeres que son mis amigas, sé que no es fácil vivir todo esto. Además, y probablemente sea una suerte, no está casada con Anty. Por lo tanto, no puede opinar mucho, pero en mi caso, es lo mismo, no puedo hablar. Aquí es así, y en otros lugares seguramente también. ¿Cómo se siente? pregunta Soumia.
— ¡Como una perfecta idiota! contesta Sibylle riéndose un poco.
— Lo entiendo, yo siempre me siento igual de mal, ¡y sin embargo estoy acostumbrada! Pero no me adapto. Parece ser que Hadj prefiere divertirse con los amigos que solo, y ha corrompido a todos los maridos de mis amigos, ¡es el colmo! le dice Soumia.
— Dígame Soumia, ¿cuánto tiempo hace que conoce a Anty? pregunta Sibylle buscando información.

— Ayer fue la primera vez que lo veía, no lo conocía, pero Hadj habló de él varias veces, creo que hace varios años que se conocen, contesta Soumia.
— ¿Y sabe lo que hacen juntos? ¿Qué tipo de trabajo hacen con esas reuniones todo el rato? pregunta Sibylle.
— No, no lo sé. Mi marido tiene una empresa o mejor dicho se encarga de un organismo oficial, pero es lo mismo, es una verdadera empresa. Un organismo del Estado, dice Soumia.
Sibylle no pregunta nada más, no merece la pena, piensa, Soumia no sabe nada, no obstante Sibylle está intrigada.
— ¿Y desde cuánto tiempo piensa Usted que se conocen? pregunta a pesar de todo.
— No lo sé, unos diez años, ¿más o menos? dice Soumia.
— ¿Pero dígame, entonces se conocen muy bien?
— Sí, a veces incluso viajan juntos. Sé que Hadj se fue con Anty a Brasil, a Arabia Saudí y a Qatar, pero no sé por qué, contesta Soumia añadiendo: estoy comiendo lokums con agua de rosa, Sibylle.
Sibylle prorrumpe en risa.
— ¿Está compensando?
— ¡Sí, se lo confieso humildemente! Estoy muy enamorada de mi marido, sabe Sibylle. Mucho.
— Sí, la verdad es que es un hombre muy guapo, y tiene un encanto tremendo, dice Sibylle.
— Tiene gracia, ¡aquí, mis amigas nunca me dicen estas cosas! Pero tiene razón, Sibylle, es realmente

muy guapo, ¡pero también lo quiero por otras cosas! suelta Soumia más relajada.
— Ya me imagino Soumia, pero estoy segura de que la quiere, la voz de Sibylle está casi dulce.
— Lo sé, lo sé, ¿pero qué significa amar para un hombre como Hadj? Es la pregunta que me hago, pero no tengo la respuesta. Llevamos cinco años casados. Es a la vez poco y mucho. En cierto plano, no fueron cinco años fáciles. Pero una se acostumbra, la voz de Soumia tiembla un poco como si estuviera a punto de llorar.
Pero Soumia lleva ya mucho tiempo sin llorar, le dice también. Tendría que aceptarlo, pero aún no lo consigue. Sibylle lo entiende.
Ya son las tres y media de la madrugada, ¡ningún rastro de Anty en el Hilton!
— ¡Oh! Pero yo sé perfectamente que Hadj no se va a acostar, dice Soumia, ¿Quizás Anty vuelva antes?
— Pero, replica Sibylle, ¿Hadj le dice que no vendrá a dormir? ¿Cómo lo sabe?
— No me lo dice, pero se nota en el ambiente, no sé por qué, siempre lo adivino. En realidad, he aprendido a saberlo, dice Soumia.
— ¿Pero cuáles son las señales que se lo indican?
— No se comporta exactamente como de costumbre, es imperceptible, pero no puedo decirle por qué, ni qué me lo indica exactamente cada vez, lo sé, dice Soumia.
— ¿Y suele ocurrir? pregunta Sibylle.
— Más o menos dos veces al mes, a veces menos, a veces más, no es muy regular, contesta Soumia.

— ¿Y piensa que… vamos, cree que se tratan de una mujer de de mujeres? pregunta Sibylle.
— Al principio, estaba convencida, luego a lo largo de estos cinco años, ya no estaba muy segura, y ahora, sinceramente, no lo sé, no, no lo sé, repite Soumia.
Sibylle está perpleja, pero se da cuenta de que algo no es muy normal, ¡está claro! Pero saber el qué, es misión imposible. ¿Cómo descubrirlo? A no ser que los siga, y tampoco, ¡estarían bloqueadas por una puerta detrás de la que no verían nada!
Soumia y Sibylle siguen hablando y luego:
— ¿Cuántos años tienen vuestros hijos?
— El mayor cinco años, lo tuve nueve meses después de mi boda, cuatro años y dos. Los dos mayores están en preescolar, la pequeña está en casa, claro, con la nodriza o conmigo, depende. La nodriza está siempre en casa, pero a veces me quedo yo con la niña. ¿Por qué? pregunta Soumia.
— Por saberlo. Bueno, pues no sabemos nada más, ¿verdad? Son las cuatro, ¿nos acostamos? Yo voy a dormir, debería descansar un poco también, Soumia.
— Sí, voy a intentar dormir yo también. Gracias por su llamada, besos, dice Soumia antes de colgar, lo que hacen a la vez.
Luego, Sibylle se ha tumbado boca arriba, y se ha dormido tranquilamente, sin esperar a Anty ni tampoco comer la cabeza más de la cuenta.
Despierta a las nueve, Sibylle ha pedido el desayuno en la habitación, y Anty ha llegado con la bandeja. Sibylle le ha preguntado si había comido.

Desayunado, claro está, ha contestado que no antes de ir a ducharse y después de haber besado a Sibylle, ¡como si nada! Pues Sibylle ha encargado otro desayuno. Anty no ha dicho nada.
Sibylle ha pedido noticias de Hadj.
— Ha vuelto a su casa, está bien, contesta Anty.
Sibylle no sabe qué pensar, pero está segura de que no se trata de mujeres ni de diversión extra-conyugal, no, no es eso, pero le gustaría saber lo que es.
Anty tenía, tiene sueño, después de unos mimos, duerme hasta las doce, hora a la que Sibylle viene a recogerlo en el hotel, pero piensa levantarse ahora, está reventado, dice.
— ¿Pero por qué estás tan cansado? pregunta Sibylle.
— No podrías entenderlo y aparte es una historia demasiado larga… Pero sí, estoy cansado. Luego Anty se da la vuelta y se duerme otra vez.
Sibylle está bastante perpleja, no lo entiende muy bien, menos todavía si tiene en cuenta el hecho de que Anty no parece estar avergonzado ni incómodo como si hubiera cometido alguna locura imposible de confesar a su pareja, no. Está natural, igual de cariñoso y abierto, pero cansado. Es una especie de misterio al que Anty no ha acostumbrado a Sibylle, contrariamente a Hadj con Soumia ya que ésta dice que este asunto un tanto particular perdura desde que se casaron, hace cinco años. Todo esto puede con Sibylle que decide bajar a llamar a Soumia y dejar que Anty siga descansando.

Por teléfono, Soumia dice que Hadj volvió sobre las once y que desde entonces está durmiendo, ahora es la una más o menos y Soumia también ha decidido salir a almorzar, pues deciden almorzar juntas.
— Cojo un coche, estoy ahí en diez minutos máximo.
Llega casi de inmediato, no está muy lejos del Hilton. Conciliábulo para elegir un sitio, y al final, optan por una playa a unos veinte kilómetros, se puede comer en la terraza. Y se van las dos, felices de volver a encontrarse así y de hacer esta escapada juntas.
Y ahora empieza un momento delicioso para ellas, cuando las dos han pasado una noche difícil, falta de sueño y preocupación, a pesar de todo, ya que el sol y la amistad ayudan, el día les devuelve los colores de la esperanza de estar bien en sus cabezas y de sentirse fuertes para después. Así es cómo en el camino, no hablan ni de sus marido y pareja, ni de esta última noche un poco en cuestión, ni de esas hipótesis que hace una cuando un hombre no vuelve a casa a dormir cuando convive con una mujer… En resumen es trivial, para algunos por lo menos, como para cada una de ellas, ya sea Soumia para Hadj o Sibylle respecto a Anty.
Sentadas cómodamente en una terraza en la playa, gente pero demasiada, sienten placer por estar ahí, juntas. Soumia le hace preguntas a Sibylle sobre París, Francia en general, Estados Unidos que conoce un poco, apenas, un viaje con su marido a Los Ángeles, sin más. Pero le había gustado

descubrir esa cultura tan diferente, y esa mentalidad también tan diferente. Sibylle le hace preguntas a Soumia sobre Marruecos en general, Rabat en particular, Casablanca donde Anty y ella deben ir mañana, y sobre las mujeres marroquíes.
A Soumia le gusta su país, Rabat, su ciudad, Casablanca menos, aparte de la Cornisa donde le aconseja Sibylle que vaya a hacer footing por la mañana, es muy agradable, y algunos restaurantes de pescado en la costa, pero hay mucha gente y a menudo hay mucha contaminación en el aire en plena ciudad, dice. Alrededor de ocho millones de personas trabajan ahí, cifra aproximada, pero no piensa exagerar.
Luego, poco a poco, la conversación de nuevo gira en torno de Hadj y de Anty a los que no meten en el mismo saco que los demás hombres, ¡sería muy injusto! No. Pero le vuelven a la mentes algunas preguntas, y siguen unas hipótesis entre las que algunas no tienen ningún sentido. Tienen que pensar de manera razonable, y para ello, Soumia y Sibylle consiguen ser lo más objetivas y justas posible. Para Soumia, que lleva cinco años viviendo esta situación, está claro que la evolución a lo largo de su propia experiencia facilita las cosas, del entendimiento quizás no, pero constataciones probablemente. Y las dos están de acuerdo en que no puede ser un simple asunto de mujeres o de diversión. En ese terreno, Soumia, ahora, hace la diferencia, el problema es que Hadj lleva esas dos máscaras a la vez y/o sucesivamente. En efecto, también es ligón y

mujeriego, lo que es lo mismo para Soumia, no para Sibylle que considera que hay una diferencia. Un ligón no tiene porque ser un mujeriego cuando lo contrario no suele ocurrir… Vamos, cuestión de semántica, pero la realidad está aquí.
El eco de los gritos de los niños que juegan un poco más lejos las lleva, muy naturalmente, a las dos a hablar de los pros y los contras del matrimonio. Sibylle no tiene hijos, y Soumia lo siente mucho, pero Sibylle le explica que de momento se alegra de ello, en efecto, su situación actual, que explica a Soumia, sería, con un hijo o varios, imposible de gestionar o muy compleja, y por ejemplo, no podría estar aquí con Soumia en este momento… Soumia le da la razón, pero los hijos son tan importantes para ella. Y luego, no podría estar en el lugar de Sibylle porque Hadj nunca habría hecho con una mujer lo que Bert se atrevió a hacer en el dormitorio matrimonial cuando su mujer, Sibylle, podía haber entrado. Soumia está segura de ello, y lleva razón, piensa Sibylle, es un comportamiento típicamente inconsciente y puramente infantil de Occidente. Sibylle lo piensa. Pero eso no les impide a los Orientales engañar a su mujer. Sí, Sibylle también se lo cree aunque no conozca a los Orientales. Y Soumia contesta riéndose:
— ¡Aún no los conoce!
Y así añade un sutil matiz que también hace reír a Sibylle.
— Ya se imagina, añade Soumia, ¡con lo guapa que es! Además, tiene una ventaja, es delgada, es verdad

que por lo general le gustan las mujeres entradas en carne, pero poco a poco está cambiando, y a algunos les gusta probar lo que no tienen, ¡como siempre, como en todos lados! Así que insisto: ¡Aún no los conoce!
Y las dos ríen con ganas.
Pero ya es hora de volver. Soumia paga –¡otra vez! – y Sibylle, que había intentado coger la cuenta en vano, vuelven al coche en dirección a Rabat.
La vuelta se hace casi en silencio, saben que esta vez no se volverán a ver, pero al dejar a Sibylle, Soumia insiste,
— Te espero, Sibylle, que lo sepas, además desde París te puedo conseguir ofertas en la RAM. Así que no te pienses, y en cuanto a la duración de tu estancia, será indeterminada, vuelve. Hadj tiene esa cualidad, es muy hospitalario con mis amigas con las que no intenta ligar nunca. Serás bienvenida, dice Soumia mientras baja del coche para abrazar a Sibylle en su generoso corazón.
Sibylle ha entendido la invitación que también guarda en su corazón, nunca se sabe. Y las dos amigas se separan en la alegría de haberse conocido, pero con lágrimas en los ojos. ¡Tantas cosas vividas juntas en tan poco tiempo! Une una amistad naciente.
Anty, sentado en un sillón de la entrada ha visto la escena, no se ha movido, espera a Sibylle. Sí, ha almorzado a las dos de la tarde, sí, todo bien, sí. Pero en sus afirmaciones no obstante tiernas, Sibylle no sabe por qué pero nota una especie de amenaza latente. Y pensando que se está volviendo totalmente

paranoica, expulsa esta impresión al besar a Anty con mucho arrebato. Pero lo presiente o lo siente, algo ha cambiado en Anty y Sibylle se pregunta si es la escena de su despedida con Soumia, que acaba de ver, la razón de que se haya puesto así. En efecto, a Sibylle le parece extraño que no se haya levantado para despedirse de ella puesto que él tampoco la va a volver a ver en este viaje. Y Sibylle entrega sus preguntas al fututo que quizás se encargue de darle algunas respuestas apropiadas…Porque Sibylle no se entera de nada, no tiene ninguna idea de lo que está pasando. No, realmente ninguna.
No obstante, Anty será encantador a lo largo del resto del día hasta que se vayan, finalmente, en coche hacia Casablanca, sobre las seis de la tarde, y se dedicará totalmente a Sibylle, con un especial achuchón cariñoso sexual a modo de despedida de Rabat.

En Casablanca, empieza sus reuniones la misma noche sobre las nueve, la primera incluso lo retendrá esa noche hasta las doce. Y Sibylle piensa que no son horarios normales de trabajo. Llama a Soumia con su móvil, y el hecho de que no utilice el teléfono fijo de la habitación subraya que no quiere que Anty pueda saberlo. No sabe muy bien por qué procede así, por primera vez, pero es un hecho, Sibylle no tiene ganas de que Anty sepa que ha llamado a Soumia. ¡Raro! No se fía de Anty desde esa impresión que tuvo ayer en la entrada del Hilton donde la estaba esperando y no se levantó para

despedirse de Soumia. No puede hacerle nada, ese momento estuvo tan raro que Sibylle tiene esa impresión a lo mejor falsa, pero que la lleva a actuar de esta manera, y por lo tanto, es desde su móvil que habla con Soumia, que está encantada de escucharla y le pregunta si el hotel le gusta.
— Sí, mucho, contesta Sibylle, el Mansur es un hotel magnífico, y estamos tranquilos en la séptima planta. Sí, sí, me gusta mucho nuestra habitación, pero Sibylle contesta así de rápido para poder proseguir enseguida: ¿Hadj está con Usted, Soumia?
— No, ha salido sobre las nueve y me ha dicho que no volvería antes de las doce, pero también ocurre unas dos veces al mes, así que no me he preocupado. ¿Por qué? pregunta Soumia.
— Porque Anty, aquí, tiene el mismo horario exactamente, ¡no volverá antes de las doce! se exclama Sibylle antes de añadir: ¡no sé por qué pero me lo imaginaba! ¡Es curioso pero me lo imaginaba! Voy a ir a cenar, ¿Usted ha cenado?
— Sí, sí, temprano con los niños, ahora están durmiendo y yo voy a leer. Figúrate que una amiga mía de la otra noche, me ha traído tu libro que tenía en su biblioteca, y lo voy a leer, empezarlo esta noche, ¡qué divertido que precisamente me llames! dice Soumia con sol en su voz alegre.
Sibylle le manda besos y cuelga y tras haberse cambiado para no ir a cenar con vaqueros, baja, tiene hambre, y hay un restaurante marroquí en el Royal Mansur, al que quiere ir. ¡Libertad! Con Anty, está satisfecha con respecto a esa palabra mágica que

exploran cada por su parte y juntos, alegremente, sin preguntas formuladas, lo que por momentos sobrecarga la cabeza de Sibylle. Pero asumiendo de nuevo esta noche de libertad, va a cenar tranquilamente. Una mujer joven cena sola a su lado en la banqueta cómoda en la que se hunde agradablemente para pedir.
El pan que le traen está riquísimo, come un pedazo de entrada con unas aceitunas muy sabrosas, con especias.
Justo cuando iba a empezar su primer plato, un tayín de verduras, ligero para la noche, la mujer a su lado le dice sonriendo:
— ¿Es su primer viaje a Marruecos, y a Casablanca?
Sibylle está a la vez sorprendida y contenta, esta noche, de poder hablar con alguien, y entre ellas se entabla, durante el resto de la cena, una conversación muy simpática, la mujer es marroquí, ingeniera, le dice, y trabaja en la Agencia Urbana de Casablanca. Se llama Souad y su apellido es el de una de las grandes familias de Marruecos, en la oposición, entienda de izquierda, ha dicho Souad, pero ahora ya no es un tema tan sensible. La oposición ya no es lo que era, da igual, Souad no quiere hablar de política, aunque sea ella la que ha sacado el tema.
Luego Souad hace preguntas sobre todo respecto a Anty, hablando de la pareja de Sibylle, que se pregunta cómo lo puede saber. ¿Cómo esta Souad sabe que Anty no es su marido? ¡Sibylle, en cinco segundos en su cabeza, se vuelve totalmente paranoica! Y, de resultas, se preguntas si este

encuentra es fortuito. ¿Pero bueno? ¿Por qué no lo sería, tal como lo pensaba a principio de la noche? Hace ahora una buena hora que están hablando así, Sibylle ha acabado su tayín, pide repostería marroquí y termina así su cena, añade la cuenta en la de la habitación, y se levanta. Souad hace lo mismo tras haber terminado de cenar. Y Souad invita a Sibylle a tomar un té de hierbabuena. Sibylle está recelosa pero a pesar de todo acepta. Es que a Sibylle le gustaría saber quien es Souad realmente, aparte de que efectivamente tenga una tarjeta de la Agencia Urbana en la que aparece como ingeniera. Pero al fin y al cabo, una tarjeta… Dicho esto, tiene que ser verdad, pero no le impide tener una actividad paralela más enfocada a unos servicios un poco especiales que necesitan información, ¡por ejemplo! Sibylle, como una auténtica Mata Hari, descubre que tiene reales talentos de inquisidora que, al fin y al cabo, le parecen divertidos. Al dejar a Souad, sabe, entre otras cosas, que viene con frecuencia al fitness de la novena u octava planta, después de haber corrido o hecho deporte, para que le den un masaje, entrar en el hammam o practicar fitness simplemente, y que, por lo tanto, son susceptibles de volver a verse en los próximos días. Souad le da su tarjeta a Sibylle, la profesional ya se la había entregado, sigue la personal. Sibylle no le da nada, está en el hotel. Y Souad lo sabe, y Sibylle sospecha que ésa sepa el apellido de Anty, ¡para que vean! Claro, si no le ha pedido su apellido a Sibylle… para volver a llamar eventualmente.

— En cualquier caso, no dude en llamarme por lo que sea, y si está libre mañana, podríamos, para cambiar, ir al Café M, justo enfrente, al otro lado de la plaza, ¿vale?

En esto, Souad va a acostarse mientras Sibylle vuelve a su habitación. Son las doce menos cuarto. Y acaba de lavarse cuando Anty llega a las doce en punto, cuando ella pensaba que además, tardaría algún tiempo en volver. ¿A no ser que esa reunión haya tenido lugar aquí, en el hotel? Será su último pensamiento de detective, la última suposición del día que fue, es cierto, largo para los dos.

En Casablanca, es para Anty un festival de horarios extraños, a veces en plena noche, pero realmente no unos horarios de trabajo “normal”. Y lo más increíble es que Anty no parece verlo como algo excepcional, es de un natural imperturbable, y sin dar ninguna explicación, va, viene, vuelve a irse en un ritmo al a vez rápido y tranquilo como si todo esto fuera natural. Sibylle, por supuesto, lo ha aceptado y ha adoptado su propio ritmo, footing en la cornisa con Souad que hace maratones, y que dudaba en participar en el footing demasiado lento de Sibylle que, al final, se ha adaptado al ritmo infernal de Souad, lo que le viene muy bien. Y entre la visita de la Gran Mezquita que ha hecho con el chófer que la llevó, las compras en el barrio Racine, el paseo por la ciudad y la visita de la costa otra vez con Souad, Sibylle está convencida de que ésa es, por lo menos, una informadora como los llaman o un agente de información, ¿quién sabe?
Sibylle está animada, pero ya no como cuando llegó a Rabat, entonces estaba eufórica, está un poco decepcionada, preguntándose quien es Anty y se le esconde algo acerca de él, de su trabajo, nunca habla de ello. En cambio, Sibylle ha ganado impulso y entusiasmo en lo que respecta a la, su libertad nueva,

y lo tiene que admitir, el hecho de que Anty esté ocupado por su lado de manera tan anárquica con los horarios, le viene bien pues esta libertad aplicada a la vida cotidiana, es entre ella y él, una especie de modus vivendi que frena todas las preguntas. Sibylle no las hace, pero Anty tampoco aunque a veces esté a punto de hacerlo como ella lo adivinó en la entrada del Hilton en Rabat cuando llegaba con Soumia. Finalmente, en Casablanca, Sibylle ve poco a Anty cuyo ritmo de trabajo y reuniones, bruscamente, se ha acelerado. Pero cuando están juntos, se dedica totalmente a ella, como lo conocía en Estados Unidos, y muy atento. Entonces, evidentemente, todo va bien. Y es el caso, esa segunda noche en la que cena con Sibylle, son más o menos las siete de la tarde, se arreglan después de haber hecho el amor, para ir a cenar en la costa, Sibylle tiene ganas de pescado. Anty está libre para ella hasta las once, luego tendrá una reunión y la dejará, todavía no sabe hasta qué hora.
En la mesa, es Anty el que pide los platos, ella deja que lo haga, feliz de que tome iniciativas por ella, mientras lo mira, enamorada. Y esta noche, le parece más guapo aún que de costumbre. Saciada en su cuerpo, todavía excitada por las manos de Anty en la carta de la que pasa las páginas, en fin, esta noche, Sibylle está contenta de que aquí, la libertad está bien, pero las cenas de enamorados también. Tiene gracia, piensa mientras lo observa, parece que utiliza la sexualidad para volver a tomar las riendas de lo

que se le escapa. Una vez más, rechaza esas ideas tal como hizo con otras que pudo tener.
Versátil, sí, eso es, me he vuelto un poco paranoica y versátil. Es por todas esas reuniones de trabajo y al mismo tiempo, por eso hemos venido, ¿no? No me escondió que se trataba de un viaje de negocios. Vale, no me ha hablado de los negocios en cuestión, pero sobre el fondo no me ha mentido. Es un viaje de negocios. Sibylle se tranquiliza al acariciar a Anty con la mirada, lo que no le escapa a éste que levanta la mirada para sonreírle y decir:
— ¿Te parece bien lo que he pedido?
Sibylle no le ha prestado ninguna atención a lo que ha pedido porque pensaba en otras cosas. Anty lo sabe perfectamente, pero a pesar de ello ha hecho la pregunta a la que Sibylle contesta:
— ¡Perfecto!
Y prorrumpen en risa los dos. Anty coge las manos de Sibylle entre las suyas para acariciarlas y apretarlas fuerte. Ella lo deja.
— Sabes, Sibylle, soy muy consciente de que debes de hacerte preguntas, y Soumia no habrá mejorado la situación en cuanto a este tema, respecto a mi trabajo y a por qué no hablo de ello, y sobre esos horarios un poco extraños, dice Anty.
Sibylle no abre la boca, le acaricia las manos y las aprieta fuerte.
— Sé todo esto. Quiero que sepas que por una parte, no puedo decirte nada, y que por otra, todo lo que hago es totalmente honorable y legal, si puede tranquilizarte saberlo, ya es algo, sigue Anty.

Sibylle sigue sin abrir la boca, no obstante, está muy atenta.
— Soumia, a la que no conocía pero de la que había escuchado hablar, por supuesto, se imagina cosas por nada o poco, siempre ha pensado que Hadj y yo nos divertíamos con mujeres, lo que le hace reír a Hadj. Es por lo que no estaba muy contento de verte volver con ella, el otro día, pero es una tontería por mi parte, ya eres grande para tener tu propia opinión, añade Anty.
Sibylle sigue sin abrir la boca, y sus entrantes están ya en la mesa. Anty es sincera, se da cuenta, totalmente cómodo tampoco, pero no puede hablar de ese trabajo, a lo mejor es normal. Y empiezan a comer en silencio.
Una vez terminado el entrante, Anty dice suavemente:
— ¿Sibylle, no dices nada?
Y ella lo mira sonriendo.
— Es que no tengo nada que decir, dice.
Anty parece estar sorprendido, quizás esperaba que le daría la razón, haga algunas preguntas, haga uno o varios comentarios. ¡Pero nada! Y simplemente añade:
— Incluso con Soumia, realmente nunca he pensado, por mi parte, que se tratara de divertirse con mujeres.
— Me dejas más tranquilo, y te agradezco tu confianza, dice entonces Anty.
— No sé si se trata de confianza o simplemente de sensatez, dice Sibylle.
— ¿Espero tener tu confianza? pregunta Anty.

— Tú sí, de manera privada, pero tu trabajo, cómo saber… dice Sibylle.
— Si te fías a nivel privado, no te pido más, soy un conjunto, así que te puedes fiar de mí, dice Anty.
— Pienso que sí, dice Sibylle.
Lo que termina con el tema de conversación. Pasan a otra cosa, y pronto llega la hora de volver, después del postre. Por lo tanto, dejan “Le Cabestan” y el coche los trae de vuelta al hotel. Anty sube con Sibylle a la habitación para coger unos documentos en la caja fuerte, luego la abraza, la estrecha contra él, la besa enamoradamente, y la deja para ir a su reunión.
Sibylle está más relajada, Anty ha hablado del tema y para ella es esencial, lo que Hadj nunca ha hecho con Soumia. En la tele ponen una película en una cadena americana, y decide verlo tras haberse duchado y haberse quitado el maquillaje.
Cómodamente tendida en la cama, se duerme mientas ve por enésima vez esa película que le gusta con Liz Taylor: “La gata sobre el tejado de cinc”. Se despierta después de que haya terminado la película, en ese momento es la una de la madrugada, y Anty aún no ha vuelto. Apaga la tele, la luz de se duerme de nuevo.
Cuando ha vuelto Anty, se ha tumbado en la cama y luego contra ella, Sibylle se ha quejado, suspirado, no ha hecho falta nada más para que la penetre con suavidad, lujuria extrema que ha despertado del todo a Sibylle que a pesar de todo ha fingido estar dormida y pasiva, y era una delicia pues Anty, él,

estaba muy ardiente. Vagamente, Sibylle se ha preguntado qué hora sería, pero en realidad, le da igual. Se han dormido uno contra el otro, con ternura.

Luego fue Marrakech donde Anty sólo tuvo una reunión a una hora decente. Y pasó el resto de su tiempo con Sibylle.
Admiración, encantamiento, ¡Marrakech le ha gustado tanto a Sibylle! Y además, Anty estaba más presente, es verdad. Al enterarse de que Marrakech era un destino de turismo sexual, Sibylle está ultrajada. Anty le ha asegurado que a partir de ahora se haría todo lo posible para cese. En cuanto al cambio total que esa ciudad le ha conferido a Sibylle, no lo olvidará nunca, ni tampoco Rabat ni Casablanca, por supuesto, y aunque haya visto Ouarzazate, Sibylle, aquí se siente como en otro mundo. Aparte de visitar la ciudad y los jardines que son famosos, tal como Marjorelle o el Agdal, aparte de las cenas y los almuerzos, la piscina del hotel, una vez, Anty y Sibylle se ha pasado el resto del tiempo a hacer el amor. Placeres sensuales, arrullos amorosos, deseo renovado y caricias, la excitación los lleva uno hacia el otro en todos momentos.
Sibylle nunca habría pensado hacer el amor algún día con ese ritmo y de esas maneras, apasionada, tierna, excitante, erótica a pedir de boca, con tal orgasmo decuplicado. Pero le ha ocurrido. Y Sibylle, a este nivel por lo menos, está plenamente satisfecha.

La aventura sexual a la que la ha llevado su primer orgasmo con Anty es el acceso a un camino en el que el placer lleva el baile, una especie de zarabanda crescendo que va de descubrimiento en descubrimiento entre los brazos de un hombre cuyo abrazo es a la vez firme y tierno. Sibylle vuelve a vivir, o más bien vive, al no haber conocido nunca tal intensidad y esa frecuencia sexual que la lleva al paroxismo en cada nuevo apretón.
Y en la fuerza de esa ascensión que conoce, tiene la impresión de que no hay límites. Lo que es a la vez le encanta y le espanta. Sibylle tiene la sensación muy precisa de haber salido de su capullo por fin, cuando no sospechaba siquiera seguir estando dentro. Es una parte de la conciencia que se despierta en su interior, es un paso consciente de un estado a otro que vuelve a sacar lo precedente y obliga los sentimientos a superar en si, un escalón hasta entonces invisible. Evolución, probablemente, como una pequeña revolución que se ordena, se orienta y las inscribe profundamente hasta dentro del cuerpo que también evoluciona y vibra de manera distinta bajo los mismos estímulos exteriores que hasta entonces sólo habían producidos efectos diferentes, muy diferentes. Es bastante fascinante para Sibylle que se convierte un poco en espectadora de su propio impulso, al crear esa evolución en su interior una especie de revolución a la vez física, sensorial y mental. Es una evolución segura de la mujer, pero también del ser que conoce un nuevo desarrollo, dirigiéndose por el camino de esa libertad

que reivindica la mente para afirmar su presencia muy divina como uno respira y vive bajo otra apariencia, en una atmósfera sin embargo parecida que Sibylle percibe ahora desde esa dimensión ensanchada que lleva como una copa llena con el néctar que acaba de llenarla por completo. Pero de ese cambio radical del que Marruecos habrá sido una especie de revelador, Sibylle ya está presiente otros niveles, otros despertares de conciencia seguramente más profundos, que anuncia este primer despertar concienciado en ella. Y se echa a temblar porque podría ser que no fueran tan agradables de vivir. Es lo que presiente, y sin preocuparla realmente, se abre a ellos  temiéndolos como si la evolución en sus pasos, despertares, tránsitos y transformaciones, al tener únicamente los límites que ella opondrá, podía en la fuerza evolutiva natural que la mueve, abrir unos obstáculos muy cerrados de los que Sibylle, hasta ahora, no tiene ni idea. Y esto la conmueve porque todavía no tiene ningún medio ni ninguna posibilidad para prever la amplitud y las necesidades. De alguna manera, ante la posibilidad de tal desconocido, sólo puede en su estado evolutivo actual, anticiparlo mentalmente, por lo tanto mal, cuando las soluciones no serán, no podrán ser mentales cuando esos nuevos cambios se precisarán en su vida.
Pues Sibylle decide, al vivir plenamente el cambio actual, no pensar más en lo que podría pasar después, que no puede imaginar, y que de todos modos la pillará desprevenida.

El encanto de Marrakech interviene, y Anty lamenta que su regreso esté programado y que no puedan prolongar de un día o dos, tiene citas en París, es imposible, Sibylle le regaña, diciéndole que ya tienen mucha suerte al haber podido disfrutar de tal desplazamiento profesional para ellos también. Y que está bien así. A lo que Anty, pensativo, ha contestado:
— Pero muestras realmente sabiduría en el sentido espiritual del término, Sibylle, no sospechaba eso de ti.
— Confidencia por confidencia, ¡yo tampoco! ha soltado Sibylle con aire malicioso, encantada de que Anty haya reparado en este cambio.
En tiempos normales, efectivamente, antes de ese viaje, Sibylle habría abundado en el sentido de Anty.
Al estar prevista la vuelta hacia Paris para el día siguiente, han terminado su estancia con los excesos sensuales más atrevidos con el fin de no perder esos valiosos instantes de una intimidad sin tabúes que la libertad de espíritu ha tocado con su gracia muy particular durante algunas horas que los unieron un poco más en el corazón de esa ciudad de Marrakech a la tardarán en olvidar.
Luego, la tarde fue tranquila, la última comida marroquí excelente, el principio de la noche otra vez travieso, y el sueño sin sueños. ¿Cómo aún se podría soñar cuando la vida parece ser un sueño despierto por fin realizado?
Es así, en una hermosa armonía que el episodio de ese viaje a Marruecos termina, inscribiendo con

letras de fuego en el corazón y el cuerpo de Sibylle y de Anty las cuatro letras de la palabra amor en inglés: LOVE.
Ni Sibylle ni tampoco Anty se dirían o vivirían el uno por el otro lo que califica esta palabra, de la misma manera que antes.
Sibylle y Anty lo sabían.
Su amor había crecido.
Sibylle también.
Y Anty daba y recibía lo que había sembrado en alguna parte de Estados Unidos, entre ellos, desde lo más profundo de su corazón. Y la cosecha ahora superaba sus esperanzas y satisfacía plenamente su relación.



# Segunda Parte

El procedimiento del divorcio ha empezado y Sibylle ha podido, después del reparto, reunirse con Anty en su casa donde llevan un mes viviendo juntos. La vuelta de Marruecos fue fácil y dolorosa a la vez para Sibylle que se volvió a adaptar a su vida en Estados Unidos en función de los cambios sufridos conscientemente en Marruecos. A Bert le costó reconocer en esa mujer determinada y directa, más libre en su cabeza y con sus gestos, a la joven mujer con la que se había casado. Se sorprendió, entre otras cosas durante las reuniones con los abogados y la nitidez que expresó Sibylle a lo largo de las conversaciones.

En la ola de los cambios que la siguen llevando, Sibylle a veces está en una nube, y a veces en el infierno. Este inicio cíclico de una nueva vida es a veces para Sibylle muy penoso, pero boga una ola muy fuerte que la lleva a su pesar de orilla en orilla, de playa en playa y también de fiesta en fiesta, con Anty que descubre a una mujer a la que fácilmente puede calificar de magnífica, pues incluso físicamente Sibylle está muy desarrollada, lo que se añade a su encanto y a ese aire malicioso que no ha perdido sino que se ha transformado, más pausado, más sabio de alguna forma. En efecto, sus reflexiones y bromas son

más sabias, sí, piensa Anty e incluso Bert, una especie de sabiduría que una vez más se expresa a la vez con sensatez, que ya tenía, pero también con una especie de profundidad, Sibylle ha ganado sabiduría. Anty lo constata cada día, una mujer cada vez más a gusto consigo misma, también una mujer de mirada más profunda, y de esto Sibylle se da cuenta, y es consciente de que antes sobrevolaba más las cosas, a la gente, los problemas, es curioso cómo los trata con otra densidad, una apertura, una soledad interior abierta también a lo desconocido que puede aparecer y que no hay que perderse para continuar de manera sutil, a amar mejor, sin querer comprender siempre. Sibylle ha entendido que querer comprender siempre impide que el corazón rebose, envuelva la cosa, el ser o el acontecimiento, y por lo tanto limita el amor con unos esfuerzos intelectuales que al final le perjudican mucho. De playa en playa de la vida, de los sentidos al igual que del amor así como de ella misma, Sibylle va, viene, trabaja para un divorcio equitativo y conseguido, es un auténtico trabajo, es lo que constata. Todo lo que en un ámbito u otro, lleva, tiende al éxito, es un auténtico trabajo, es un hecho, lo piensa al igual que piensa que se debe empezar por uno mismo, y es lo que ocurrió sin que quisiera realmente. ¿Anty? ¿El viaje? ¿Marruecos? Todo esto a la vez probablemente, está convencida de ello, y actualmente, es conscientemente con estos conocimientos, que progresa un poco más, un poco mejor seguramente, porque es consciente de ello. Dicen que todos los caminos llevan a Roma, o a otros

lugares, llevan a lo más profundo y a lo más justo de uno mismo, ahí donde el destino impulsa una ventura que uno también se forja, o por lo menos es posible. En el escuchar, en la alegría, en el discernimiento que ahora manifiesta Sibylle, unos tesoros, unos regalos y montones de poesía, sí, sí, Sibylle lo cree, las cosas le llegan de manera más poética, es curioso, y se dio cuenta de ello enseguida, nada más volver a los Estados Unidos donde ya no tiene muchas ganas de vivir. No ha vuelto a ponerse en contacto con sus padres a lo que simplemente avisó que había vuelto de viaje, sin más. Para ella, existe una especie de antagonismo entre ellos, su pasado, el conjunto sumado, y en lo que se ha convertido con la vida por delante de ella y de Anty, tal como se presenta actualmente, con una especie de persecución o de continuidad en la perfectibilidad que mete en ello, al igual que lo hace Anty, tiene que reconocerlo. A su regreso, los horarios anárquicos de trabajo se han relajado para desaparecer totalmente, hasta el punto que Sibylle casi ha olvidado sus preguntas, sus dudas y sus conversaciones con Soumia respecto a este tema. No obstante, Sibylle ha llamado dos veces a Soumia desde que ha vuelto, constatando que para Hadj sigue siendo igual, con un ritmo más tranquilo. Pero a Soumia le da lo mismo, a este nivel, la presencia de Sibylle le vino muy bien, y quiere decírselo. Lo que hace entre dos risas. Y Soumia ha prometido que la próxima vez, la llamaría ella.

Al estar ya solucionado el divorcio, Sibylle se ve con un peculio interesante que Anty le ha aconsejado fuertemente que invirtiera.
— ¡No necesitas gastar nada, yo me encargo de todo aquí! Es mi terreno. Inviertes, y te dan los dividendos, ha dicho Anty.
Y le ha presentado a su banquero, muy buen consejero en este ámbito.
Pacto hecho, para Anty es importante asumirlo todo, y mantiene en secreto en su corazón la pedida de matrimonio que quiere hacer como es debido en cuanto la sentencia del divorcio sea definitiva, dos meses, le ha dicho ella.
Así pues, bajo el cielo americano todo va muy bien, pero no fue sin esfuerzos por parte de unos y de otros, excepto para Anty, ¿quizás?
Sin embargo, Sibylle cree que Marruecos no fue nada sencillo para Anty, con ella.
La vida sigue su curso, Sibylle se ha adaptado a esta nueva conciencia hasta el punto que ha olvidado la anterior.

Es durante una tranquila tarde, una de las primeras en mucho tiempo, mientras gandulea en la casa, ordenando un poco, poniendo dos lavadoras, y limpiando la cocina de arriba abajo, guay, a su ritmo, que Sibylle de repente, ve un trozo de papel que sobresale debajo de un mueble. Lo saca, no es un trozo de papel, es una tarjeta plastificada, una especie de documento de identidad con un nombre que no conoce. Por lo visto es una tarjeta del FBI. Sibylle

examina la tarjeta, es la de este año, lleva el sello de un departamento del FBI, pero le parece que todo está codificado, por lo menos ante su mirada profana. No hay foto, cifras, ¿a no ser, piensa, que sea falsa? ¿Una especie de juego? ¿De dónde habría salido esta tarjeta? No. Y luego recuerda que hace dos días, Anty ha registrado en sus cosas y en la casa con cierta febrilidad, decía que había perdido un documento, que no encontró. En el momento, Sibylle no le prestó mucha atención porque un documento, es vago, así que no podía ayudarle. Perpleja ante este descubrimiento, Sibylle se pregunta lo que debe hacer. Pero claro, lo explica todo, si esta tarjeta fuera de Anty, lo que aún no está demostrado, no es su nombre lo que está escrito, ¿pero quizás un seudónimo? ¿O bien, su verdadero nombre, y el que lleva y que ella conoce, es un seudónimo? ¡Vamos, se puede imaginar cualquier cosa! ¿Al fin y al cabo, quién sabe? Así que Sibylle no renuncia a hacerlo, y con esto vuelve a aparecer del infierno del juego de la ronda de preguntas que le habían invadido en Marruecos. En la duda, le parece más prudente hablar de nada, y vuelve a colocar la tarjeta donde estaba, pero más en evidencia. Ya veremos, piensa, pues en ningún caso Sibylle quiere dejar a Anty en una situación delicada. ¡Sería muy torpe y estúpido! Piensa con razón.

Al día siguiente por la mañana, después de que se fuera Anty a una reunión, la tarjeta había desaparecido. Confusión de Sibylle a la que Anty ni siquiera dijo haber encontrado su documento perdido. Pero Sibylle lo asume, si es la pareja de un agente

secreto, tiene que asumir una situación que va a durar, y que probablemente no va a cambiar, cuando entra en este circuito, ya no sale de ahí, piensa. Fatalista respecto a este tema, piensa de nuevo antes de empezar el día cuando llaman a la puerta.
¡Sorpresa! Es Aurélia a la que Sibylle no ha visto desde hace mucho tiempo. Aurélia está un poco incómoda pero dice:
— ¿He pensado que podríamos volver a vernos?...
Sibylle abre la puerta en grande diciendo:
— ¡Entra! en un tono un poco perentorio.
Aurélia entra sin hacerse de rogar, ha venido a eso, ¿no? Piensa al mismo tiempo Sibylle que pasa delante de ella hasta la cocina donde prepara un té.
— ¿Qué, cómo te va la vida? ¿Cómo está tu marido, y los niños, cómo lo llevan?
Aurélia está un poco cortada. Sonríe, aún incomodada, pero contesta:
— Todos están bien, yo un poco menos, ¡hubo problemas con Bert! ¿Lo sabes?
— ¡En absoluto! ¡Teníamos mucho que hacer con nuestro divorcio, sabes! No, ya no sé nada de esos asuntos, contesta Sibylle.
— Tú, por lo menos pareces estar en plena forma, dice Aurélia como con pena.
— Lo estoy, lo estoy, y Sibylle le da a Aurélia una taza de té antes de añadir:
— ¡Sabes, nada de esto merece que una se coma la olla! No, de verdad. Dramatizamos un poco y al final, no valía la pena, sigues con tu familia, y mi vida ha cambiado por completo, debo darte las gracias,

Aurélia, sin ti, seguiría igual, es decir ¡podría haber muerto estúpida! ha dicho Sibylle de un tirón sin entrar en detalles.
Aurélia le da pena, parece estar muy mal. Y Sibylle añade:
— Bueno, voy que estás mal. ¿Quieres que hablemos?
— No lo sé, primero tenía ganas de verte, de pedirte disculpas, no estoy orgullosa de lo que hice, sabes, fui muy inconsciente. ¡Mucho! Por egoísmo puro, pero lo he pagado, ¡lo esto pagando caro! dice Aurélia que parece estar muy estresada.
Sibylle le sirve otra taza de té y le da una rodaja de limón, pues sabe que le gusta con el té.
— Mira, si necesitas hablar de ello, hazlo, le dice a Aurélia.
Aurélia toma un sorbo de té ardiendo para tener valor suficiente y suelta con timidez:
— ¡Estoy metida un buen lío! Imagínate que Bert, furioso al enterarse de que por mi parte no era nada serio, que sólo era una aventura, fue a ver a mi marido y se lo contó todo. Desde entonces vivo en un infierno y no sé qué hacer, dice.
Sibylle nunca habría pensado que Bert era capaz de tal estupidez por simple orgullo. Decididamente, piensa, se equivoca en todo, ¡me equivoqué sobre él! No se lo puede creer.
— Lo siento, Aurélia, de verdad, y no pensaba que Bert fuera capaz de hacer tal… Sibylle no encuentra la palabra adecuada… prosigue: ¿cómo te va con tu marido?

— Me dice que con el testimonio de Bert, si nos divorciamos, se quedará con los niños. Y si me quedo, me fustiga, es lo que hace todo el día, es horrible, no quiero darte detalles, ¡me da vergüenza! dice Aurélia con aire lamentable.
— ¡Dios mío, tampoco vale más que Bert! ¿Y tú, qué sientes? pregunta Sibylle.
— Asco por él y por Bert, un sentimiento de desastre, pero peor, asco hacia mí también, no consigo ni tomar una decisión ni tampoco asumir los hechos.
Primero, Sibylle no dice nada, luego piensa. Aurélia está realmente exhausta. ¿Qué puede hacer? ¡Lo entiende pero todo esto es bastante complicado! Y yo, piensa, ¿a qué vengo yo en esta historia?
¡Y de repente se pone echarle la bronca a Aurélia!
— ¡Eres tú la que se ha metido en este lío! ¡Así que te toca asumir a ti! ¡Te estás lamentando por ti y dos tíos que se están aprovechando de la situación! ¡Así que asume, por Dios! ¡Asume! ¡Mándalos a la mierda! Y si engañaste a tu marido, es que no estabas satisfecha, así que de alguna manera él también es culpable. Díselo, deja ya de lloriquear, no eres una víctima, te follaste a un tío, en este caso a mi marido, yo te lo agradezco, pero leva con honra tu adulterio y restriégaselo a tu marido que nunca fue atento, ¿no? Y amenázalo con quedarte y convertirlo en el marido más cornudo de Estados Unidos, y si te amenaza físicamente, prevelo, anticipa, y coge algo para defenderte. ¡Joder! ¡Asume! Los dos son unos cobardes, no te muerdas la lengua, no, ten orgullo, ¡hostias! dice Sibylle casi a voces.

Aurélia está paralizada, todo el barrio, hipócrita, llora con ella, ¡y Sibylle acaba de echarle una bronca! Que la deja sin voz… Ya que no tenía mucha, piensa Sibylle que la observa… Y poco a poco las palabras de Sibylle entran profundo en su cráneo, es verdad que su ritmo ha sido violento. Muy suavemente, cambia su mirada, se endereza y por fin dice:
— No tengo ni un segundo que perder si vemos las cosas de esta manera… Y nadie a mi alrededor. Gracias Sibylle, tienes toda la razón del mundo. ¡He sido estúpida! Y ellos inmundos, ¡hasta fueron a cenar juntos para destrozarme mejor! dice Aurélia que empieza a rebelarse.
Bueno, piensa Sibylle, ya es algo.
A pesar de todo, es una situación cómica, de la que Sibylle es muy lúcida, hasta le dan ganas de reír, lo que acaban haciendo con Aurélia porque al final está consolando y dándole instrucciones a la ex amante de su ex marido, ¡cuando ella sufrió por esta historia! Y cuando se lo comenta a Aurélia, ésta prorrumpe en risa. Sibylle le dice riéndose:
— ¡Si puede reírte de ello, es que empiezas a salir adelante! Sobre todo, no pierdas este ritmo de la risa, te es indispensable. Que lo sepas… Sibylle lo dice de manera entrecortada por realmente tiene un ataque de risa… Y sinceramente sienta bien…
Aurélia se ha ido después de dos horas, totalmente nueva, se van a enterar… o más o menos, y en una cascada de risas, con la cara más rosa, la mirada y los andares más entonados. ¡En suma, una terapia exprés! Decididamente, piensa Sibylle mientras se despide,

debería establecerme, ¡he progresado! Mientras, le dice a Aurélia:
— No bajes la guardia, ataca tras la menor palabra desagradable, no los sueltes, ¡vamos ya!
Se separan riéndose, en el claro del claro de una amistad que durante un tiempo, había estado a punto de perderse. Normal, pero todo pasa, incluso lo que en el momento hunde u horroriza. Todo se mueve, todo cambia. Unas páginas se pasan, y a veces es mejor saber ayudar a pasarlas. Es lo que acaba de ocurrir, y Sibylle tanto como Aurélia están a la vez aliviadas y encantadas de haberse vuelto a encontrar, se llevaban bien antes de todo esto. Por qué no seguir en esas buenas bases y convertir el futuro en una especie de trampolín hacia una renovación, la vida es demasiado corta para pasar al lado de una amistad o de cualquiera o cualquier cosa que sea que haya tenido o tenga sentido. Y su amistad tiene sentido, Sibylle lo sabe. En realidad, le da las gracias a Aurélia por todo, incluso por haber vuelto hacia ella porque ha necesitado cierto valor, lo admite y le está muy agradecida.
Por la noche, le estaba contando la tarde que había tenido a Anty que se lo tomó todo muy en serio.
— Te dije que hay en tu interior, desde hace algún tiempo, una forma de sabiduría, pues aquí tienes la prueba. Estoy orgulloso de ti, Sibylle, ven aquí… dice mientras se da palmaditas en las piernas donde Sibylle se sienta para un beso de amor cariñoso.
Pero Sibylle repara de todos modos que Anty no ha dicho nada respecto a la tarjeta que, no obstante, ha

encontrado, y que con verosimilitud, es suya, a no ser que un amigo… No, será suya, explicaría muchas cosas. Pero ella tampoco dice nada del tema. Al fin y al cabo, es su asunto, yo llegué después. Sibylle se pregunta si Anty es crédulo. Y si, ¿por qué no?, no lo habría hecho a posta, si todo esto no fuera una puesta en escena para ponerla al corriente, sin ponerla al corriente, ¡haciéndolo! Algo un poco complicado, ¡algo de agente secreto para ponerla a prueba y ver la reacción que tendría! Puede ser, piensa, ¡pero entonces está servido! Porque Sibylle no dice nada en absoluto, y ella también dio un mensaje dejando la tarjeta más en evidencia de lo que estaba. ¡Parecemos dos tontos! Piensa a punto de reírse. Pero sólo son suposiciones y como tiene dudas, Sibylle se abstiene, y punto. Anty va a ser víctima de su propio juego, a no ser que todo esto sea fortuito, realmente fortuito, lo que ahora a Sibylle le cuesta creerse. Pero aguantará, sí, aguantará.

Sibylle y Anty tienen una vida realmente agradable, Anty trabaja en casa, pero tiene bastantes citas fuera como para que no llegue a ser pesado ni para uno ni para el otro. Y ahora que se han vuelto a encontrar con Aurélia, el footing va a poder empezar de nuevo así como las “charlas” entre mujeres en una u otra casa, pero es más probable que salgan, ¡Sibylle no tiene muchas ganas de ir a casa de ese marido retorcido con el que Aurélia se casó! ¡Pero bueno! Durante el día, nunca está en casa… Ya veremos, piensa.

Entre Anty y Sibylle, físicamente es la hostia, como dice ella riéndose, Anty no se ríe, ama, pero la fantasía

de Sibylle le hace gracia. En el orden de las cosas de su vida en común, la sexualidad ameniza, en el desorden de sus locuras, su vida más bien ordenada y armoniosa. Y le da cierta vida a su relación. La imaginación de Anty bate el récord absoluto de lo inédito en este ámbito.
La de Sibylle añade su propio encanto lúdico, y es un placer de locos dejarse llevar y transgredir los tabúes más severamente arraigados en este tema en el inconsciente colectivo.
Se puede decir sin temor a equivocarse que en este ámbito como en muchos más, Anty y Sibylle están hechos el uno por el otro. Anty lo sabía desde que se conocieron, lo dice y lo repite. Para Sibylle, lo que al principio no era muy evidente, lo está siendo completamente, y está encantada y feliz de que Anty llevara razón. Lo que es un muy buen punto para él. Prueba de inteligencia, de sensibilidad y sobre todo, de amor. Sibylle es muy consciente de ello. Una pareja excepcional, le gusta decirle de vez en cuando, lo que le hace sonreír. Sibylle está tan entusiasta cuando lo dice, que Anty se alegra, y además, está tan convencido como ella.

La convivencia, un año ya. Desde el regreso de Marruecos, tras unos días, cerca de un mes. La convivencia, ordenada, pero sin rutina porque sin hijos, una fantasía en esa pareja formada por Anty y Sibylle, y todavía para ésta la impresión de que Anty no lo cuenta todo. ¿Pero qué? Ésta es la cuestión, aparte de esa historia de tarjeta del FBI encontrada. Y además, ¿por qué el FBI y no la CIA? Sibylle lleva ya un año sin hacerse más preguntas respecto a este tema, pero de vez en cuando le vuelven, sobre todo por la incoherencia que no consigue delimitar, sin más. ¡Se va y vuelve!... Le recuerda la canción de su adolescencia que cantaba Cloclo, Claude François, y cada vez que le vuelve a la mente, la tararea. Es interesante, y en realidad le hace gracia.
Y luego fue ese viaje a Londres, o por lo menos, va a ser… Pues Anty acaba de comentárselo, pensaba, por negocios otra vez, ir solo, pero ante la cara de intento lamento que ha puesto Sibylle, ha sonreído diciendo:
— Vale, te vienes conmigo, ¡te meto en las maletas!, antes de abrazarla.
Y Sibylle ha saltado de alegría, al cuello de Anty.
No sabía, sin embargo, que Anty le mostraba total confianza, pasara lo que pasara. ¿Cómo habría

podido adivinar tal cosa? Para Anty, Sibylle era tan fiable, y lo había demostrado durante y después del viaje a Marruecos. En efecto, la tarjeta sí era un test por parte de Anty, y a día de hoy, Sibylle lo ignoraba aunque la idea le haya pasado por la cabeza, no podía imaginarse que era cierto. Sin embargo, las intuiciones, en este ámbito, deben seguirse, pero Sibylle aún no se fía de ellas y es un fallo. Pero bueno, no se fía, pasa en su interior como una idea que, la mayor parte de las veces, rechaza.

Quince días más tarde, se van, más enamorados que nunca, con destino a Londres. Libertad y replanteamiento, Sibylle se equivocó en convertir el viaje a Marruecos en un referente. Londres cambió todo eso muy pronto, a partir del final del primer día. Anty dejó a Sibylle sobre las tres de la tarde, cuando acababan de llegar, para ir a una reunión. Dejó que se fuera, contenta, tenían que verse sobre las ocho en el hotel cercano, muy cercano a Piccadilly Circus. Y Sibylle, con vaqueros, sale para volver a ver Londres dando un paseo, estuvo ahí hace quince años, ¡hace la tira de tiempo! Piensa. Ganduleo, tiendas un poco, sólo por el principio, Sibylle pasea, relajada, feliz de estar ahí, todo va bien. Sibylle tararea mientras camina, un muchacho, que la escucha, le sonríe. Simpático. Es en ese estado casi eufórico que empieza a girar en una calle para encontrarse ante una plaza ajardinada muy bonita, un barrio residencial, magníficos inmuebles, aquí todo está tranquilo, lujoso y voluptuoso, como en un soplo se acuerda de

Beaudelaire, lo que aplica a este lugar de ensueño ¡donde le gustaría tener una residencia! ¡Puestos a pedir! Y su mirada envuelve todos los bloques, luego observa sus portales, suntuosos. Entonces, es cuando ante el portal de unos de esos, se fija en un grupo de cuatro personas. Primero ve a la mujer, unos cuarenta años, hermosa, el tipo de mujer que se ven en las páginas mundanas del Vogue international, piensa, sin embargo, la mujer va vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca, igual que Sibylle. Al lado de esa mujer, un joven que se parece a ella, debe de tener dieciséis, diecisiete años. Sibylle no sabe por qué hace así el inventario de ese grupo, a lo mejor porque con ella, son las únicas personas en esa plaza tranquila, no hay ni un alma… Pues prosigue, al lado del joven, una muchacha de diez o doce años, vestida para ir a jugar al tenis, con una raqueta en la mano, lista para irse parecía, un coche en marcha con chófer está aparcado justo delante del grupo. ¿Y el hombre? Entonces Sibylle reconoce a Anty, está de espaldas, por ese motivo los demás llamarían primero su atención. Sibylle está conmocionada, pero al fin y al cabo, ¿por qué? Puede ser la familia de uno de sus colaboradores de aquí, pueden ser mil y unas cosas, pero Sibylle no sabe por qué esto crea en su interior tal conmoción. La mujer le entrega un sobre que Anty coge para luego guardarlo en su maletín. La niña le salta al cuello diciendo:
— Bye, Dad, bye, bye, y salta en el coche que se va. No, piensa Sibylle, no es la familia de uno de sus colaboradores, simplemente es la suya. Sibylle no

puede respirar. ¿Por qué no le ha contado nada de todo esto? Unos sollozos suben en su garganta, está petrificada, no puede moverse. Entonces, al darse la vuelta para hacerle señas a su hija que se marcha, Anty ve a Sibylle. Está sorprendido de verla ahí, está claro, pero una vez superada la sorpresa, le indica que se acerque y como Sibylle no puede hacerlo, se acerca y constata que está realmente conmocionada.
— No es lo que crees, dice rápidamente, ven, tengo prisa, ven, le dice más alto y cogiendo su brazo para llevarla hacia la mujer y el joven.
— Os presento a Sibylle, mi pareja, Sibylle, te presento a Alexa, mi mujer, pero ya llevamos separados seis años, y Bill, mi hijo, acabas de ver a Jennifer irse a su clase de tenis. No sabía muy bien cómo hacerlo, ya está hecho, lo prefiero.
Alexa saluda a Sibylle, Bill hace lo mismo, Sibylle intenta sonreír, sonríe, y piensa que finalmente todo es muy sencillo. Siempre hay una explicación para todo. Pero está furiosa de haberlo descubierto todo de esta forma, por casualidad.
— Acabamos de empezar un procedimiento de divorcio, y está bien así, añade Anty que no dirá nada más delante de su hijo.
Y Sibylle se escucha decirla a Bill al que mira:
— ¿Espero que venga a vernos a Estados Unidos? Nos alegraría mucho a Anty y a mí.
Bill contesta:
— Gracias señora, me gustaría mucho.
— Llámeme Sibylle, dice.

Luego Anty y ella se despiden y abandonan la plaza que cruzan caminando.
— Bueno, ya lo sé, tendría que habértelo comentado, pero ya tuviste que asumir lo de Bert, el divorcio, mi trabajo, no fue evidente, y es cierto que esperaba un poco. Quizás fuese un error. Pero de verdad, quería hablarte de ello, simplemente esperaba el momento adecuado.
— Hiciste bien, Anty, ¡me pregunto cómo habría vivido todo lo que me ha ocurrido sabiendo que además, tenías dos hijos y una mujer todavía potencial! Hiciste bien. Pero confieso que la "casualidad" de mi paseo eufórico por Londres me ha conmocionado. Lo confieso humildemente. Aparte de eso, enhorabuena, ¡los tres son preciosos! dice sonriendo, pobre sonrisa en la que Anty deja un beso, Sibylle se siente feliz por ello.
— Tú también eres preciosa, ¡y mucho más por dentro! dice luego.
Sibylle aún está conmocionada, pero se siente mejor, y en su fuerte interior, admira la manera y la comodidad con las que Anty ha manejado la situación tan delicada a causa de ella. Y esa no-casualidad le parece más que accidental, prevista por no sabe que instancia superior que sabe mejor que los humanos cuáles son los momentos adecuados y las horas justas para algunas revelaciones, una cita entonces está tomada para no sabe qué secretariado celeste que tratan los asuntos de los seres que han elegido una evolución consciente. Sibylle vería en ello un principio de explicación para esos encuentros…

¿Pues, piensa, cuántas probabilidades teníamos, en mitad de Londres, para encontrarnos así, en el mismo lugar, exactamente a la misma hora, para algo tan importante?
¡Dios mío, es increíble! piensa Sibylle mientras Anty la deja para ir a una reunión, y coge un taxi.
— Nos vemos esta noche, sobre las ocho. Te quiero, dice antes de irse.
Y Sibylle se pregunta si ya le ha dicho que lo quería, pero no lo recuerda, esta misma noche voy a tener que remediarlo, piensa.
Luego, Sibylle se ha dedicado a Londres y sólo Londres, y ha dado un largo paseo para evacuar el estrés que acababa de vivir con esa particular situación.
De nuevo, Anty tuvo unos horarios sorprendentes y anárquicos para sus reuniones, igual que en Marruecos, pero Sibylle ya está acostumbrada, y se ha adaptado muy bien, lo que fue un alivio para Anty.
Sibylle tiene el sentimiento muy neto que con Anty, incluso cuando todo parece ser muy complejo, en el fondo es una simplicidad excepcional, y que una explicación muy sencilla de repente ahuyenta todas las dudas y todo lo que las precede. Es tranquilizador, relaja tremendamente, y ya no existe ninguna duda. Como, a modo de ejemplo, lo que acaba de ocurrir en Londres, esa comodidad directa manifestada por Anty frente a ella y con Alexa, y al revés, Sibylle descubre que con él, decididamente, no hay ni que preocuparse, ni ponerlo todo en tela de

juicio porque al final, Anty es una persona clara, muy transparente y cuando las apariencias no parecen jugar a su favor, sólo son apariencias y el fondo permanece claro e inequívoco. Ahora, Sibylle está absolutamente convencida de todo esto. Y de repente, las ganas de escuchar a Soumia, la llama con el móvil. Soumia se ríe porque acaba de intentar llamarla al fijo de Estados Unidos, y que iba a llamar al móvil de Sibylle cuando ha sonado su teléfono.

— Transmisión de pensamientos, le dice, habré recibido tu llamada antes de tenerla, dice Sibylle, a no ser que sea al revés.

Luego, charlan tranquilamente, Soumia le reprocha no haber vuelto a Marruecos, y la amistad se convierte en una flor de verano abierta en el corazón de las dos mujeres que respiran la misma fragancia con cierta dulzura una hacia la otra. Sed de amor, piensa de repente Sibylle sin ningún motivo. Estas dos palabras le vienen a la mente y luego al corazón y se dejan tal como se han puesto en contacto, con una carcajada.

Sed de amor. Estas dos palabras vuelan en la cabeza de Sibylle que les da vueltas en su interior en un círculo, o en espiral hacia arriba, hacia abajo, para juntarlas en un círculo en el que estallan en luz, como si de unos fuegos artificiales bajo el cielo gris de Londres se tratara.

Sed de amor. Sibylle vuelve al hotel donde pide unos folios vírgenes en recepción. Una vez sentada en su habitación, se pone a escribir con un ritmo rápido, durante una buena hora y media.

De languideces vacías
En desesperanzas llenas, de rojo
Iras en desarmantes
Ternuras, de pruebas grises
En agujeros negros
Y de supervivencia en
Evolución forzada y aceptada,
Las tormentas de una vida y sus
Tempestades, caen y explotan,
Abriendo el espíritu al corazón de
La armonía, y liberando el corazón
Como uno se evade hacia los cielos
O lo que se cree.
De rondas en farandolas,
El oro y la luz centellante
De sus reflejos en la piel,
Encierra todos los secretos del
Mundo, por descubrir primero
En si mismo. Y de rostros risueños
En llantos ensordecedores, los
Días siguen su curso armonioso
Mientras que, caótica, la marcha rígida del hombre lo bloquea en su mental. He visto un corazón abierto y tan sangriento todavía de sus dolores, de sus sufrimientos que lo ponen en peligro que lo he cogido entre mis manos para tranquilizar de sus latidos las taquicardias nacientes que fragilizan el eco lejano llevado hacia el mundo.

El planeta ha temblado, luego, me he esforzado en acordar con el mío ese corazón palpitante, no se ha resistido, más bien se ha mostrado dócil, ha

adoptado del mío la fuerza tranquila, mientras yo añadía a mi ritmo los latidos del suyo que, sin resultarme muy familiar, tampoco me era completamente extraño. Ha pasado un momento. Un largo momento de eternidad durante el que, suavemente, un despertar ha tenido lugar en mi interior. Me he dado cuenta de que, de hecho, ese corazón era mío, que entre él y mi corazón, sólo había una cuestión de ritmo y que una vez que se encontraría la respuesta, nos era común.
Ese corazón era mío, maravillada, he dejado que se vaya. Al volar sobre las alas de uno o varios ángeles, lo he liberado, pero también me he sentido más libre. Parece ser que había llegado el momento, y que era hora para él y para mí, de tomar impulso juntos con el fin de poder explorar, el tiempo y el espacio, uno y otro, y juntos, para invertir nuestra energía común así multiplicada, en el mundo y todos los corazones encontrados, también para dejarse invadir por ellos, ¿acaso no estamos aptos a encontrar el ritmo y el acorde que convierte a todos en lo único y a lo único en parte de cada uno?
Es una pregunta que se plantea, y cuya respuesta no puede ser intelectual, sino solamente vivida, de experiencia y luego de ejemplaridad.
Cuando el corazón late su vuelo,
Cuando el vuelo es de amor,
Cuando el amor es la energía,
La fuerza y la vía, tengo en el
Cuerpo el despertar y en los sentidos,
El sentido de la Vida y el eco

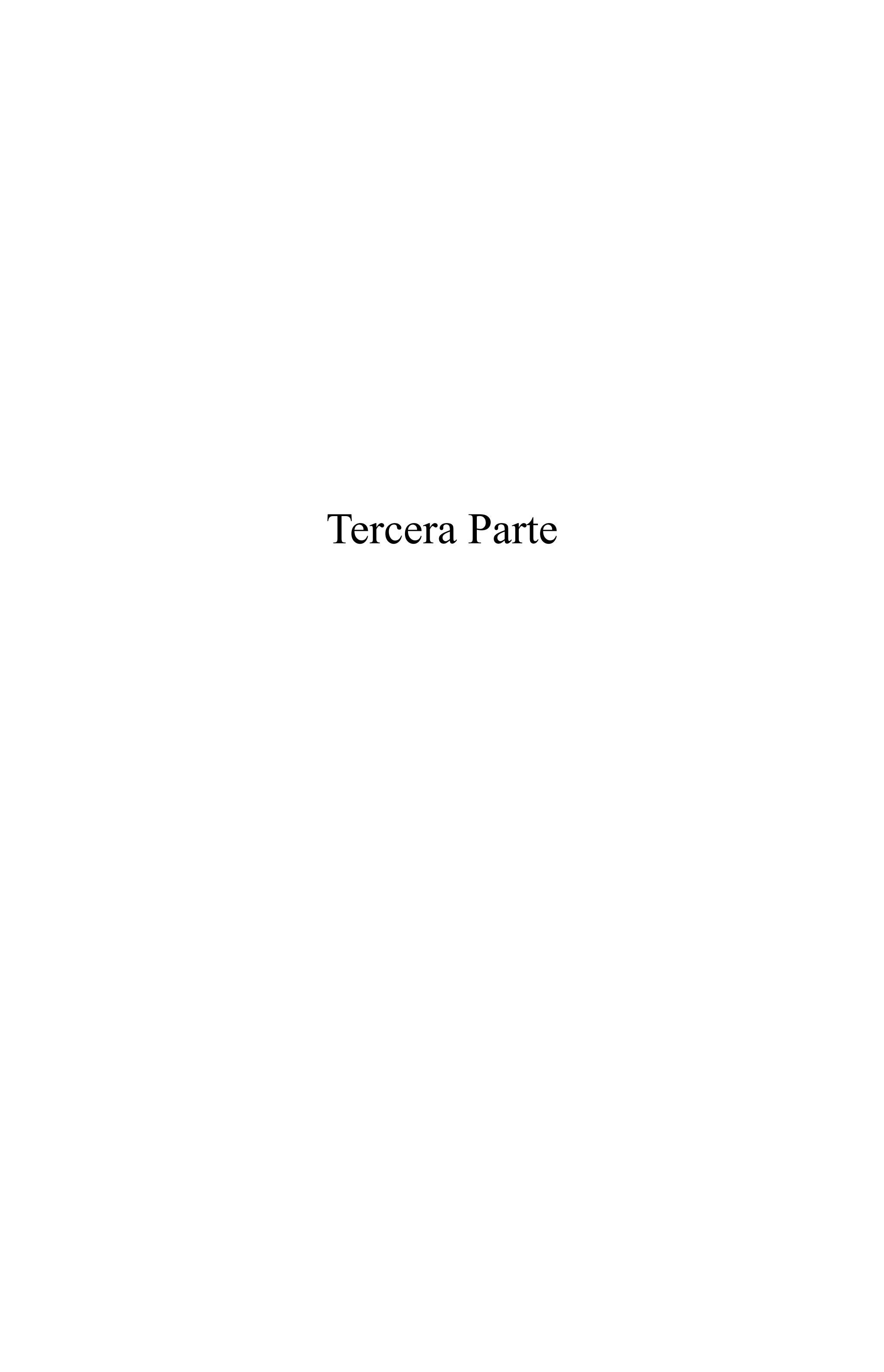
De Dios, ¿quizás?
Y también, más allá de todo esto,
O con el, las ganas de ti.
Y Sibylle ha dejado de escribir para beber un vaso de agua, lo que le recuerda de manera curiosamente sensorial su sed, hace ya casi dos años ahora, cuando, tras haber escrito sus recuerdos de adolescencia sobre su vida onírica, había tenido sed y había parado. Pero la sensación era otra. En efecto, Sibylle, extremamente relajada, ha escrito sin hacer ningún esfuerzo intelectual como si el sentido corriera en las palabras y que éstas lo adornaban, cuando ninguna intención por su parte se había manifestado o que ninguna idea se había formulado respecto a esas páginas. Y luego, escribir le ha recargado las pilas a Sibylle, mientras que cuando escribía – al fin y al cabo muy pocas veces – hasta ahora, se le requería cierta fuerza, y la palabra tensión probablemente fuera más justa, lo que ya no es el caso actualmente. Sibylle se siente más ligera, en efecto, llena de energía, se levanta y constata que casi son las siete y media de la tarde. En este momento, suena el teléfono, Anty le manda decir, por una secretaria por lo visto, que no llegará antes de las nueve. Sibylle le da las gracias. Pues tiene todo el tiempo del mundo y decide ir a dar una vuelta por el centelleante Piccadilly Circus, lo que hace, para, al final, tomar una copa al principio de Bond Street. Sibylle siente que tiene la cabeza ligera, además está tónica y está preparada para pasar una hermosa noche con Anty y ¡darle lo que se merece!

Se han reunido a las nueve, en la habitación, se han bañado juntos, y por supuesto, sólo han salido a cenar dos horas más tarde, ¡pero ya empezaba bien la noche! Una auténtica fiesta de enamorados sexualmente endiablada. Y hay que admitir, tanto en el caso de Sibylle que en el de Anty, que cada vez se llevan mejor a todos los niveles.
El viaje a Londres, al igual que todos los viajes, también es para Sibylle y Anty un viaje en la interioridad, una evolución, otra vez y siempre. Se dice con razón que los viajes forman la juventud, pero son formativos a cualquier edad. Es una cuestión de timing, de tiempo, de musicalidad interior lista para exteriorizarse, manifestarse bajo los fuegos magistrales de la epuración, de la purificación, de las aclaraciones necesarias que nacen en el, o bien que se ponen y surgen de la interioridad más tarde, de vuelta. Un viaje es al mismo tiempo catalizador y revelador. Nunca es indiferente y a veces, años más tarde, uno se da cuenta de las lecciones magistrales que habrá sacado de ahí.
Todas esa albas y luego esos anocheceres, guardan un poco de lo que también habrán viajado el alma a la escucha, el corazón en sus sensaciones. Es la magia del viaje, es la belleza del cambio radical donde, sumido en otra cultura, uno convierte en suyos los descubrimientos y los recorridos que trazan para siempre en uno mismo, la renovación y la llama así encendida en el corazón del avance hacia si mismo donde cada viaje es una referencia

que no se puede descuidar, donde el destino es proveedor.
Sibylle le está agradecida a Anty por esos dos viajes que habrán marcado con sus piedras blancas su destino así como su evolución personal.
Sed de amor, las dos palabras aún bailan en la cabeza de Sibylle una especie de ronda que de nuevo le da hormigueos para escribir, lo que hará después de cenar, hasta las dos de la madrugada, mientras que Anty se acostará antes que ella, una vez al año no hace daño, para dormir, está agotado.
Dulce amarga la sed
Cuando el amor tarda
En contestarle.
Y en remolinos
Emergiendo de una
Incontinencia afectiva
Rebosante, decirse
Y ya volver a decirse
Que de nunca a siempre,
La poca gracia del
Impulso lleva el corazón
Al picota de sus justas
Indecisiones cuando
Se pregunta si sí o no ama y es
Amado. Vasto dilema
Que el corazón de repente
Disimula de su apertura
Al infinito cuando
Al decidirse en no
Exigir nada a cambio,

Se pone a amar
Realmente en ese
Valioso vuelo donde
El ángel que lo vigila
En silencio le manda
Las señales de su
Eterna alegría por seguirlo
En una evolución donde
Cada uno aprende de los
Demás lo que en su
Interior es realmente.
Sed dulce amarga,
Dulcemente, lentamente
Apagada, a no ser que
De un flechazo
Trueno, la vida esté
Afectada y que sepa que
El Amor acaba de hacer de las suyas.
Habría que estar loco,
Loca, sea cual sea el
Contexto, para rechazar
De primeras el regalo
Magnífico, don de lo Divino
Que entonces recibimos,
Sed de amar entonces se ha
Volado, bajo la extraña
Sensación que pone del
Corazón el verano o la estación
Que corresponde a la eclosión
Del alma, del corazón y del
Cuerpo que se alegran

De manera preciosa.
Y amar, en Cristo, en
Uno mismo, en ti al que amo,
Sin olvidar mi amor
Por Dios.
Y amarte.
Luego, Sibylle, dejando su bolígrafo, se ha metido en la cama cerca de Anty contre el que se ha acurrucado para dormirse tranquilamente.



# Tercera Parte

Soy púrpura cuando
De claras rondas en sutiles
Cantos, me enrollo alrededor de tu
Corazón como una mujer ligera,
Azul me pongo cuando
El temor de perderte me aprieta
Las tripas, el cuerpo y la cabeza
Que dan vueltas en
Unas hipótesis sin fin.
Verde me veo
Cuando un miedo en las
Entrañas que me hace
Entrever la soledad
Ya que la vida sin ti, para
Mí es igual, y cuando
De repente una lentejuela violeta
Y oro cae al anochecer
En mi corazón sobresaltado,
Me descubro amarilla y
Debatiéndose por las ganas de estar
Entre tus brazos que, al
Hacerme cambiar al índigo,
Me mece de esperanza al afilar
De mí el arma letal de
El amor sexual que me

Trae a las mejillas el rojo
Del deseo que tengo por ti.
Y cuando el anaranjado
Vibra en mi vientre palpitante,
Todos los oros de la Tierra se
Precipitan en los reflejos
De plateado centellante
Donde me sumo en lo
Desconocido que me trastorna
Tanto, cuando me estrechas
Una vez más, erradicas
De mí, tras todos esos
Sentimientos fútiles que en
Colores te cuento, para
Hacerme el amor todo de
Blanco así como a una
Virginidad rebelde que se
Ve purificada cada vez
Que me dices
Te quiero.
Es en esta ronda de los
Colores que me habitan
A veces que entiendo
De repente cuánto me siento
Vulnerable cuando cerca de ti, oh cuanto, y viviendo a tu lado, me imagino una ruptura imbécil en cuyo guión nos imagino, tú y yo, separados de verdad. Y me arrepiento, me vuelvo transparente, casi líquida y sin embargo destabilizada por mucho que me haga unas ideas que sólo son mentales y sin fundamentos.
Todo esto para decirte que en el fondo y de alguna

manera y sean cuales sean las razones, tengo en el corazón un “pordioseo” que duerme, sed de amar sí, pero hambrienta de tu amor.
Decírtelo y volver a decírtelo,
Siempre demasiado y nunca
Lo suficiente, para no pasar
Al lado de esa magia
Que opera cuando
Los dos juntos,
Vivimos cada día y
Cada noche como
Unos amantes bendecidos
Por los Dioses, ¡por Dios!
Sea lo que sea lo que nos reserva la vida, soy muy consciente que en esa magia de nuestro encuentro, el destino que forjamos, tú y yo, juntos, está marcado por ese sello, por ese pacto, ese amor que nos empuja al uno hacia el otro, para siempre.
En el alba mimosa me festejo de ti, en el anochecer multicolor me languidezco de nuestra próxima noche. Hay algo indecible que pasa, ocurre, cuando de ti hacia mí o de mí hacia ti, los dados están echados sobre el tapete de la felicidad que los saca ganadores cada vez, en cuento me precipito hacia ti o que te escribo sin nombrarte porque de amor late mi corazón y de goce vibra mi cuerpo.
Decirlo una vez más
Para que te reconozcas
En mí en ese amor
Compartido:
Te quiero.

¿y tú?

Este fragmento de una obra de Sibylle acaba de ser leído en la radio por una actriz americana, en francés, sin acento. Luego, ha seguido la traducción al inglés. Sibylle ha escuchado, está bien, piensa. Anty ha escuchado, es precioso, piensa. Actualmente, se han separado por unos días, precisamente a causa de las ocupaciones literarias de Sibylle que va a permanecer tres días en Washington D.C. Anty echa de menos a Sibylle, pero no ha querido acompañarla a pesar de haber podido, para no interferir en su vida profesional. Sibylle ha respetado la suya siempre, pues es inimaginable que él no respete la suya. Simplemente le ha dicho que su trabajo, por esta vez, no le permitía acompañarla. La conoce lo suficiente como para saber que sólo un motivo profesional podía convencerla, y no quería discutir, ni tampoco explicarle. Es más sencillo y más eficaz.
Ahora, Sibylle y Anty llevan casados unos meses, pero llevan cinco años viviendo juntos. Siguen sin tener hijos, Anty hasta se pregunta si Sibylle quiere tenerlos, no lo sabe, nunca hablan del tema, y deja que ella vaya a su ritmo. Es cierto que desde que estuvieron en Londres, hace tres años, Sibylle ha escrito tres libros muy innovadores, particulares, poéticos, y que la requieren en las universidades, curiosamente, se ha negado a formar parte del mundo clásico, se ha marginalizado un poco, pero todo esto hace camino de manera lenta pero segura. No fuerza nada, trabaja a su ritmo, y codea a los

medios de comunicación que se han pegado a ella con su tercer libro. A Sibylle no le convencen ni le entusiasman los medios de comunicación, pero su editor le ha aconsejado que está vez, no los rechace. Y por lo tanto, se esfuerza en satisfacer a su editor quien, por lo menos, se arriesgó en publicar un libro en inglés escrito por una francesa. ¡Y aquí es mucho! Se lo debe. Pero no obstante, Sibylle no está de acuerdo. Si se trata de leer textos, sí, pero son entrevistas y otras habladurías, permanece alerta, ya que no se fía nada de lo que hacer, decir, escribir los periodistas en los que no tiene ninguna confianza. Es así. Es así desde su primer libro publicado en Francia hace ocho años ya. ¡Ocho años! ¡Una gota del tiempo, nada, un soplo pasando a toda velocidad! Y sin embargo, tantas cosas en su vida desde entonces… Anty, es la felicidad de su vida, el regalo de los ángeles, suele decir desde su boda.
Desde que se publicaron esos tres libros, el ritmo de su vida ha sido un poco perturbado. Normal. No por la escritura en si, sino por toda la parafernalia que acompaña la publicación del libro. Sibylle no hace muchas concesiones, pero a pesar de todo tiene un contrato, y aunque le tiren de la oreja, no puede evitar o negarse a hacer algunos desplazamientos. El Book Expo America de Washington, así como otras ferias que no se puede perder.
Sibylle ha salido de un ritmo para adaptarse a otro, y Anty la ha seguido a su manera, dejándole el espacio que le parece necesario para su desarrollo personal que requiere una gran autonomía en las nuevas

ocupaciones que Sibylle, a veces, tiene en exceso. No se puede negar que se trata de otro ritmo a través del que, a causa del que o gracias al que, los dos descubren hasta qué punto están unidos e inseparables. Estas nuevas separaciones de vez en cuando, el alejamiento forzoso, aumentan esta especie de fusión, – lo cual nunca pisotea su individualidad – ¿es una fusión? Hay una fuerza, una seguridad, una certidumbre, una columna vertebral generada entre dos que parece, probablemente es, indestructible. Y cuando Anty o Sibylle, que lo viven a tiempo completo, piensan en ello, no saben cómo expresar ese estado, las sensaciones particulares que lo acompañan, y la plenitud que representa por cada uno de ellos en el seno de la entidad de la pareja que realmente es su alma común, – no dos almas gemelas como algunos pueden creerlo inocentemente – sino la misma alma, y la diferencia, la distinción entre ellos se hace a nivel del físico, por supuesto, pero también del intelecto y de lo mental, normal, con el Espíritu, este gran dispensador de Luz, que adombra el conjunto para un mismo camino que iluminar, una misma pareja que guiar, pero un hombre, una mujer, sus especificidades, sus complementariedades, vamos una unión real.
Ni siquiera en sus más alocados sueños, Sibylle habría imaginado este tipo de éxito en la unión ce una pareja tal como lo vive actualmente. Anty, en cuanto a él, no esperaba nada de la vida a este nivel, conoció a Alexa, el fracaso completo para él que quedó seducido desde el primer momento, por la

sola apariencia fascinante de su ex mujer, pero rápidamente se dio cuenta de que lo demás era muy diferente solamente después de unos meses de matrimonio. Alexa era una mundana, criada en la jet-set, y curiosamente, pues al fin y al cabo no tiene nada que ver, muy superficial, la caricatura de una "jet-setista" de alto rango en su lado más horroroso, y Anty finalmente no conseguía entender cómo había podido Alexa podía haberle seducido, ya que era simpática pero sólo vivía en ese mundo, y sólo vibraba, al igual que sus padres, con éste y esos chalados que a veces llegaban a entrar o formaban parte, ellos también de ese mundo. Así es cómo Anty los había llamado, unos chalados de pelas y de esnobismo, y es lo que personalmente opinaba. ¿Alexa, en cuanto a ella, cómo había podido sentirse atraída por él? ¡Estaba fuera de ese mundo! Pero probablemente también fuera lo que sedujo a Alexa. ¡Un malentendido, vaya! Bill – en realidad William – nación durante el primer año de matrimonio, en cuanto a Jennifer, no era su hija, y lo sabía, aunque aún no le haya dicho nada a Sibylle. Alexa se lo comentó desde el principio del embarazo, el padre de Jennifer era un pilar de la jet-set… Tuvieron la suerte de que en aquel momento, Alexa no podía fingir o callarse pues Anty y ella llevaban dos años separados, para ellos era una prueba para ver si algo de su matrimonio podía salvarse. Luego, para el embarazo, Anty aceptó volver, supuestamente para evitar los rumores. Lo hizo por la niña, manteniendo su libertad, sólo era una fachada, claro. Luego nació

Jennifer, encantadora, y se encariñado con ese bebé sonriente como si fuera su hija, mientras tanto el padre se casó con una Alexa bis que, ella también, estaba embarazada.
Y todo el mundo pensaba que Jennifer era su hija, incluso ésta. Alexa no dijo nada, en esto por lo menos, pensó en la niña, ¡por una vez! Y el padre que lo sabía todo, tampoco había abierto la boca, no tenía ningún interés en hacerlo.
¡Un fracaso total, de principio a fin!
Qué desastre, había pensado a menudo Anty hasta que viera, en la famosa barbacoa, en casa de Ana, la larga y elegante silueta de Sibylle, sin embargo vestida con unos vaqueros sencillos que le sentaban de maravilla, tan auténtica, tan sencilla, tan directa. El rostro de Sibylle le había llamado mucho la atención, aureolado de rubio veneciano, los ojos negros, almendrados, casi asiáticos, los pómulos altos, a principio había pensado, por sus ojos, que se trataba de una rubia teñida, pero no. Era asombrosa, guapa a su manera, con mucho estilo y al mismo tiempo con humor, incluso en su forma de ser.
Y más tarde, mucho más tarde, pues había tenido mucha paciencia para no forzar las cosas, pronto le llamó la atención la manera con la que Sibylle se entregaba a él. Nunca antes había conocido tal cosa con otra mujer. Y Sibylle le había dicho riéndose:
¡Porque hasta ahora nunca habías hecho descubrir un verdadero orgasmo a una mujer frígida!
Era cierto. Y esa manera de burlarse de ella misma le gustaba a Anty que hasta entonces, por su parte, sólo

había conocido a mujeres tomándose muy en serio, lo que le cansaba y a veces, aunque no lo dejara ver nunca, también podía irritarlo. Todo eso era muy lejano. Y se acordaba de todo eso de rebato cada vez que Sibylle tenía que ausentarse, estaba lejos, y que sólo los unía el teléfono, o la mensajería, pero Sibylle no se llevaba siempre el ordenador, prefería con creces el teléfono como medio de acceso directo.
Pero, piensa Sibylle, a miles de kilómetros de Anty, lo que vivimos es excepcional, si la inspiración me llevara por ese camino emprendido entre dos por la pareja, sería magnífico, lo que no hace su inspiración de momento. Y de hecho, Sibylle se pregunta respecto a este tema, Si Dios, precisamente, no tendría que ver con la inspiración. Porque Sibylle se da cuenta perfectamente de que hay temas que le gustaría tratar en sus novelas, pero que una vez que la escritura está en marcha, estos temas no se toman en cuenta, y eso, a su pesar, lo que para ella siempre es una sorpresa. Pues piensa que este asunto de la escritura que la volvió a alcanzar cuando ya no se lo esperaba, existe algo misterioso que no entra en la conciencia objetiva del escritor, ¿siempre que los demás sean como yo? ¡Lo que queda por demostrar! Tantas escrituras como escritores, tantas particularidades y estilos como autores, lo que no simplifica las cosas.
Las cosas de la vida,
Las cosas de la muerte,
La vida todavía, la vida
Siempre, despliegan

Sobre las cabezas de todos
De las cancelas por empujar
Comparables con un
Abanico gigante que se
Acuerda de los Cielos,
Y que olvida de la Tierra
Los meandros y los vicios
Para invitar a cada uno a que
Prepare en su interior esas
Aperturas por explorar
Para recibir a Dios.
El alba y otra vez el alba.
Siempre, hasta el final
De los tiempos para cada
Conciencia, para cada
Ser humano que busca.
Luz y fuegos de todos
Los Santos, somos
Cada uno un santo en potencia que se busca unos pretextos para no hacer esfuerzos. Y convertirse en santificado en nombre del adre y con el Espíritu, para no convertir al Hijo, a la Hija, en una caricatura de Dios al perder, uno a uno, los escalones que nos llevan allí. En nombre del padre y en nombre del hijo, en nombre de Ti y en nombre de Todos, sólo soy la chispa caída de los Cielos para encender en la Tierra el Fuego que el Corazón quema cuando el Cáliz, al estar lleno, es menester evaporar, vaho de sangre, el exceso en homenaje a Cristo.
En la pila de una fuente,
En el tabernáculo,

En el despertar y
En la ofrenda,
Ser de Dios y
Saberlo para no
Pecar por orgullo
De los talentos que nos
Vienen de Él.
En el murmullo del viento, en las olas que ahonda en la arena, y en los ruidos de la marea en la orilla, escucho la voz de Dios también como si me entregara las señales de Su presencia entre los hombres. Y pila de fuente entre las demás, recibo en el corazón de mi cuerpo el despertar de la conciencia como un canto a la gloria de Dios.
¿Pero quién soy?
¿O quién no soy?
¿Para no atreverme a decirlo?
Soy esto que es, y
Es por lo que les
Entrego, atreviéndome,
Lo que en el fondo del corazón
Soy para siempre.
Qué no permanezca un
Secreto entre nosotros, Ustedes
Pueden, deben
Comunicar lo que habrán recibido como un regalo más con el que meditar. Quizás en esto, la escritura, cuando me viene de los Cielos, pueda ayudar este proyecto magnifico, este don de Vida, esta ola de esperanza cuya Fe es el emblema aquí en la Tierra.

Sibylle, quien acaba de escribir todo esto, está sorprendida, es la primera vez que Dios y Cristo entran de manera tan íntima en algunas páginas en principio destinadas a ser publicadas. Y para ello, necesita meditar sobre el texto de apertura de su próximo libro que la sorprende en pleno delito de inspiración no controlada en absoluto. Le intriga, le interesa, la apasiona. Le gustaría poder comentárselo a Anty, pero sigue en Washington. Tras unos minutos de profundo silencio y un segundo de hesitación, coge el teléfono y lo llama. Son las nueve de la noche, está ahí, fiel a su puesto de marido, amante y feliz de escucharla. Anty acepta que le lea lo que acaba de escribir, por lo tanto se lo lee. Sólo es después de un silencio que Anty comenta:

— ¿Acaso tu escritura está entrada en una fase metafísica? dice simplemente.

— Pero estoy tan sorprendida como tú, sabes, al mismo tiempo, lo siento de manera muy profunda en mi interior. Sabes, Amor, hay algo muy mágico en esto. Lo siento, lo sé desde el principio, y al mismo tiempo, sé que si no nos hubiéramos conocido, nunca habría superado el nivel en el que estaba estancada, y lo calificaría, hoy, a posteriori, de psicológico, dice Sibylle.

— No lo sé, si no hubiera estado aquí, habrías conocido a otro, dice Anty.

— No quiero creerlo, pero si efectivamente hubiera existido otro en tu lugar, quizás habría hecho otra cosa, estoy convencida de ello: he superado un límite en la escritura gracias a nuestro encuentro, a la

alquimia que provocó, dice Sibylle muy segura de ella.
— De todos modos, no lo sabremos nunca, así que seguiremos, juntos, muy felices con ese encuentro. Mira, dice con humor, ¡para mí, no ha cambiado nada! ¡Ja, ja, ja!
Por lo que se ríen los dos.

Después de haber colgado, Sibylle de repente que el libro que acaba de empezar tendrá que ver con ese misterio que sigue siendo, para ella, parte de la vida de Anty, la que a su trabajo respecta. ¡Pero a Sibylle le da igual! Todo esto, bastante superado, sin embargo, permanece en un rincón de su cabeza, sin más. Y a la vez, Sibylle piensa que en una novela, esta historia resultaría ridícula, en efecto, al no llegar nunca tal suspense a un resultado, no sería nada bueno, le parece. ¡Para que vean que realidad y ficción son difícilmente compatibles! Y sin embargo, así es cómo ocurre en su vida, constata Sibylle, ¡y es cuando se piensa que es ficción pura y dura!
Y Sibylle, mientras se arregla para coger el avión hacia casa y Anty, empieza a reflexionar acerca de lo que es la realidad y lo que parece ser realidad en una ficción o lo que parece ser ficción. Reflexión compleja que pasa de la vida a la vida por el filtro de una imaginación o por los hechos y las constataciones. Amplio programa que de la realidad de un destino pasa a la ficción a través de un futuro forjado por un autor. Pero, por la manera con la que Sibylle no puede forjar nada, se pregunta cómo y si un autor

puede realmente forjar un personaje, y más aún, su destino. Y también ¿es el destino del autor actuar sobre unos personajes cuyos destinos le pertenecen, y los destinos de los personajes realmente pertenecen al autor? Nada es menos cierto, según su propia experiencia, nada. Sibylle no forja nada, los personajes viven su vida. Todo esto es muy complejo cuando uno empieza a pensar acerca del contexto en el que escribe un escritor o el autor – ¿es lo mismo? – evoluciona, es decir un mundo paralelo que se parece hasta el punto de confundirlos, al mundo real. Sabiendo que el mundo real está compuesto por numerosos mundos paralelos, ¡qué se puede decir de una vida o una ficción cuando, sumergido en ellas, uno tiene que navegar a la vista en unas historias que se parecen sin ser las mismas, y que, además, se imbrican lo suficiente unas dentro de otras para alimentarse, estimularse y manifestar ciertos sentimientos quizás todavía inconscientes del propio autor! Realmente es complejo, y este círculo que Sibylle ha soltado en su mente sólo está empezando. Así que lo para todo, y piensa que no sirve de nada meter todo este desorden en la mente, sólo sirve para dejar de entender las cosas, cuando esos ritmos naturales se instalan sin cortarse lo más mínimo, para crear y vivir a la vez, y además, sin confundir nada. Por lo que, piensa Sibylle, uno siempre se complica demasiado, incluso yo, cuando no sirve de nada, para Sibylle es un hecho.
Y coge el vuelo de vuelta con alegría, los brazos de Anty están al final del viaje, y los espera con una

real impaciencia. De repente, son algunas horas menos el corazón, piensa Sibylle reflexionando, en este caso, que siempre es una ventaja constatarlo. Las obligaciones profesionales se desvanecen, el orden vuelve en su vida y alegre, vuela para encontrarse de nuevo con Anty, su Amor. Y la verdad que se merece un "Sobresaliente" piensa antes de dormirse. En efecto, los últimos días fueron duros, estresantes, inútiles incluso irrisorios para Sibylle que lo mantiene, es su opinión, se la dará a su editor que no cambiará de idea hasta el próximo desplazamiento que no podrá evitar. Sí es cómo se reproducen sin fin las convicciones que tiene uno, que no pasan hacia los demás, o bien el otro que sigue con las suyas, así va la vida, de equivocaciones en malentendidos en los que uno se ve en unos actos y hechos que al final no tiene nada de más ni tampoco de menos que la incomunicabilidad total que deriva de ello y se desliza en las costumbres y los esquemas de unos y otros sin cambiar ninguna, ninguno. Fascina a Sibylle quien es muy exterior y espectadora de lo que ocurre ahí. Es turbador, fascinante y tan revelador de una sociedad y sobre todo de las mentalidades. Y quizás todavía necesitemos décadas incluso siglos para que algunos salgan de ahí o se nieguen a entrar, construyendo así una dinámica diferente cuyo ritmo romperá el antiguo. Por lo menos es lo que espera Sibylle, pensando que cualquier evolución requiere tiempo, incluso si es una gota de agua en la eternidad, y cada conciencia debería ser el medio para conseguirlo, la

rueda o el cubo de ésta o por lo menos participar en ello. Pero el camino será largo y el recorrido espinoso. Es primavera y el trayecto hasta casa con Anty es mágico, las flores abiertas difunden su fragancia como todos los años en esta hermosa región bendita por los dioses. El reencuentro tiene lugar con los auspicios de los perfumes de la tierra que el Cielo ha bendecido con sus cálidos fuegos solares, hace muy buen tiempo, Sibylle se quita la americana indispensable en Washington y sus brazos tiemblan de placer bajo la caricia de Anty. Es un alba mimosa de dulzura reencontrada. El destino, que se ha alegra de ello, añade unas notas desconocidas que una luz ámbar tiñe de dorado. Anty y Sibylle son felices, tienen una tarde libre por delante, Anty, por su lado, ha procurado que así sea. Está claro claro en el corazón de Sibylle y bajo el tejado protector de su casa, alegres suspiros van a nacer de nuevo. Entran agarrados de la cintura como dos eternos enamorados.

Es durante un regreso de euforia del deseo amoroso cuando llama Alexa a Anty para preguntarle si podía recibir a Bill y a Jennifer durante las próximas vacaciones de Semana Santa. Anty ha puesto a Alexa con Sibylle quien no sabía muy bien qué contestar, pues en el fondo, personalmente, no le apetecía en absoluto. Sibylle se siente culpable respecto a Anty que debe tener muchas ganas de volver a ver a sus hijos y de disfrutar un poco con ellos. Vinieron el año pasado durante el mes de julio, fue, ni bien ni mal, de manera bastante neutra. A Sibylle le parece que están traumatizados, sobre todo Jennifer, y Bill tampoco es un chico alegre, es sombrío y muy introvertido, y Sibylle se sintió aliviada cuando se fueron. Pro se siente muy culpable, sin embargo, hace los esfuerzos necesarios, es un hecho, sin embargo, le da la impresión de que para esos niños no es suficiente.
Al darle el teléfono, Anty le dice:
— Sobre todo, no te sientas obligada a nada, no es ninguna obligación, haz lo que sientas y quieras, te quiero.
Y ha subido a la primera planta mientras Sibylle atendía la llamada. Anty es un poco cobarde, ha

pensado Sibylle enseguida, y luego no, es honesto, piensa lo que dice.
— Hola Alexa, ¿Qué puedo hacer? pregunta Sibylle.
— Hola Sibylle, ¿me preguntaba si podían recibir a Bill y a su hermana en Semana Santa, durante sus vacaciones? Me ausentaré, muy lejos, y no quieren venir conmigo, los aburre. En realidad, quieren quedarse en Londres y pasar las vacaciones con sus amigos entre Londres y el campo, pero no sé si dejarlos.
— Mire, Alexa, es mala suerte pero no vamos a estar con Anty, y es un viaje de negocios, no podemos acogerlos en casa ni tampoco llevarlos de viaje con nosotros. Los siento, contesta Sibylle, muy clara.
— ¡Bueno! ¡Por lo menos me lo ha dejado bien claro! Voy a ver lo que hago, gracias de todos modos, en realidad, esperaban que no pudieran. ¡Se van a poner contentos! Vale, me las arreglo y tomo una decisión. Salude a Anty. Hasta pronto, Sibylle, gracias, suelta Alexa mitad pérfida, mitad aliviada por haberlo intentado en vano.
Sibylle cuelga. Anty no baja. Sintiéndose un poco culpable, Sibylle realiza algunas tareas domésticas en la cocina. Por fin, Anty se reúne con ella.
— No vendrán, dice. Además, es cuando he entendido que era una iniciativa de su madre y que ellos no deseaban venir, que he pretextado un viaje de negocios, dice Sibylle.
— Has hecho bien, si no era idea de ellos y además era contra su voluntad, no habría dado nada bueno

aquí. Así que has hecho muy bien, dice Anty antes de abrazarla para un beso de película, tal como dice a veces sonriendo.

Es bueno no intentar concebir una pareja, la pareja. Es bueno dejar que vuele por si sola como entidad aparte vinculada con los dos miembros uniéndolos. Es bueno no presumir de nada, no hacerse ninguna idea, y simplemente vivir la playa infinita que ofrece un encuentro cuando se precisa como una especie de predestino. El otro vale la pena, la pareja vale la pena, el mundo se lo merece, y la humanidad será su gran beneficiadora.
Es bueno no empezar con prejuicios, no mentir de entrada, darle todas las posibilidades al magnífico vuelo que propone a dos personas, el Amor cuando está presente. Y lo está. De aquellas noches mágicas que Catherine Lara, en la opinión de Sibylle, cantó tan bien, a esos días que se suceden en los fuegos encendidos en los corazones, es bueno no romper el vínculo que se crea, aún frágil y no obstante tan fuerte desde el principio. A partir de la primera mirada. Y es bueno saberlo pues a partir de la primera mirada, hasta el desenlace, pueden pasar años, porque el tiempo humano no tiene la misma virtud que el Amor que guarda un ser en el corazón mientras lo lleva hasta otros tiempos probablemente porque la chispa conocida en un primer momento a veces tarda en expresarse pues el momento adecuado no ha llegado. Es un poco el ejemplo de ese encuentro entre Anty y Sibylle que requirió tiempo y

paciencia puesta a prueba para luego convertirse en esa hermosa aventura de un momento de la vida privilegiado por el destino. El tiempo de amar es infinito, y a menudo es durante la primera mirada intercambiada cuando se plantea el futuro que será el testigo a veces agotador. Los ángeles saben la hora, Dios precipita el momento adecuado y todo se alegran cuando por fin los pasos se han dado para acercar al hombre, a la mujer, y convertir a esa pareja particular en la elegida para un servicio que deben encontrar juntos.
Por supuesto, Anty y Sibylle aún no han llegado a esto. Pero cada vez se aproximan más. Por lo visto, Anty ha encontrado su camino o por lo menos lo conoce. Sibylle está emprendiendo el suyo, el de la escritura. Y a los dos les falta poder armonizar sus caminos para que el de su pareja tenga sentido sirviendo a la humanidad y al mundo. Sibylle lo presiente. Anty lo sabe desde el principio.
El tiempo que tardará sólo una simple cuestión y su propia respuesta a la justeza y a la utilidad de ese camino común de servicio en las polaridades macho y hembra, yin yang, que suman entre ellos dos en la complementariedad de su vida común, de dos.
Y Sibylle, a lo largo de sus reflexiones sobre todo lo que le ocurrió durante esos últimos años, pero también sobre la pareja en general y en particular sobre la suya con Anty, no está muy lejos de pensar que una pareja ideal, quizás sea el que es capaz de encontrar tal armonía con, al mismo tiempo, una autonomía por parte de los dos miembros y una

complementariedad que los pone de acuerdo sin ahogar a ninguno de los dos, y así permite que la pareja exista como herramienta de servicio para Dios y la humanidad que la necesita. Una apertura más ancha entre dos sobre el mundo y la humanidad por un servicio a los demás aumentado, sin apuntar a nadie en particular, no es un mercado, es el aporte de un donación de si mismo, de uno a otro, y de los dos al mundo y hacia el progreso de la humanidad. En sí, sería la pareja ideal, y eso sean las que sean como sean las relaciones íntimas, pues Sibylle no está lejos de pensar que esa pareja podría ser la manifestación de un androginato que también podría funcionar con o sin otros miembros. Los dos, a este nivel, llamado sexual, también, pero quizás formando una pareja en este mismo nivel sexual con otra pareja. Entonces, no sería lo ideal, incluso la perfección, sino que sencillamente sería una pareja de trabajo, de servicio. Lo ideal, para Sibylle, se sitúa en la globalidad de la situación de la pareja clásica.
¡Uy uy uy! Piensa Sibylle, mi cabeza está como una sandía a punto de reventar, piensa a punto de reírse. ¡Ah! La pareja, el más antiguo tándem del mundo, y sin embargo siempre en tela de juicio, bajo influencia a veces en perdición. Siempre, cada día en pleno desafío comparado consigo mismo, cada día más en relación en conflicto o en osmosis, en simbiosis por suerte y en armonía por elección de una perfectibilidad.
Sibylle sueña, conceptualiza una pareja excepcional que va aún más lejos que la suya. Hay tantas cosas

por explorar, por vivir, por intentar, por recortar para ir hacia lo esencial superando con creces todos los límites, todos los tabúes, todos los reversos y todo lo no-dicho así como todo los pretextos falsos y las solas apariencias, que Sibylle, a veces, está muy trastornada. Un largo, muy largo camino entre dos, pero también sola. A ella, quien lo vive, todo esto le parece de una evidencia racional probablemente imparable.
En el orden de las cosas de la vida y de su propia vida, en las reglas que han derivado de ahí, en la fuerza que le ha procurado para escribir de nuevo. Pues ha reparado muy bien en que su primer libro se publicó cuando estaba soltera, y que luego se había bloqueado totalmente durante su primer matrimonio precisamente, ¡cuando creía ser feliz! Cuántas engañifas a nivel social, cuántas confusiones, cuántos locos pensamientos inconscientes, cuánta somnolencia y cuántos giros que dar para salir de ello. Pero sobre todo es esa especie de somnolencia lo que llama la atención de Sibylle cuando mira – muy poco – hacia atrás, sus propias acciones y reacciones en la vida y frente a los demás – una serie de malentendidos, una cohorte de falsas buenas razones sin ningún fundamento. Qué errores y qué iras a continuación, sí, lo sabe, Aurélia le ayudó mucho, Sibylle da las gracias todos los días por ello, ¡pues se puede pasar toda la vida al lado de alguien que en absoluto es conforme con la idea que uno se hace de ella! ¡Dios qué tontería! Piensa Sibylle

crudamente, irritada por este pensamiento que la atormenta con cierta insistencia.
¡La pareja!
Estas dos palabras le taladran el cerebro…
¡La pareja!
Sibylle va, viene, camina, viaja, ama a Anty a tiempo completo, y a los demás no lo suficiente, se reprocha. En efecto, piensa en Bill y en Jennifer a los que prefiere tener lejos y no cerca. Piensa que es egoísta, y al mismo tiempo sueño con servir al mundo, serle útil así como a la humanidad. Sibylle está en plena revolución mental interior que pone en tela de juicio, pule y rechaza del todo o en sus detalles, es según, lo que hace, lo que dice, lo que escribe, lo que cree ser, piensa ser, lo que es, y quizás aún no sospeche. En resumen, Sibylle se mueve, en plena transformación, al lado de la fuerza tranquila de Anty a quien nada ni nadie podría destabilizar, piensa. Todo esto es una locura, y en el desbaratamiento interior en la que está sumida últimamente, no dice ni una palabra, expresando sólo a través de la escritura de las novelas lo que no es pero sale de sus entrañas de un tirón, con fuerza y estrépito. La escritura se ha hecho fuerte, consecuente, conmovedora, Anty quien a menudo le ha hablado de sabiduría respecto a este tema y en cuanto a ella, ahora busca sus palabras, incluso ha empleado la palabra “violento” sobre su estilo que se ha consolidado y se ha endurecido.
Y cuando me vomito
En unos ríos sin embargo

Claros que lavan mis
Pies pegajosos de su
Marcha combatiente,
Me exploro en los mil
Estrépitos que una sociedad
En piezas me echan
En cara y en el plexo,
Olvidando que un corazón
Late en mi pecho
Partido así.
Bajo mis propios escombros
Avanzo cuando no
Voy para atrás frente a las
Bandas sublevadas contra
Mí, que lanzan unos
Maleantes que no obstante
Salen de mis tripas
Estalladas bajo los golpes
De suerte que se empeña.
Y de dioses en demonios
Me tiro en los
Escombros donde la vermina
Come de mí unos
Colgajos de carne
Que se me caen en
Infierno en las olas
De todos los que me golpean
Sin cesar – carne
Herida, soy de
Calvario y bogo en
La galera que me ha convertido

En esa podredumbre que
Me asquea y que
Dejo en el altar de la
Desesperanza donde las tumbas
Son de miseria y los
Amores pasión en desuso,
Estoy aquí como en otro lugar
En descomposición de mi mismo, y es de esa transformación que me regula de otra manera, me gustaría entrever el final del túnel de esos infiernos que atravieso ante las miradas indiferentes.

Es en una logorrea de palabras y en el osario en el que los tira, que Sibylle libera de su interioridad unas ondas que la hieren formulándose, una especie de exorcismo necesario al que Anty asiste sin decir nada, pues está estupefacto. Lo que no muestra, pero de alguna manera Sibylle goza con esta estupefacción que nota. En la confusión y en la insatisfacción completamente literaria o artística, no lo sabe, Sibylle se abre para volver a encerrarse enseguida, no está nada segura de que todo esto sea positivo. Pero lo es, y en el fondo de si misma, lo sabe bien. Sin embargo, le gustaría mantener a Anty al margen de esas tormentas personales, pero Anty está entero metido dentro. En efecto, ¿cómo no lo va a estar si el segundo pilar de la pareja? En ningún caso puede disociarse de ellos, o de ella. Es una especie de vínculo que lo ata y lo convierte en el preso de la cárcel de Sibylle. No porque ella le hable de ello, nunca le comenta nada. No porque lo vea, ella lo disimula todo al máximo, poniéndose cuando está

con él su máscara sonriente con la que no le engaña, pero nada transparece. No, es mucho peor que todo esto. Los dos forman una pareja, esta pareja forma una egrégora compuesto por la suma invisible de todo lo que cada uno ha vivido hasta entonces, solo o con otros, incluso con las anteriores parejas. Lo que significa que el conocimiento de cada uno es un conocimiento que se ha vuelto común por la fuerza de las cosas naturales que forman las reglas invisibles a las que son sometidos Sibylle y Anty en el marco de su pareja. Es aterrador. Nadie en el mundo tiene conciencia de ello de esta manera, pero Sibylle está tomando conciencia de ello mientras lo vive. Y Anty, por su parte, al formar parte de esa egrégora común que resume el pasado de los dos y sus conocimientos en todo, incluso los psíquicos, está acusando los golpes sin saber lo que está pasando, sin entender y, equivocándose, lo achaca todo a lo que su mujer está escribiendo, no ve más explicaciones para lo que ella también vive en silencio. No obstante, es un error total, lo que escribe Sibylle sólo es el efecto, el resultado de todo ese descalabro interior que se puede comparar con una auténtica revolución a la que Sibylle prefiere calificar de evolución. ¡Qué complicado! Y así es cómo nacen y proliferan los malentendidos, cómo se reproducen y llegan a ser cada vez más cargantes e incomprensibles…

De ruinas en crisis,
De tormentas en vientos
Violentos, Sibylle se agarra

A nada, a no gran cosa,
En ningún caso a Anty. Y mientras tanto, aumenta el peso encima de sus hombros y desequilibra la pareja que cae lado yin, por su lado, y acentúa las fuerzas negativas de los impactos que la hieren cada día un poco más. La balanza está muy desequilibrada, y el platillo del lado de Anty se ha vuelto para ella de una ligereza inaguantable. La tranquilidad, el amor, la discreción, la tolerancia y el respeto manifestados por Anty, le parecen a Sibylle encontrarse fuera de su alcance en la tormenta que está atravesando ahora, convirtiéndola en una desollada en el país de la interioridad movediza que la transformación empuja.
Anty tiene mucho trabajo, incluso se desplaza a China, por ocho días, sin que Sibylle abra la boca, está clavada en casa, y aparte del footing con Aurélia, nada puede distraerla, ni siquiera un viaje a China (ahora mismo, una auténtica pesadilla para ella).
Así que Anty se ha ido, y debe reconocerlo, se siente muy aliviado de haber dejado a Sibylle en casa. Es la primera vez, sin que se preocupe de verdad, está un poco alerta, con la desagradable impresión de que todo puede volcar para ellos, en cinco minutos. Pero de momento, no se encuentra destabilizado. Realmente, Anty es un ejemplo de virilidad y de fuerza, de equilibrio y de sabiduría. Y su mujer, a la que ama, está en pleno cambio radical interior con lo que él no puede hacer nada. Pues Anty ha decidido seguir siendo el mismo de siempre, presente y

disponible, pero nada más, ¡sino la menor torpeza por su parte podría perjudicar su pareja que aún existe pero está muy debilitada!
Anty deja que pase la tormenta.

Aurélia ha ido a recoger a Sibylle para hacer footing el mismo día en que Anty se ha ido a China.
Al irse, le dice:
— Te dejo un tesoro, gracias por estar presente y ser amigable como puedes serlo.
Luego se ha despedido de las dos mujeres y se ha alejado en su coche que dejará en el parking del aeropuerto.
Y Sibylle se pone a marcar el paso con una especie de rabia antes de empezar el footing con Aurélia, ésta no se da cuenta de nada, no se entera de mucho, ocupada con su nueva vida, su marido se ha calmado ante esta nueva mujer a la que descubre, ante esa soberbia que demuestra. En cuanto a Bert, furioso pero aún sólo, la deja tranquila, pues ya no tiene ninguna influencia sobre su marido. ¡Ay, los hombres! ha dicho Aurélia. ¡Ah! ha contestado Sibylle.
El footing ha dejado a Aurélia agotada, pues no podía seguir el ritmo impuesto por Sibylle. Y acaba de tirarse encima de los escalones del porche de casa de Sibylle, ésta ha llegado hace ya más de cinco minutos, y está preparando agua. Le da un vaso grande a Aurélia, y le dice mientras se sienta a su lado.
— Dime, Aurélia, ¿acaso hay algo que me podrías enseñar acerca de esas cárceles en las que nos

encerramos? Sabes, no te encontrabas bien hace poco. ¿Qué has sacado? ¿Cómo lo hiciste?
— Pero, si eres tú la que me ayudó, Sibylle, eres tú la que me entregó las llaves para salir, sin ti, ¡no sé lo que habría hecho! contesta Aurélia.
— ¡Ya, es lo que me imaginaba! Te ayudé pero no soy capaz de ser tan eficaz y lúcida cuando se trata de mí. ¡En absoluto! Ni siquiera sé muy bien cuál es el problema, ¡y algún problema hay! dice Sibylle de un tirón.
— No entiendo nada, tienes una vida de lujo, un marido también de lujo, y además, escribes de manera magnífica, y funciona. Así que no entiendo lo que puede suponerte un problema, dice Aurélia aún un poco cansada.
— ¡Te lo admito! Para mí también no es comprensible en absoluto, no lo entiendo, y sabes, casi me siento feliz al ver que Anty se va sólo, no habría podido acompañarlo, nos habría ido mal, lo siento, dice Sibylle mientras coloca su vaso vacío encima de uno de los escalones.
— ¿Por qué uno está a gusto, muy a gusto? ¿Y por qué de repente uno toca fondo así? ¿Cómo explicarlo? En cualquier caso, respecto a ti, no lo entiendo. Yo, vale, hice tonterías, ¿pero tú? dice Aurélia que por fin, consigue respirar con tranquilidad.
Luego, Sibylle se ha levantado, el footing le ha dado tranquilidad, pero sigue estando igual de intensa interiormente, está sobre un hormiguero, parece que está colocada encima de un montón de hormigas,

piensa Aurélia que no hace ningún comentario. Las dos amigas deciden almorzar juntas en casa de Aurélia quien hace la oferta. No hay nadie, los niños están con su madre y su marido no volverá antes de las ocho de la tarde, hoy le toca tenis.

— ¿Y qué tal todo? pregunta Sibylle.

— ¡Para mí, genial! Gracias a ti, pero en algunos momentos, tengo ganas de volver a tener mi libertad. Es un sentimiento de ahogamiento que me oprime, y aún no sé cómo voy a solucionar el problema. No de verdad, no lo sé, le contesta Aurélia bastante distanciada del asunto.

— ¡Las sorpresas de la vida! ¡Últimamente me parece que estoy inaguantable! ¡Hay que ver, con la suerte que tengo! Pero no tiene nada que ver, ¿verdad? Nada. Sólo somos unos seres muy raros, ¡por dentro todo da vueltas! suelta Sibylle desde la cocina donde ha ido para guardar los vasos y la botella de agua.

— Nos duchamos, yo voy para allá, ven cuando quieras, dice Aurélia levantándose para irse.

En este momento, Bert llega con su coche y lo aparca en el garaje. Sin una sola mirada hacia ellas, entra en su casa. Sibylle mira a Aurélia.

— ¡Parece que no está muy bien! ¡Igual que yo! ¡Ay! Bueno, voy a ducharme, luego voy para allá, dice antes de desaparecer en casa mientras Aurélia cruza la calle.

Bajo la ducha y sin ningún motivo, de repente, Sibylle se encuentra mejor. Anty se ha ido, por lo que nunca se alegra, y sin embargo, de repente se

siente ligera, como si se le hubiera quitado un peso. Libre. Y una vieja palabra le vuelve a la mente: libre. Se sacude al salir de la ducha, enrolla una toalla alrededor de su pelo muy corto, acaba de cortarlo, realmente muy corto, piensa sonriéndose a si misma en el espejo situado encima del lavabo. Se gusta así, una pizca andrógina, y al mismo tiempo tan femenina. Y tras haberse echado cuidadosamente su leche corporal habitual, se pone los vaqueros y una camiseta blanca, su uniforme por el barrio, piensa de manera fugitiva.

Se pasa la mano en el pelo a modo de peine, se muerde los labios y se echa la barra de labios natural de Weleda, luego cierra la casa para ir a la de Aurélia. Tiene la sensación de que Bert la observa, pero probablemente sólo es una impresión porque no ve nada en su casa. Nada.

Aurélia está en la cocina donde está pelando zanahorias para la tez, y patatas. También hay judías verdes y le pregunta a Sibylle:

— ¿Huevos o pescado?

— Diría huevos, ¿pero tortilla? contesta Sibylle.

— Vale, una tortilla con jamón entonces, pero sólo comeremos en una hora, es demasiado temprano, dice Aurélia.

El timbre de la puerta de entrada acaba de sonar, Sibylle va a abrir ya que Aurélia tiene las manos mojadas. ¡Es Bert!

— ¿Anda, estás aquí? dice.

Qué hipócrita, piensa Sibylle, pues ahora está segura de que la observaba cuando venía.

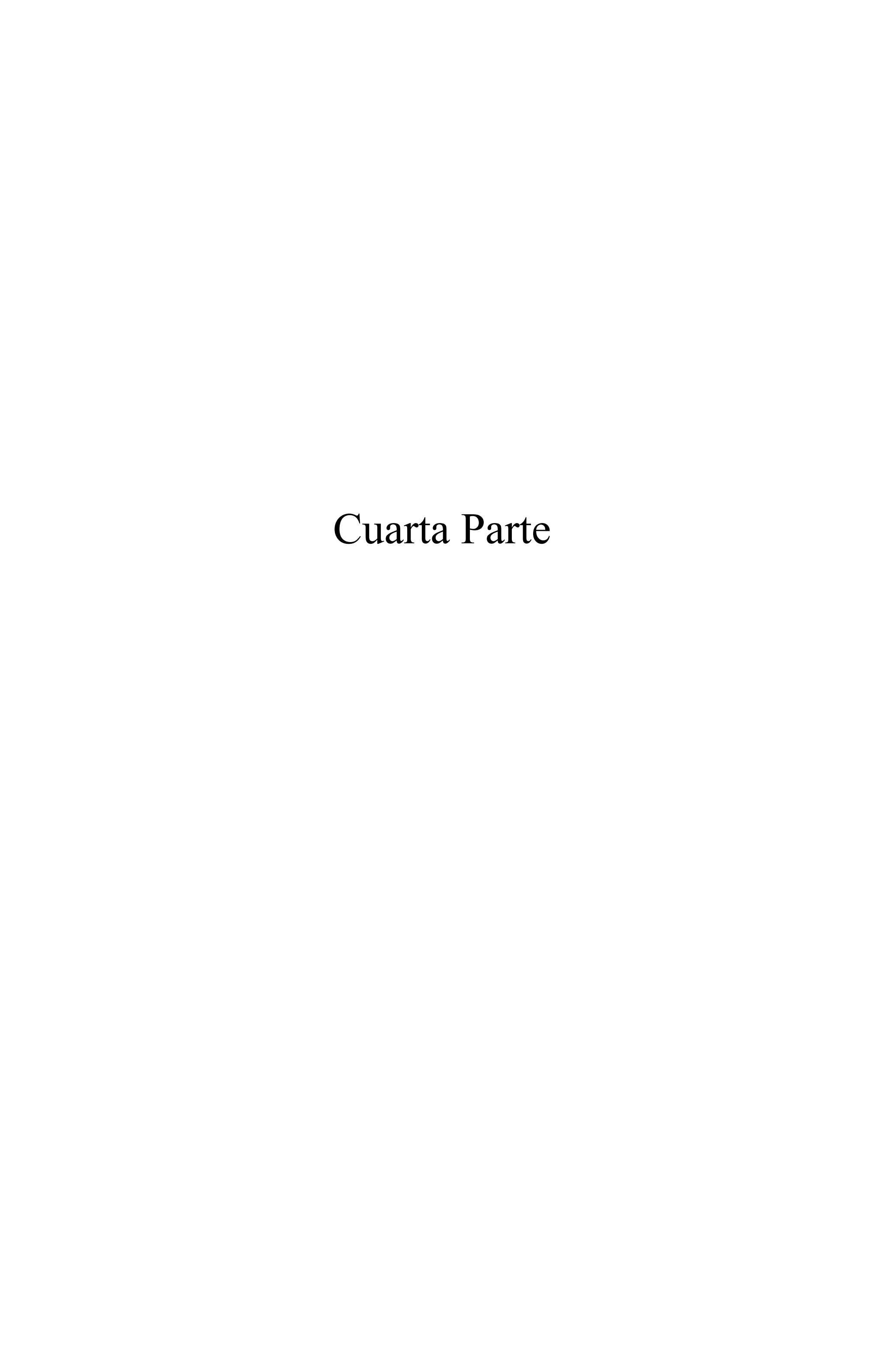
— ¿Y tú, qué haces aquí? le pregunta a modo de saludo, ya que él tampoco ha saludado.
— Pasaba por aquí, dice al entrar, antes de dirigirse a la cocina.
— ¿Ah sí, pasabas por aquí? masculla Sibylle, pero pasas por aquí todos los días ya que vives al lado, pero Bert no la escucha, parece que no escucha, piensa Sibylle mientras lo sigue. Una vez en la cocina, Bert, al que decididamente Sibylle ve una actitud extraña, se sienta sin saludar, mientras mira a Aurélia, que le dice:
— Hola Bert, ¿qué quieres?
Un silencio, durante el que Sibylle se da cuenta de que Bert ha cogido por lo menos seis o siete kilos. Debe de comer congelados todos los días, piensa, y cualquier cosa. Pero cuando Bert abre la boca para hablar, entonces se da cuenta de que ha bebido. Huele a alcohol, y los kilos, pueden venir de eso. A partir de este momento, Sibylle se mantiene alerta. Bert no bebía, o muy poco. Sin saber por qué, se coloca detrás de él, en el marco de la puerta.
— ¿Qué, chicas? He pensado que quería ver de más cerca a dos enemigas que han vuelto a ser amigas. Dos mujeres que no han dejado de estropearme la vida, en realidad, ¡y que hoy van a comer juntas como si no hubiera pasado nada! dice Bert con voz insegura, relativamente patosa.
Sibylle mira a Aurélia y le indica que no conteste. Se hace el silencio. Bert está sorprendido, pero sigue.
— ¿Me invitáis a almorzar? Qué menos, ¿no? Sobre todo, tú, Aurélia. Todavía Sibylle, puedo entenderlo,

pero tú, la que me llamaba “amor de mi vida” con voz edulcorada llena de hiel en realidad, me lo debes, ¿no? Un poco de verduras y fruta, dice enseñando las verduras peladas en el fregadero y la cesta de fruta delante de él, encima de la mesa.
— No te debo nada, como bien has dicho, pero Aurélia tampoco, no olvides que los dos estabais casados y que ninguno de los dos la comentó nada a su pareja, de la que yo formaba parte, así que sin promesas, y libertad de acción asegurada. Creo que deberías dejarnos ahora, Bert, necesitas dormir la mona, dice Sibylle con precaución viendo el estado de Bert, pero no sin firmeza.
Y Bert parece estar desconcertado, y contra toda previsión, se echa a llorar, desconcertando totalmente a Sibylle y a Aurélia. ¿Pero qué le pasa a Bert? se preguntan intercambiando una mirada.
— Acaban de echarme del trabajo. Tengo que mudarme, no he encontrado nada aquí porque todo el mundo sabe que bebo demasiado, tengo que dejarlo, no lo consigo. Estoy jodido, gime Bert en vez de hablar… Aurélia y Sibylle se miran. Y Sibylle se acerca a Bert, le pone la mano en el hombro, y le da palmaditas.
— Vale, Bert, estás jodido, ¿pero de quién es la culpa? No quiero agobiarte más, pero pienso de verdad que primero necesitas ver un médico, luego tendrás que desintoxicarte, y ya verás las cosas de manera diferente, dice Sibylle con bastante firmeza para que Bert, al que no reconoce, deje de gemir y de llorar.

— Mi médico es excelente, lo llamamos, dice Aurélia.
— Sí, lo llamamos, dice Sibylle.
Y las dos mujeres piden cita para el mismo día con el médico, llevarán a Bert, y se mantendrán al corriente del tratamiento que le van a mandar.
Al final, Bert, que se ha quitado la borrachera poco a poco, se queda a comer, y el almuerzo tiene lugar en un buen ambiente, pues hasta consiguen que se ría. ¡Y esto, en este caso, le parece un real éxito!
El resto del día se ha organizado alrededor de Bert, con él. Al final, el consejo del médico es que entre en una clínica de desintoxicación. Lo dicho, hecho: al día siguiente, ingresará. Sibylle y Aurélia lo han tratado maternalmente, y Bert se encuentra un poco mejor. Sibylle ha ido a casa de éste para quitar discretamente cualquier rastro de alcohol, probablemente tendrá mono, pero el médico le ha dado unas pastillas que le ayudarán a pasar la noche. Mañana será otro día.

Sólo es al día siguiente, cuando Bert ya está en la clínica y que Sibylle y Aurélia le prometen pedir noticias e ir a visitarlo, que se dan cuenta de la gracia, ¡de la jocosidad de la situación! Y han reído, no por Bert, sino por ellas. La ex mujer, y la amante, cuidando así al mismo hombre con tanto cariño, se han reído mucho.
— Pero es normal, ha dicho Sibylle.

— Sí, dice Aurélia, quizás sea normal pero tampoco es muy corriente. ¡Es la situación que vivimos nosotras dos la que tiene gracia!
Un recuerdo más que pasará por los colores del tiempo como los demás. Una manera de reflexionar sobre uno mismo, por un impulso de compasión al hacer un acto de solidaridad, ¿cómo ver y calificar la realidad cuando supera la ficción? Sibylle no lo sabe, pero de nuevo le da vueltas en su cabeza a esta reflexión sobre ficción y realidad, por la que se deja invadir voluntariamente, está directamente relacionada con la responsabilidad del escritor, su libertad frente a la inspiración, y las necesidades que derivan de ahí. En su interior hay algunos tufos de sus clases en la universidad, luego lo que le gustaría descubrir, y su viaje a Marruecos le vuelve a la mente, brutalmente, de manera insistente. Anty se ha ido por dos semanas, Aurélia no va a ver a sus hijos por el mismo tiempo, Sibylle le propone un viaje a Marruecos, Aurélia acepta sin dudarlo, Sibylle llama a Soumia, se irán dos días más tarde, están locas de alegría. Han reservado un hotel en Rabat. Han elegido la Tour Hassan porque es más céntrico que el Hilton. Vamos, todo va muy bien, están encantadas, el marido de Aurélia no está muy contento, pero a Aurélia le da igual, además tiene su propio dinero, todo muy bien.



# Cuarta Parte

Rabat

Soumia ha ido a recogerlas al aeropuerto y las ha llevado directamente a su casa, pues se niega a que vayan al hotel. Al principio, Aurélia está un poco incómoda, Sibylle preferiría el hotel por varias razones, al final satisfacen a todo el mundo, Soumia propone:

— Vienen a mi casa, ven sus habitaciones, y luego deciden. Conozco al dueño de la Tour Hassan, no habrá ningún problema. ¿Vale?

— Vale, Soumia, contesta Sibylle guiñándole a Aurélia que acepta también.

Aurélia no se puede creer que la casa de Soumia sea tan suntuosa. Las dos habitaciones son magníficas. Amplias y muy bien decoradas, muy oriental. Aurélia está conquistada, acepta. Sibylle duda. Y le confía a Soumia:

— Sabes, sufro patológicamente del síndrome de libertad. No sé si dejarme llevar e ir a la Tour Hassan, no cambiará nada a nuestras relaciones, pero ahí estaré sola de verdad, dice. Soumia está sonriente. No le supone ningún problema, desea que Sibylle esté a gusto.

— Mira, esta habitación te espera, así que puedes ir a la Tour Hassan pero sabes que puedes venir cuando quieras. ¿Vale? Si cambias de opinión en mitad de tu estancia, no hay ningún problema, te espera, esta habitación es tuya, dice Soumia.
Aurélia no entiende a Sibylle, aquí es tan magnífico, que no comprende cómo Sibylle puede estar dudando, por una parte, y decidir ir al hotel por otra.
Así que Aurélia se queda ahí para deshacer su maleta, y Soumia acompaña a Sibylle a la Tour Hassan. Sube con ella para asegurarse de que todo esté en orden. Está bien. Sibylle pide disculpas de nuevo:
— Sabes, acabo de pasar por malos momentos, aún no ha acabado. Y a veces, necesito estar sola, no me lo reproches, le dice a Soumia que lo entiende perfectamente.
— Lo importante es que estés bien, a mí me parece bien. Bueno, vuelvo a casa, ¿dentro de dos horas nos vemos? Tomaremos el té con unos lokums con agua de rosa que he comprado especialmente para ti. Venga, guarda tus cosas y descansa, dice Soumia al salir.
— Soumia, dos horas, no, dos horas y media, ¿vale? suelta Sibylle justo cuando Soumia sale por la puerta.
— ¡Vale, dos horas y media!...
Soumia se ha ido.
Y Sibylle se ducha antes de deshacer la maleta, lo que hace con el albornoz puesto.

Suena el teléfono, un caballero pregunta por ella, le dicen; sorprendida, Sibylle acepta la comunicación.
— Hola, bella dama, bienvenida a Rabat, así que una hace una crisis de libertad. Qué sea bienvenida, estoy encantado de saber que está con nosotros, aunque se quede en el hotel.
Es Hadj, el marido de Soumia.
A Sibylle le sorprende mucho que la haya llamado. Hablan un poco, y Hadj le dice:
— Estoy en la entrada del hotel, ¿puedo subir?
Sibylle está atónita, no se lo esperaba y permanece callada, lo que probablemente Hadj toma por un sí, pues ha colgado antes de que haya abierto la boca y llama a la puerta apenas unos segundos más tarde, hasta parece que ha llamado en el ascensor.
Por lo tanto, Sibylle abre en albornoz. Está tal como lo recuerda, magnífico, incluso un poco más, piensa ante su sonrisa deslumbrante. Entra y directamente se sienta en un sillón, muy cómodo.
— Parece estar en plena forma, y el pelo muy corto le sienta muy bien. Me preguntaba si el recuerdo que tengo de Usted correspondía a la realidad. Me obsesioné con Usted la última vez que estuvo aquí, y también luego, cuando se fue. Está espléndida, Sibylle.
Sibylle se esperaba tan poco a lo que está ocurriendo que la situación le parece surrealista.
— ¿Suele recibir así a las amigas de su esposa? pregunta Sibylle.
— Ocurre en raras ocasiones, ya ocurrió una vez. Tenía ganas de verla a solas, dice Hadj con su voz

encantadora. Sibylle se sienta en la cama, con el albornoz bien ceñido, lo que le saca una sonrisa a Hadj.

— Bueno, ¿ya ahora qué? dice ella riéndose.

— Sería una buena idea pedir un té con hierbabuena, y acompañando el gesto con la palabra, se levanta para descolgar el teléfono. Pide el té, luego vuelve a sentarse, muy cómodo. Sibylle se disculpa, coge unos vaqueros y una camiseta limpia al levantarse y vuelve al cuarto de baño donde se los pone rápidamente. Evidentemente, ni sujetador ni bragas, lo que se le escapa de Hadj que sonríe de nuevo y la mira de arriba abajo.

— ¡Hadj, me incomoda!

— No hay ningún motivo, es que aprecio, tantas veces le he dado vueltas en mi cabeza a la situación en la que nos encontramos ahora mismo, ¡que me sorprende no haber pensado que se pondría unos vaqueros y una camiseta! En mis sueños, era el albornoz, dice Hadj.

Llega el té, qué rapidez, piensa Sibylle. Hadj se levanta para servirlo como se hace en Marruecos. En la bandeja, hay lokums con agua de rosa. ¡Decididamente!

— Creí recordar que le gustaban, dice Hadj que le acerca el plato.

— En efecto, dice Sibylle sirviéndose.

Luego se ponen a hablar de cosas diversas. Pero la mano de Sibylle de repente está en las de Hadj sin que sepa cómo ha ocurrido. Le acaricia el brazo, hasta la axila, suavidad exquisita por lo que Sibylle

se derrite y no puede resistir a esta sensación a la vez ligera y tan sensual. Luego deja correr sus dedos en la nuca de Sibylle, ligereza otra vez, estremecimiento sensual, Sibylle está bajo el hechizo.
Hadj se levanta después de una hora corta, después del té, sólo ha rozado a Sibylle con la yema de los dedos sin intentar nada más, Sibylle no puede resistir.
— Hasta esta noche, cenamos juntos en mi casa con Soumia y su amiga. Uno de mis amigos también vendrá, espero que le guste. Es un universitario brillante, coge la mano de Sibylle para besarla, le da la vuelta y sopla en la palma.
Luego se dirige hacia la puerta y sale sin darse la vuelta. Sibylle se siente líquida. Conmocionada, no entiende nada excepto que desea a este hombre más que cualquier otra cosa y que su cuerpo y su corazón se alargan hacia él. Pero se ha ido. Sibylle se quita la ropa y vuelve a darse una ducha fresca, en su opinión única solución para apagar el fuego que Hadj ha encendido en su cuerpo y su alma.
Luego, Soumia ha venido a recogerla, Sibylle no ha tenido ningún sentimiento de culpabilidad, no ha cambiado su actitud, y en el coche, hasta se preguntaba si no había soñado. Pero no había soñado, y esa misma noche, Hadj se lo iba a demostrar.
Soumia había preparado el té.
Sibylle le hace honor y coge lokums con agua de rosa mientras piensa: como siga así, voy a engordar, no voy a poder seguir merendando dos veces al día.

Aurélia está encantada, gracias a Soumia ha descubierto el Oud, incienso de Oriente Medio, madera preciosa con olor embriagador que se quema encima de un trozo de carbón. También ha probado algunos aceites con unas fragancias tan sutiles que Aurélia está trastornada.
Media tarde entre mujeres, que Sibylle también ha pasado en paralelo en la nube donde la había dejado la da de Hadj.
Pero Sibylle, asombrada por tanta imprudencia, no se hace ninguna pregunta, nada. Está cogida en su cuerpo que vibra y palpita desde las caricias de Hadj, como las cuerdas de un arpa bajo el ligero viento de una tarde soleada.
Ha llegado la hora de cenar, tan pronto y sin embargo tan lento, Sibylle sólo pensaba en Hadj, no realmente a él, sino a las sensaciones que había provocado en su cuerpo y la había dejado totalmente entregada a él antes de tiempo. Nunca antes Sibylle había vivido este tipo de experiencias. Era nuevo y tan extraño. Y el hecho de que Hadj fuera el marido de su amiga no tenía nada que ver, no tenía en absoluto la impresión de traicionar a Soumia.
Por fin, Hadj ha llegado con el amigo del que le había hablado en la Tour Hassan. Es un hombre muy guapo, marroquí con cierto tipo griego, una especie de escultura en movimiento, debe de tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Un tío guapo, ha pensado Sibylle, y Hadj ha sonreído al ver en su mirada este pensamiento. Decididamente, Hadj es muy seductor, esta noche más aún. Misterioso, y la

excitación sube en el cuerpo de Sibylle porque tienen un secreto juntos. Ese momento tan particular pasado en su habitación en la Tour Hassan. Es un momento inolvidable, un instante de sensualidad difundida con sumo cuidado. Sibylle aún lleva en su cuerpo esas muy particulares sensaciones, que la han invadido, y que esta noche, la mirada de Hadj sobre ella, despierta, estimula, no sabe cómo expresar ese estado que le gusta y que la somete a Hadj sin que nada todavía haya ocurrido realmente. Hay un mensaje de Anty en el contestador de su móvil, ni siquiera lo escucha, totalmente conquistada por unas caricias que la mirada de Hadj le sigue dando muy suave delante de todos sin que nadie se de cuenta de esa intensidad que la trastorna y la deja lánguida, casi a punto de tener un orgasmo muy particular que descubre sin entender muy bien lo que ocurre dentro de ella, y en su piel temblorosa debajo de su vestido de muselina ligera y vaporosa que las acentúa. La cena es muy distendida, tres mujeres para dos hombres. Soumia está deslumbrante, a Sibylle le parece hermosa, sin embargo, Hadj, muy atento con ella, no parece darse cuenta de que su mujer está muy guapa esta noche. Aurélia está en plena conversación con el amigo de Hadj del que Sibylle ya no recuerda el nombre. Aurélia también está muy guapa esta noche, Decididamente, piensa Sibylle, los hombres nos sientan bien, estamos guapas con ellos. Sibylle, que se encontraba tan mal antes de salir de Estados Unidos, ha visto sus males desvanecerse a lo largo de la visita que le ha hecho Hadj en su

habitación. Y se está preguntando si todo esto no viene de las costumbres que una coge con su pareja, pero en el fondo no lo sabe. Lo que constata, e que todo esto, esos sentimientos que crecen o se derrumban, esos besos robados o dados, esos amores y esas pasiones que nos estrechan para dejarnos palpitantes, absolutamente todo a este nivel, es totalmente irracional, no sigue ninguna razón, ninguna lógica, desorienta de improvisto, y vuelca la situación sin avisar, sin clamar, de manera incomprensible y sin que uno pueda, cinco minutos antes, saber lo que va a ocurrir. Es extraño, piensa Sibylle, bajo la caricia de la mirada de Hadj en su espalda, en sus hombros. Han terminado de cenar, todo estaba suculento y perfecto, y han ido al salón. Hadj está detrás de Sibylle, y el calor de su mirada le quema del deseo de ir hacia él, lo que no puede hacer. Todo esto es extraño para Sibylle que descubre sensaciones y las saborea en el fondo de si misma, ahí donde calla el corazón cuando el deseo grita antes de conocer el placer. Es nuevo, en su cabeza y en su cuerpo, Sibylle ya está totalmente sometida al deseo de Hadj que hace durar hábilmente un deseo que se ha impuesto, y una paciencia que releva las fuertes sensaciones en las que están sumidos los dos. Las fuerzas están presentes dentro de ellos, una energía que sale de Hadj está inmediatamente percibida por Sibylle, y así sucesivamente. Es un ballet discreto, una preestreno en la que la sexualidad en espera es ahogada por una sensualidad a flor de piel, a flor de

mirada, a flor de cuerpo. De repente mujer fuego, Sibylle se entrega, pero sólo Hadj lo percibe, sonríe por momentos, como si sólo Sibylle pudiera ver esa sonrisa que le está dirigida de manera sutil.
Luego, Sibylle, sobre las once, ha comentado que deseaba pedir un taxi para volver al hotel.
— ¿Cariño, deberías acompañar a Sibylle, si no te importa? ha pedido Soumia a su marido, quien se ha apresurado en obedecer.
Yendo al garaje, Hadj ha soplado al oído de Sibylle:
— He deseado a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero nunca de esta manera. Y ya estoy gozando.
Luego la abierto la puerta del coche y Sibylle ha subido, él se ha sentado y ha puesto el motor en marcha. Ni una palabra en el camino, sólo la mano de Hadj en su muslo, dando con la yema de los dedos esas caricias de las que tiene el secreto, y las sube debajo de la ligera falda de muselina hasta esas delicadas fronteras que ya no son ninguna. Sibylle está bajo la influencia de esa mano gracias a la que muy rápidamente llega al orgasmo, con mucha suavidad. Luego, delante de la Tour Hassan, Hadj se ha inclinado para abrirle la puerta desde dentro, el portero está ocupado en recepción, y de paso ha atrapado su pecho con una boca golosa, de nuevo con mucha suavidad, ha suspirado de gusto, pero el portero ya estaba volviendo, para abrir en grande la puerta. Sibylle ha bajado, Hadj le ha hecho señas con la mano, culpable por tanto bienestar, y se ha ido. Sibylle ha subido a su habitación con las ganas

de Hadj en las tripas y el cuerpo. Pero ahora está volviendo con Soumia, a la que, por unos segundos, Sibylle ha odiado antes de enfadarse: ¿pero qué me está pasando? A Sibylle le cuesta dormirse, pero a pesar de todo se ha sumido en un sueño sin sueños donde sólo una mano hacía con ella lo que quisiera. Y era como en el coche, muy rico.

Hubo un día siguiente,
Un pasado mañana donde unas
Caricias precisas y ligeras
Han convertido el cuerpo de Sibylle
En una base para gozar,
Dejándola a veces al borde
Del orgasmo para empujarle
Mejor de un gesto y
Recuperarlo jadeante y
Sumisa a esa merced
Que Hadj dispensaba sin
Participar en él nunca
De otra manera, sin penetración,
Sibylle soñaba con ello,
Se abría y se entregaba
Para llamar ese cuerpo al que
Deseaba y que seguía siendo
Exterior como su mirada
Sobre ella. Para terminar una
Obsesión de Hadj tomó
Cuerpo y Sibylle no pensaba
Más que en eso mientras
Hacía durar ese placer
Con un deseo siempre rechazado.

Hubo un día siguiente
Un pasado mañana y es
El lunes siguiente, cuando estaba leyendo en su habitación de hotel, tras haber dejado a Soumia y Aurélia ir de compras, Sibylle escuchó llamar a la puerta. Un poco antes, había pedido un té, pero era Hadj. Entra, le coge la mano y la besa, pero ya este beso la pone en transe. Lleva un albornoz. Hadj se dirige hacia la ventana, cierra las cortinas, y una luz de color ocre anaranjado nimba la habitación con reflejos, es muy bonito, íntimo, tamizado, en fin… Luego ha tendido a Sibylle encima de la cama, su albornoz se ha abierto en su piernas y Hadj ha seguido abriéndolo muy suave hacia arriba, para deshacer el nudo de la cintura, Sibylle ha cerrado los ojos de gusto, esperando, un poco tensa, Hadj ha abierto el albornoz para destapar los pechos cuyos pezones ha chupado. Placer intenso. Sibylle no se movía, luego Hadj ha besado su boca, el cuerpo de Sibylle temblaba. Entonces lo ha mirado a los ojos mientras se quitaba la ropa rápidamente. Pero aún no la ha penetrado, juegos con las manos y boca golosa, pechos entregados y piel contra piel. Cuando la ha penetrado, ella se ha corrido enseguida, pues no podía estar más excitada. Pero él no ha eyaculado, jugando todavía con ella, con su cuerpo, durante mucho tiempo para que vuelva a nacer dentro de ella un deseo más fuerte aún. Fue largo, suave, intenso, luego brutal para dos orgasmos en uno, un goce extremo, al mismo tiempo, después de haber sacado

del cuerpo de Sibylle todos los acentos posibles en la sinfonía de su orgasmo.
Nunca Sibylle había conocido tal refinamiento en el acto del amor, nunca tal intensidad, nunca tal erotismo, nunca tal sensualidad, nunca. Superaba con creces todas las experiencias que había tenido, incluso con Anty. Luego Hadj se ha tumbado boca arriba, Sibylle ha puesto su cabeza en su hombro.
— Lo sabía, ha dicho él simplemente.
— Lo he esperado tanto, ha contestado ella.
— Sabía que juntos podíamos llegar a este clímax. Cada vez respondías a esa llamada de las caricias de manera justa, in pedir más de lo que yo concedía, ha dicho Hadj. Luego la ha abrazado muy fuerte contra él, y han dormido durante media hora, juntos, agotados y plenamente satisfechos.
Una vez que se fue Hadj, tras haberse duchado, ¡Sibylle se preguntó lo que le pasaba! No podía imaginar que engañaba a Soumia desde que había llegado, y que ahora que todo había sido consumado, no sentía ningún remordimiento, y ninguna culpabilidad. ¡Además, tampoco tenía la impresión de engañar a Soumia, el colmo! Hadj era un hombre deliciosamente sensual. Sibylle reconocía que el placer y el deseo de él que había sabido desarrollar en ella eran mucho más fuertes que cualquier remordimiento, entonces imposible. ¡Pero bueno, a pesar de todo se estaba acostando con el marido de su amiga Soumia!
De repente, se da cuenta de que está en el mismo lugar que Aurélia cuando se acostaba con Bert, y

aunque no tenga nada que ver, entonces entiende a Aurélia, la entiende de verdad. Y ahora Sibylle siente cariño hacia Aurélia, respecto a este tema. Es tan extraño haber juzgado a Aurélia tan rápido en un momento en el que no podía hacerlo. ¿Y además, piensa, se puede juzgar a alguien, sea quien sea? ¡La prueba es que no! Pues Sibylle deja de pensar y se viste ya que Soumia y Aurélia no tardarán en llegar, vienen a recogerla para ir a casa de Soumia, esta noche organizan una gran fiesta para celebrar su estancia en Rabat. Y Sibylle elige su vestido más sexy, abierto hasta lo alto del muslo derecho, que deja ver una pierna de contorno perfecto. Decide no maquillarse y de sólo echarse barra de labios para que estén tan pulposos que den ganas de comérselos. Una mirada en el espejo le devuelve una imagen satisfactoria, el orgasmo todavía ilumina sus ojos.
Sibylle está preparada, baja, en la entrada, todas las miradas giran en su dirección. Pues está lista para ofrecer a Hadj lo mejor de ella en este vestido papel de regalo que valora muy bien su silueta con curvas debajo del vestido. Sibylle se siente guapa al haber gozado tanto. Y segura de si misma.
Soumia y Aurélia, al llegar, se exclaman ante su vestido. Las besa. Ahora, en camino, Sibylle sólo piensa en una cosa, volver a estar en presencia de Hadj. Le excita. Hay motivos, la situación es excitante.
Sibylle sigue sin escuchar el mensaje que le dejó Anty, pero no lo olvida sin tampoco poner ningún remedio. Con Soumia, está totalmente natural, y se

acuerda de Aurélia quien en esta misma situación también tenía un comportamiento natural. Hermana de berenjenales y de sensualidad, se siente muy parecida a Aurélia. Pero lo que Sibylle tiene claro, es que Aurélia no conoció esto con Bert, ¡en ningún caso! Hadj es único, y siente que tiene una suerte increíble de poder vivirlo con él. Sibylle piensa que realmente sería una pena pasar al lado de este tipo de experiencias. Y se pregunta si Hadj es el mismo con Soumia. Le gustaría saberlo. Pero, a fin de cuentas, no es asunto suyo. Es así con ella, es suficiente.
Al llegar a casa de Soumia, ya hay gente. Sibylle y sus dos amigas se mezclan con toda la gente y un poco más lejos, Sibylle va a Hadj hablando con una mujer joven, le duele un poco pero pronto se imagina a Hadj haciendo el amor a esta mujer en mitad del salón, lo que le excita mucho. Sibylle está aterrada al constatar hasta qué punto está obsesionada por Hadj, el sexo, y como todo le excita, incluso sus fantasías despiertas, a veces viejos sueños, que vuelven a surgir cuando menos se lo espera. Aurélia vuelve a encontrarse con el amigo de Hadj del que se le ha olvidado el nombre, y Sibylle, enseguida, imagina a este hombre tan guapo follándose a su amiga. Pensamiento que aumenta su excitación. Para Sibylle es difícil asumir todo esto. Si se hiciera caso, se correría y se complacería todo el rato. Pero aún no se atreve. Es como una película cuyo guión quedaría por escribir. Siente que está a punto de tener un orgasmo pero la puesta en escena aún no está lista. Y en este sentido, Sibylle descubre

que es bastante ritualista, le gustan las puestas en escena y en sueños, velas, incienso, paños, cortinas, telas, vestidos, en fin, erotismo a la carta para momentos por sacralizar. El alba tiene unos reflejos que no mienten cuando los comienzos que con ella se adornan los devuelve a la mirada de la pareja. Y ya esta noche nace con Hadj ese peligroso juego de compartir parejas a la vista de todos, sin siquiera tocarlo, sólo rozándolos de una mirada o un gesto, lo que a los dos los excita mucho.
Curiosamente para ella, Sibylle no entiende cómo puede estar tan natural e indiferente de tales contingencias materiales, como el hecho de no cambiar en su actitud con Soumia, que está a años luz, piensa, de sospechar la situación actual. No lo puede controlar, sumida en el universo erótico en el que la ha llevado Hadj, totalmente consentidora, Sibylle se entrega del todo a ese juego con el que se entretienen su cuerpo y su cabeza con tanta insistencia. Su universo erótico de la adolescencia perece estar cogiendo cuerpo. Fantasea sobre Hadj, y hace exactamente lo que estaba soñando, cuando la vez siguiente se reúne con ella en el hotel. Es excitante e inquietante al mismo tiempo, parece que lo adivina o que obedece sus más pequeños deseos. Sibylle nunca ha conocido esta perfección en la armonía sexual y erótica que la sujeta fuerte como un sello indeleble puesto por Hadj o un genio o un "gnoun" como dicen aquí, en su cuerpo y su mente. Y Sibylle no piensa perderse esta increíble experiencia que lleva ahora ocho días viviendo a un

ritmo intenso, Hadj, incluso ha venido una noche al hotel a las dos de la madrugada. Hablan poco, su intercambio se hace a otro nivel. Sibylle no piensa ni en el futuro, ni en Soumia, ni en un supuesto amor, el problema no es éste, se entrega a esos momentos perfectos, incluso los suscita con ligereza y aplomo, incluso en público, lo que lleva a Hadj a unos actos extremos, a unos peligros palpitantes y fuertes como en esa fiesta durante la que la penetró, rápidamente, en los aseos, en su casa, mientras Soumia estaba en el salón con todos los invitados y que escuchaban sus voces desde la terraza. Orgasmo profundo y rápido, jadeante, conmovedor. Sibylle, por momentos, cree que está en una película erótica cuyo guión habría sido escrito por los propios actores en una libertad de improvisación en la que la imaginación sería el motor sexual extraordinario que los atrae uno contra el otro como imanes. Y Sibylle está cada vez más atractiva, hablando de los hombres presentes, y le ha parecido percibir en la mirada de Hadj ciertos celos mezclados o más bien la expresión de una posesión imposible de compartir con cierto orgullo. No entiende por qué, en realidad ningún futuro puede existir entre ellos, eso cree, y sólo vive esta aventura trastornadora como un paréntesis en su vida.
Tras ese orgasmo en los aseos de casa de Soumia, Hadj y Sibylle han ido de nuevo con los invitados. Luego, unos cincuenta minuto más tarde, se han visto solos en la terraza, con una copa en la mano, mirándose a los ojos y Hadj la miraba con

intensidad, no obstante, no como de costumbre. Entonces ha hablado en voz casi baja:
— No quiero imaginar que nuestra relación terminará cuando te vayas. Y te ofrezco un piso en París al que te mudarás en un mes más o menos, el tiempo que necesite para arreglarlo todo. Ese piso estará a tu nombre, te lo regalo para que no te sientas presa. Voy a París a menudo, doy unos viajes rápidos pero veces me puedo quedar hasta diez días. Así tendrás libertad para mantener lo que vivimos, el tiempo que lo vivamos. Pero en ese tiempo, te quiero entera para mí, de momento, tu marido está de más. No digas nada, piénsalo, y me dirás si sí o no un día antes de irte, iré a pasar la noche contigo, ha dicho Hadj antes de alejarse, con su copa en la mano, para ir a ver a su mujer, de la manera más natural del mundo.
Hadj y Soumia nunca se muestran cariño en público, pero de momento a Sibylle le da igual Soumia, acaba de recibir el discurso de Hadj como una especie de golpe. Sibylle pensaba estar en una simple aventura, excepcional, cierto es, pero una aventura – y esta palabra le recuerda lo que en una época dijo Aurélia… – Decididamente, piensa, la entiendo cada vez mejor, se lo tendré que comentar. Pero Hadj no lo ve así, se compromete, pues para él es un compromiso. Nunca se divorciará, ¿qué problema hay? piensa Sibylle.
No tiene ni la menor intención de formar una familia con él, ni tampoco con Anty la verdad, y esto la sorprende sin asustarla. Sin pensar más en el asunto,

todavía le quedan ocho días a tiempo completo, Sibylle va con Aurélia y Soumia que hablan y ríen con un grupo de mujeres, pues los hombres se han ido con Hadj al salón. Y entre esas hermosas amigas de Soumia, se pregunta cuáles han conocido los brazos de Hadj. Sin celos, sólo una pregunta, así. Realmente tiene la impresión de que podría vivir en un harén y ser feliz porque si lo hiciera en el estado en el que se encuentra ahora, está convencida, sería ella la favorita. Por lo que prorrumpe en risa y que las demás mujeres toman como resultado a sus comentarios. Sibylle pasa una noche excelente, está muy animada, y esta noche, antes de acostarse, constata la diferencia entre su estado actual y el malestar casi depresivo en el que se encontraba poco antes del viaje. La escritura le parece lejana, de hecho no piensa en escribir, como si hubiera mudado. Una especie de transformación que está en marcha, que no ha terminado, lo siente. En París, siempre ha soñado con tener un piso en la última planta de un bonito inmueble, con unas vistas increíbles y un parque justo delante. Sibylle se duerme tranquilamente con esta idea, con el cuerpo satisfecho y la cabeza ligera, está tan a gusto.

El momento de un beso que ha alargado como él sabe hacerlo, en un cuerpo a cuerpo muy suave sin más presiones que las e sus manos, ligeras en su vientre, sus pechos, sus muslos. Un largo estremecimiento, suaves temblores antes de penetrarla como no lo había hecho antes. La escalada de las relaciones amorosas, sexuales, sensuales de Hadj con Sibylle es sorprendente, turbadora, confunde, para ella es una especie de mil y una noches más inventiva una que otra, y esta última noche que le había prometido es una obra de arte del género. Sibylle se pregunta si todos los amantes árabes son iguales, piensa que sí pero en el fondo no lo sabe. Dócil entre sus brazos, debajo de su cuerpo, Hadj mantiene a Sibylle en una excitación constante que sin embargo va crescendo, y después del orgasmo casi brutal que siempre obtiene de ella, sigue, el goce no para. De hecho, Sibylle se pregunta ¿cómo lo hace Hadj para alcanzar esta perfección y aguantarse tanto tiempo? Para ella, es un misterio. Nunca ha conocido esto, nunca se lo han comentado, ni sus amigas ni nadie, de un occidental, pero no sabe, Hadj tiene una sensualidad rebosante, a veces tiene la sensación de ser un instrumento de música entre sus manos, con el que hace lo que le da la

gana, siendo el goce la melodía obtenida… El cuerpo de Sibylle no tiene ningún secreto para Hadj. Juega con él en una armonía que ella llama con todos su sentidos, lo que excita a Hadj que por su lado nunca ha conocido tanto impudor por parte de una mujer, le excita mucho. Pues Sibylle, por momentos, es activa, y sus iniciativas le gustan a Hadj que las provoca y las espera sin cesar sus juegos eróticos que arrebatan a Sibylle.

Sólo han dormido dos horas esta noche, sus ojos brillan y tienen ojeras cuando piden el desayuno a las ocho de la mañana, después de haberse corrido de nuevo, insaciables el uno del otro.

Mientras toman el desayuno, Hadj ha dicho:

— ¿Entonces, qué contestas a la oferta que te hice: sí o no?

De repente, el plexo de Sibylle se aprieta, para ella es un momento decisivo que va a comprometer su vida marital entera. Quita su albornoz y se sienta a horcajadas sobre Hadj cuyo albornoz se abre con el crecimiento de su verga. Y con suavidad, Sibylle se empala para gozar durante mucho rato. Hadj, que la coge de la cintura y da ritmo a sus movimientos, la mira con los ojos medio cerrados. Luego Sibylle para, gira, baila con el vientre encima de su verga, mientras le besa la boca con arte. Y de nuevo es el orgasmo, al mismo tiempo, con tal precisión, una acuidad tan fuerte, que la estrecha contra él mientras, abriéndose, se abandona totalmente a su abrazo.

Momento perfecto tras el que suspira de gusto mientras él gruñe de placer. Se sonríen, luego con

delicadeza, Sibylle se quita después de unos minutos para ir a darse rápidamente una ducha fresca de la que vuelve fresca y rosa, muy hermosa, y vuelve a ponerse el albornoz que se anuda en la cintura. Luego lo mira a los ojos y le suelta:
— ¡Es un sí!
Hadj parece feliz y se lo dice.
— Bueno, un mes para abandonar tu vida marital, un mes para que me organice. Nos vemos dentro de un mes, tendrás una habitación en un hotel por si las cosas no estuvieran del todo listas, pero será cuestión de horas más que de días. Te veo en París dentro de un mes. Y estoy colgado contigo, dice Hadj con su hermosa voz timbrada.
Luego Hadj se ha levantado para invitarla a bailar una balada imaginaria, ha cantado “Strangers in the night” en voz baja a su oído, con su cuerpo desnudo contra su cuerpo, había tenido el detalle de abrir su albornoz y el de Sibylle, y entonces de nuevo, sube la excitación, la ha vuelto a penetrar de pie, con mucha suavidad, cogiéndola por el culo, a la buena altura. De nuevo un momento perfecto.
El chófer de Hadj ha llevado a Sibylle y a Aurélia al aeropuerto, con Soumia que las ha acompañado, despedida cordial, besos y promesas de volver. Soumia está radiante y abraza muy fuerte a Sibylle.
— Pase lo que pase, Sibylle, sigo teniendo mucha amistad por ti. Vuelve pronto. Te quiero, ha dicho Soumia.
Durante el despegue, en el avión que las llevaba de vuelta a Estados Unidos, Sibylle ha pensado en esta

frase de Soumia que, de alguna manera, le ha llamado la atención. Pero lo ha dejado de lado, para dedicarse a la manera de arreglarlo todo con Anty, en un mes. Aurélia parecía estar en una nube, se había convertido en la amante de ese amigo de Hadj del que Sibylle nunca recordaba el nombre, pero dice que hablará más tarde, parecía estar emocionada al irse.
— Marruecos es un auténtico detonador para la evolución, le ha dicho Sibylle, cada vez que voy, estoy transformada. Has hecho bien pasártelo bien, le dice a Aurélia que le sonríe a pesar de la emoción, con lágrimas en los ojos. Sibylle, por su parte muy alegre, la entiende.
Anty estaba en el aeropuerto, igual que siempre, una especie de roca. Sibylle se preguntaba cómo hablar del problema, pero con Aurélia en el coche, se sentía cómoda, pues no podía decir nada del tema delicado. Trayecto agradable, Anty está en forma pero no obstante, no como de costumbre. Sibylle está a gusto, su decisión está clara. Anty le dice delante de Aurélia que la ve muy bien, así como a ésa que no está muy contenta de volver a casa, ¡y se nota!
— Estás mejor que cuando te fuiste, dice mirando a Sibylle, te ha sentado muy bien, me alegro, dice.
— ¿Y China? pregunta Sibylle para mantener la compostura.
— Fue duro, muchas reuniones y los primeros días muchas dificultades para comunicar, es una mentalidad muy diferente, pero fue productivo, estamos contentos, dice Anty.

Sibylle no pregunta quiénes son “nosotros”. Anty deja a Aurélia delante de su puerta y pone su maleta en la entrada de la casa. Lugo aparca el coche en el garaje y coge la maleta de Sibylle, quien lleva su maletín de aseo. Sube la maleta al dormitorio, y deja que lo deshaga todo y lo guarde pues sabe que no puede funcionar de otra manera. Así que Anty ha bajado diciendo:

— Hago un té en la cocina, ven cuando termines.

Sibylle se siente aliviada, no ha intentado darle cariño, lo temía, de momento va muy bien y guarda sus cosas antes de bajar con él. Sibylle no está cansada, más bien tensa desde el aterrizaje, lo que no se le escapa a Anty. Sibylle no le ha observado aún, concentrada en su preocupación del momento, ¿cómo empezar a hablar con él?

Anty la está esperando en la cocina, el té está hecho, hay galletas de jengibre y lokums con agua de rosa. Le saca una sonrisa, le da las gracias con la mirada.

— Bueno, Anty, tengo algo que decirte pero no sé ni cómo y no por dónde empezar, dice por fin, mientras coge un lokum para darse valor.

Silencio.

— No te preocupes, Hadj me ha llamado, ha pensado que te costaría, ha querido evitarte todo esto, lo sé todo.

Sibylle, que ha dado un bocado en el lokum, está estupefacta, no se lo puede creer, pero está bastante aliviada y feliz al constatar que, como buen oriental, Hadj se ha encargado de todo y ha ido hasta el final.

En el fondo, a Sibylle le parece bastante viril, le gusta mucho. Ya no se siente sola. Es cómodo, el hombro de Hadj es cómodo.
— Supe desde nuestro primer viaje a Marruecos que Hadj te gustaba, ¿me lo dijiste, no? Y que le gustabas a Hadj, simplemente me preguntaba si la oportunidad de tal relación se presentaría, y se ha presentado, así que la ha cogido, y tú también. Habéis hecho bien. Hadj es un hombre formidable, un verdadero caballero. Y creo que te quiere, a su manera, claro, pero te quiere. Nunca lo he visto ir tan lejos con una mujer, y mucho menos llamar a su marido… Así que te vas dentro de un mes, ¿eso es?
— Sí, ha dicho Sibylle, pero si quieres me puedo ir antes.
— No, yo también te quiero, estaré encantado de tenerte a mi lado durante un mes más, es muy corto, ya verás, dice Anty sonriendo y Sibylle percibe tristeza en esa sonrisa. Tristeza que su mirada no desmiente.
Pero la suave dulzura que Anty ha conseguido instaurar es muy tranquilizadora para Sibylle que le da las gracias por no hacer un drama.
— ¿Y de qué serviría? pregunta Anty.
— Es verdad, de nada, pero hubiera podido ser, y lo habría entendido, gracias Anty.
— No me des las gracias por quererte, puede que dure, la frustración ayuda… dice sonriendo de nuevo, con mucho humor.
Y los días se suceden para sumar el mes en cuestión. Han hecho el amor, una vez, pero Sibylle no tiene el

cuerpo por la labor, Anty lo ha entendido, nunca más lo ha intentado. Ha terminado. Sibylle lleva ya un tiempo entregada por completo a Hadj, él lo sabe, lo siente, lo ve, lo vive. Es doloroso pero Anty no muestra nada. Han visto un abogado, todo se arreglará sin dramas, de forma amigable, y Hadj se hace cargo de los gastos, ha llamado para decírselo a Sibylle, no está muy satisfecho de que Sibylle aún esté bajo el mismo techo que su ex marido, pero es más práctico, así que no ha insistido. Sibylle ha podido hablar con Aurélia que se ha confiado a ella. Aurélia quiere irse a vivir a Rabat, y lo está arreglando todo para irse. Quiere vivir con Abdesselam que se lo ha propuesto, conoce su casa, será perfecto. Sólo se trata de irse a vivir un año allí, y ver cómo va. Sibylle piensa que Aurélia lleva razón, nunca evitar esas decisiones difíciles que pueden cambiar una, unas vidas.

— Sabes, no estoy enamorada, pero tengo la sensación de que con él, estoy viva, vibro, es diferente. Y además, Oriente me fascina, ha dicho Aurélia.

— Lo entiendo, y sabes, quiero decirte que entiendo lo que viviste con Bert y no te lo echo en cara en absoluto, incluso si al principio mi reacción fue brutal contigo, dice Sibylle.

— ¡Oh! Pero esto es historia antigua, yo sí me lo echo en cara, y al mismo tiempo ya no, porque tu vida desde entonces no deja de evolucionar, ¿no? dice Aurélia riéndose.

— ¡Se puede decir así! dice Sibylle riéndose.

— Sabes, en cuanto a Hadj y tú, nadie vio nada, ¡es increíble! dice Aurélia.
— ¡Pero respecto a ti y a Bert, tampoco! suelta Sibylle.
Y prorrumpen en risa, como dos cómplices que de nuevo están en la misma onda aunque interfiera un poco.
De orden establecido en desórdenes
Organizados, el destino sublima
Las elecciones llevándolas
En unas cercenaduras
Que el corazón sabrá encontrar
Para progresar hacia su
Apertura que sólo se hace
Así, de elecciones difíciles
En elecciones drásticas.
De uno a otro, de un
País a otro,
De una ciudad o un corazón
A otro, el destino
Consiente, y el espíritu ilumina,
Y en esos períodos de
Cambios, en esas
Transformaciones a lo largo
De las que uno se descubre
Otro y un poco más Yo,
Los alibis de la razón
Están disueltos en las fuerzas
Del desatino del que
Lo irracional se convierte en el
Relevo mientras deja

En el cuerpo, y por el Espíritu,
Las renovaciones indispensables
Para la evolución que viene,
Llevándonos a abandonar los
Campos trillados para encontrar
Unos nuevos que aún
No conocíamos.
Y así va la vida, de
Alegrías en penas,
De pruebas en vida cotidiana
Y de noches en días
Más claros, de fuerzas
En energía más valiente
Hasta esa fuerza
Yang que el yin
Acoge entero,
Haciéndolo más eficaz
Y más suave en su
Energía desmultiplicada.
De orden establecido en
Desórdenes organizados,
La vida le confiere al destino
Los medios para forjar un
Futuro único para cada uno,
En las elecciones y las
Vías que se presentan en el
Buen momento, en la hora
Justa que llama la
Resonancia de una
Nueva piel que deberá
Latir al ritmo del

Corazón, el camino
Descubierto de nuevo.
Y la armonía así,
Nace del orden y del
Desorden, para equilibrarse
En el orden nuevo
Como un ciclo nacido para
Servir aún mejor, para
Dar aún más,
Así es como se dan
Los pasos de unos hacia los
Demás, en el orden
De un destino que
Sería una pena
Estropear.

Sibylle se siente feliz, deja muchas cosas, ropa que ya no pondrá en París, lo sabe. También a este nivel quiere empezar de nuevo. Y al final, sólo se llevará una maleta, nada más, pasa página definitivamente. Vuelta a los orígenes y raíces francesas, incluso si Estados Unidos fueron para ella una experiencia muy bonita, está contenta de irse. Anty no dice nada, pero en los últimos días, le ha cogido la mano:
— Sabes que sigo siendo tu amigo y el de Hadj. No quiero que estéis incómodos, lo entiendo, pero no quiero perder ni tu amistad ni la suya. Espero que podáis entender hasta qué punto es importante para mí.
Sibylle está emocionada. Lo entiende.

— Yo tampoco, Anty, no quiero perder tu amistad, has sido el mejor de los maridos y he sido muy feliz contigo, muy feliz. Además, ha sido determinante en y para mi vida, dice Sibylle.
— Lo sé, incluso creo que es gracias a mí si ahora puedes vivir lo que estás viviendo con Hadj, contesta sonriendo Anty.
Y Sibylle piensa que han tenido que hablar "entre hombres". Está a la vez sorprendida y piensa que su amistad es muy fuerte para que puedan hablar así, con tanta libertad. Le gustaría saber lo que se han dicho, pero no obstante no pregunta nada. Ese día, Anty no dirá nada más, pero es un hecho, sabe cosas, y mucho más de lo que quiere decir. A pesar de todo, Sibylle está un poco irritada, en efecto, se siente desposeída de si misma, el sentimiento que los dos hombres dispongan de ella en su conversación sin consultarla, le desagrada e invade un poco su independencia y su sentido de la libertad, adquirido con dificultad en lo que a ella respecta. Todo es nuevo, poco habitual y llamativo a todos los niveles. Pero Sibylle no se lo comenta a Anty que, de hecho, lo sabe, piensa ella, sabe absolutamente todo lo que ocurre en su interior, es evidente desde el principio de su relación, de su matrimonio. Todo el rato.
Anty tampoco abre la boca, permanecen en silencio durante unos diez minutos. Por fin, se rompe el silencio.
— Cuídate en París, y quiero que me prometas que me llamarás si tienes problemas, sean cuales sean, espero que te vaya bien, pero nunca se sabe. Bueno,

tienes mis señas, no dudes en llamarme, por lo que sea, incluso lo que te podría parecer una tontería. Hace tanto tiempo que no has vivido en Francia, dice Anty con firmeza y dulzura.
Sibylle está realmente emocionada por tanta solicitud. Se levanta para ir a acurrucarse en los brazos de Anty que la abraza como si fuera una niña pequeña. Sibylle está a gusto contra su hombro tranquilizador.
— Sabes, es una aventura, sé lo que abandono, no sé hacia qué me dirijo, o muy poco, dice.
— Lo sé, murmura.
— Sabes, al fin y al cabo no conozco muy bien a Hadj, o muy poco.
— Lo sé, dice Anty con un hilo de voz.
— Sabes, no puedo hacerlo de otra manera, es como si "tuviera que irme", no puedo evitar esta separación, esta especie de ruptura… dice.
— Lo sé, lo sé, pero no te preocupes, Hadj es un buen hombre, y se toma muy en serio lo tuyo. Siempre estaré disponible, pase lo que pase, no temas nada.
— Gracias Anty, eres un ser excepcional, y te tengo mucho afecto, mucho, pero creo que ya lo sabes, dice Sibylle.
— Lo sé, lo sé, tienes que relajarte y descansar, todo irá bien.
Y Sibylle, furiosa con ella misma por pedirle tanto a Anty cuando sencillamente lo abandona, piensa que exagera, que no es una niña pequeña, y que lo está haciendo, dejándose llevar de esta manera, es

simplemente odioso. Se echa agua en la cara, tiene los ojos más oblicuos que nunca, constata, y se promete a si misma no portarse nunca más de esta manera con Anty que es un amor de pronto ex marido como probablemente no volverá a conocer ninguno, pero bueno, ella ha decidido, ¡tiene que asumirlo, coño! Piensa, furiosa consigo misma por haberse dejado llevar de esta manera como una especie de provocación, contra Anty que de verdad no lo necesita ahora mismo. Pero Anty no vive esta situación de la misma forma que Sibylle, y por su parte, está muy contento que Sibylle se ha mostrado tan vulnerable y al mismo tiempo cariñosa, no que le de la menor esperanza, ya lo tiene asumido, sino porque las futuras relaciones serán más fáciles, por lo menos, es lo que piensa, y de hecho, tiene razón.

En el claro-oscuro de cualquier relación, existen esos frágiles momentos en los que a uno le gustaría, pero no puede, esos valiosos instantes, susceptibles de romperse, a veces odiosos que se viven entre dos, pero que se recordarán solo, y de manera distinta. Esos instantes que abren o cierran una relación, que la plantean como ya no es, en lo que se está convirtiendo. Esos fugitivos instantes o esos largos momentos ya no hacen el mismo ruido que había instaurado la costumbre. Todos esos momentos que unen o sintetizan de una relación las heladas o las emociones cálidas con las que están tejidas las dos vidas que de repente se despegan una de la otra, esos momentos que van, que vienen y huyen o se agarran a los recuerdos que no tendrán nada que ver con la

vida misma, pero se inscribirán para siempre en el impacto que habrá tenido en los dos miembros de la pareja.
¡La pareja!
Sibylle la soñaba perfecta, como suponía que era con Anty. Y ahora, por unas caricias excepcionales, es cierto, pero quizás ilusorias, por algunos orgasmos y un goce de cada instante, deja a un marido que la quiere y al que sigue queriendo, incluso si su sexualidad se ha ido con otros brazos en alguna parte, en Marruecos o en París, para coger de ella esos seductores momentos en los que el abandono tiene valor de libertad y en los que la libertad se somete con alegría al otro para entregar de si misma todos los placeres que sin embargo se saborean mejor entre dos.
Sibylle está más bien a gusto, no obstante, un poco perdida, ¿pero acaso no es normal? Cuando uno se da cuenta de que una vida sigue adelante después de un frenazo terrible, y un desembrague a fondo hacia, en otra dirección de la Hadj lleva las riendas. Está claro, lleva las riendas de su futura vida, de lo que será, por lo menos materialmente. Y Sibylle también sabe que tiene sobre ella un poder al igual que ella posee una de las llaves que dan acceso a él. No ha hecho nada para ello, pero es así, ocurrió así y sigue igual, ¿por cuánto tiempo? Ni siquiera se lo quiere plantear.
Sin embargo, Sibylle se siente feliz.
Pero justo después de haberlo constatado, le llega una pregunta trampa:

¿Qué es la felicidad?
Y el momento de irse ha llagado rápido, muy rápido, Anty llevaba razón.
En el aeropuerto, han acortado las despedidas que habían perfeccionado durante un mes.
Y era perfecto.

París
Again

Hadj lo ha previsto todo, un coche espera a Sibylle en el aeropuerto, para llevarla directamente al George V donde “el caballero” llegará esta noche. Muy bien. Sibylle se instala en una suite magnífica para esperar a Hadj y saber cómo va con el piso. Luego sale y va a los Campos Elíseos, a la tienda Tara Jarmon, para comprar muchos vestidos y demás ropa nueva para una vida nueva. Ya no tenía nada que ponerse para París y esta nueva vida. Zapatos, bolso, se lleva los modelos más bonitos y vuelve al hotel donde llega Hadj justo después de que se haya duchado. Sin una palabra, la penetra con tanta pasión que se deja llevar, feliz de estar de nuevo debajo de su cuerpo, entre sus brazos, toda suya. Su reencuentro se hace con tanta fogosidad que la que conoció en Rabat, y de nuevo se derrite por dentro con un placer duplicado.
Hadj se ha duchado y luego ha vuelto a la habitación con un albornoz puesto, hasta entonces, no han intercambiado ni una palabra.
Sibylle está sentada en la cama, ha subido la sábana encima de su pecho, lo mira, él le sonríe.

— Dentro de dos días, tendrás el piso, el lugar es una sorpresa. ¿Cómo estás? Eres hermosa, Sibylle, ha dicho de un tirón Hadj.
— Tú tampoco estás mal, contesta Sibylle, y traviesa, añade: hola Hadj.
Por lo que Hadj prorrumpe en risa.
— Lo admito, mi saludo no es muy tradicional, pero vale todos los saludos del mundo, ¿no? pregunta Hadj.
— ¡Sí! contesta Sibylle riéndose.
— Bueno, esta noche, quiero que te pongas muy guapa, vamos a cenar con una pareja de amigos en un restaurante que, supuestamente, pertenece a Depardieu, ¿te parece bien? pregunta Hadj.
— Me parece bien, ¿quiénes son esos amigos? dice Sibylle.
— Llevo veinte años conociéndolo a él, a ella la conocí hace cinco años más o menos, cuando se casaron, no la conozco muy bien, pero parece simpática, suelo verlo solo, ella lo acompaña muy poco, pero esta noche, como sabe que vas a estar, ¡pues saca a su mujer! dice Hadj riéndose.
Luego, Hadj hace varias llamadas, recibe muchas, antes de mandar un fax a Rabat y otros dos a Arabia Saudí. Mientras tanto, Sibylle cuelga su ropa nueva. Y elige para esta noche un vestido de fino jersey de seda gris antracita con un drapeado interesante en el busto, feminidad asegurada, y el largo hasta las rodillas deja que sus piernas se muevan ligeras y atractivas, pues Sibylle tiene unas piernas preciosas, entre otras cosas.

Sibylle se ha dado tiempo para instalarse en París antes de retomar sus actividades literarias, pues lo dejó todo desde ese viaje a Marruecos que cambió su vida. Pero le ha prometido a su editor una novela nueva para la primavera. Y como le gustaría volver a escribir en francés, piensa en contactar a un editor de París, si escribe en francés. Pero ningún proyecto preciso, se deja tiempo antes de buscar, tiempo antes de dejar libre su imaginación. Hadj se va dentro de ocho días. Este tiempo con él es valioso.
Sibylle, lista para la cena, sale del cuarto de baño donde acaba de peinarse con un poco de gel, con los dedos, parece que tiene quince años, le dice Hadj sonriendo.
Es una pareja de marroquíes que ya los está esperando en el restaurante, en la mesa que Hadj ha reservado. Son amables, y el hombre se pone a hablar enseguida con Hadj en árabe, después de haberle preguntado a Sibylle si no le importaba. Su mujer es dulce, discreta, un poco tímida, y Sibylle no tiene mucho que contarle.
— He leído su último libro en inglés, había leído el primero en francés, su estilo es interesante, ha cambiado entre las dos obras. Tendría que escribir en francés lo que ha escrito en inglés, es magnífico, le dice de repente a Sibylle a quien sorprende una apreciación tan justa.
— Lleva razón, voy a hacerlo, además, ahora que vivo en París, ya no tengo muchas razones para escribir en inglés. Pero me lo plantearé el año que

viene. ¿Qué hace Usted, y reside en París? pregunta Sibylle.
— No, vivimos en Rabat, mi marido trabaja en un ministerio, y yo crío a mi hijo que tiene cuatro años ya. Pero mi esposo suele venir a París, y de vez en cuando lo acompaño, así tenía ocasión de conocerla, y estoy encantada, dice sonriente.
A lo largo de la cena, los dos hombres conversan en árabe en voz casi baja. Y Sibylle llega a conocer mejor a Imane quien, en realidad, es encantadora y cultivada.
Imane no conoce a Soumia a la que nunca ha visto, pero no parece que le sorprenda la relación entre Hadj y Sibylle, como si fuera lo más normal del mundo. Y Sibylle siente que le están creciendo alas orientales, no le molesta en absoluto que Hadj tenga una familia y que ella sea una especie de pieza añadida en su vida. ¿Al fin y al cabo, dónde está el problema, mientras cada uno permanezca en su lugar y no agreda al otro, los otros? Además, relaja mucho.
Hadj ha puesto su mano en la rodilla de Sibylle, la acaricia subiendo suavemente hasta el muslo, debajo del mantel, están sentados en la banqueta. La gente que está sentado cerca no ve nada, sus amigos tampoco, están sentado enfrente, en unas sillas.
Sibylle se siente vacilar, esas caricias de Hadj la galvanizan, y suavemente abre sus piernas, y él se atreve, pero no irá más lejos, no hasta el final, de manera a mantener a Sibylle en el mismo estado para luego. Y esta complicidad entre ellos es una delicia para Sibylle. Y él aparenta estar tan

indiferente, tan ocupado con otra cosa que excita mucho a Sibylle que, sin embargo, sigue charlando como si nada, con Imane.
La sensación es exquisita y Sibylle también sube la mano debajo del mantel, desde la rodilla de Hadj hasta su verga tensa debajo de la tela de sus pantalones. A ella le resulta muy turbador, exquisito para los dos, pero no sigue adelante por las mismas razones que Hadj, y otras más evidentes para un hombre…
Los dos han cesado sus juegos con las manos antes del postre, para volver a un estado normal antes de levantarse para irse, pero la excitación no los abandona.
Imane ha invitado a Sibylle a hacerle una visita la próxima vez que vaya a Rabat. Se han despedido tras esta promesa, Sibylle ha estrechado la mano del marido con el que sólo ha intercambiado un buenas tardes y hasta luego. ¿Pero cuál es el problema? No hay ningún problema.
Más tarde, Hadj y Sibylle han hecho el amor hasta no poder, y la excitación no los dejaba, como si al correrse, el goce volvía a nacer como un fénix que vuelve a nacer de las cenizas de placer siempre renovado. De Sibylle, desamparada, dócil, pero activa, sólo se escuchan suspiros de contentación, gruñidos de placer por parte de Hadj, en fin, se vuelven a encontrar tal como se dejaron hace un mes, quizás con más deseo aún que en Rabat, la ausencia aumenta el deseo, y todo el mundo lo sabe, aviva el reencuentro. Es exactamente lo que ocurre

con ellos. ¡Y Hadj es tan seductor! Y Sibylle tan excitante, piensa Hadj cuando eyacula dentro de ella por su segunda vez.
Al día siguiente, a las nueve de la mañana, estaban listos para ir a visitar el piso donde iba a vivir Sibylle.
Place Vendôme, en la última planta de un bloque magnífico, con una inmensa sala de estar doble, dos dormitorios con dos suntuosos cuartos de baño. Una inmensa cocina, un pequeño despacho y una majestuosa entrada en ciento cincuenta metros cuadrados en mitad de París, piensa Sibylle admirativa. Todo blanco, como le gusta, sin fiorituras, neto, hermosos muebles sencillos, está entusiasta.
— Y enfrente, no muy lejos, está el Ritz que pertenece a un amigo mío, puedes ir a comer siempre que quieras, incluso puedes encargar comida si tienes invitados, te lo traerán a casa o te indicarán la tienda a la que se lo han encargado. He negociado con ellos, no tendrás que pagar nada, me encargo de todo. ¿Te gusta? pregunta Hadj.
Sibylle le salta al cuello, ¡le encanta!
Hadj está satisfecho.
— Puedes mudar a partir de mañana por la tarde, todo está listo, vienes con tu maleta y punto. Vendré contigo, me quedaré tres noches y luego me iré, podrás instalarte. Te he abierto una cuenta en Barclays, tendrás una matriz de cheques y una tarjeta de crédito, tienes que pasar por la sucursal a firmar.

Está todo arreglado y este piso está a tu nombre, es tuyo, es mi regalo de bienvenida en mi vida.
Sibylle es feliz, Hadj es generoso como un príncipe, piensa.
— Ahora vamos a ir al banco y luego quiero presentarte al notario y ya todo será tuyo. Tendrás un crédito ilimitado en tu cuenta, el límite de tu tarjeta es muy alto, sé que no abusarás porque te conozco, mejor ti misma.
Y al decirlo, Hadj parece un misterioso, pero Sibylle apenas se da cuenta, está conmocionada, no se esperaba todo esto, para ella es inimaginable, acusa el golpe, estupefacta, lo que le saca una sonrisa a Hadj.
— Tengo la costumbre de comprometerme del todo con todo, sin términos medios, y eres mi primer compromiso real fuera del matrimonio. Te considero como mi segunda esposa y mi favorita, quiero que lo sepas, es muy importante. Y extraño en lo que respecta a mí, dice Hadj, muy serio.
Sibylle está conmocionada, realmente, hasta entonces todo esto sólo tenía un aire teórico, un poco abstracto, y de repente, la parte concreta se manifiesta con fuerza. No se lo puede creer. Abraza a Hadj.
— Gracias, gracias por todas estas maravillas, dice.
— Eres bienvenida en mi vida, y no olvido que has dejado a un marido probablemente maravilloso, mi amigo Anty, sin dudar. No lo olvidaré nunca, dice Hadj al cogerla de la cintura para darle un abrazo más fuerte.

Luego fueron al banco y después al notario, y vuelta al George V para almorzar. El dueño, de paso por París, viene a saludar a su amigo Hadj, y a Sibylle. Es un día un poco fresco, y Sibylle está preciosa en su traje con pantalones nuevo, que compró al llegar. Tiene clase. Hadj está orgulloso de ella al presentarla, se nota, y para ella es tan tranquilizador. Aunque no tenga la menor necesidad de que la tranquilicen.

El día siguiente fue muy particular, Sibylle, dueña del piso, se instala en ese lugar de ensueño donde, a partir de entonces, iba a vivir. Entró con una maleta y un maletín de aseo. Siempre soñó con hacerlo, pues ya está hecho. Hadj está con ella, en casa de ella, insiste él sonriendo. Cuando terminó de deshacer las maletas y guardarla sus cosas, se ha dado cuenta de que había puesto flores en el piso. Le ha dado las gracias. Una tarjeta de floristería puesta en evidencia en la mesa para que ella también pueda llamarlo cuando quiera. Sibylle está maravillada ante la atención de Hadj, es su lado oriental, y no conoce a ningún occidental, ni siquiera muy rico, capaz de pensar así en el menor detalle.
Por fin, en el cajón de su mesita de noche, Sibylle ha encontrado un estuche con el sello rojo de Cartier, con una pequeña tarjeta: “Como muestra de mi compromiso por nuestro amor – Hadj”.
Es un anillo, un diamante engastado y cerrado magnífico, como le gustan, el engaste moderno le

gusta mucho. Le da las gracias a Hadj que se lo pone en el dedo de la mano izquierda.

— No olvides nunca que eres mi esposa.

Luego han ido a almorzar al Ritz donde Hadj ha querido presentara. El dueño, su amigo, está en Londres, pero ha dejado instrucciones precisas, los atienden muy bien. Sibylle se siente nueva y tan satisfecha a todos los niveles que está deslumbrante.

Hadj parece estar más enamorado que antes. Es una sensación que invade a Sibylle y por la que está más guapa que nunca. Esta nueva felicidad la ha maquillado, su mirada oblicua está iluminada y brillante.

Las tres noches siguientes fueron unos festivales eróticos superando todo lo que Sibylle había vivido hasta entonces con Hadj. Y se pregunta cómo puede ser. ¡Pero lo es!

Hadj es tan competente, Sibylle está cautivada, que sus retozos sin límites le abren nuevos horizontes aún sin explorar, para una intimidad en la que la comunión, o la fusión, ¿cómo calificar esta intimidad? está, están cerca de un éxtasis múltiple, multiplicado, ya no hay más palabras para describir estas sensaciones, este placer, este deseo, en fin, están locos el uno por el otro.

Luego Hadj se ha ido para un mes como mínimo, también tiene que ir doce días a Arabia Saudí. Pero tendrán el teléfono y los mails. Hadj se ha ido dejando un gran vacío, una tranquilidad absoluta en la vida de Sibylle que empieza aquí en París donde tiene que adaptarse. No les ha dicho nada a sus

padres, no quiere verlos llegar a su piso con cualquier pretexto y hacer un montón de preguntas, ¡por supuesto!

Todavía creen que está en Estados Unidos, muy ocupada y casada… Anty ha dicho que por comodidad podía testificar. Por lo tanto todo va bien, él tampoco conoce a sus padres fuera de las conversaciones telefónicas. Así que de momento, es una buena solución.

De hecho, Sibylle ha vuelto a escribir, muy pronto después de que se fuera Hadj, a una velocidad impresionante dado que ha hecho este ensayo sobre el amor en apenas doce días, en francés, quiere revisarlo con tranquilidad antes de ofrecérselo a un editor, ¿pero cuál? Ésta es la pregunta, a Sibylle no le gustan mucho los editores, pero necesitará uno. Lo deja para luego.

Hadj la llama todos los días, sobre las siete de la tarde normalmente, pero también puede hacerlo en mitad del día si tiene un rato libre. Sibylle no le ha dicho nada a Soumia y no sabe muy bien si debe llamarla o no. Justo cuando piensa en ello, Soumia la llama al móvil. Sibylle se siente muy contenta de escucharla, charlan juntas, Soumia le dice que Hadj ha vuelto por muy poco tiempo tras haber estado ausente durante ocho días y que enseguida ha salida para Arabia Saudí, desde entonces no sabe nada de él, ¿quizás esta noche? Los niños están bien, crecen, dice Soumia riéndose. Sibylle tiene mucho afecto por Soumia quien lo sabe y se lo devuelve, y a Sibylle le gustaría realmente que situación estuviera

clara para todos, no está en contra del hecho de que Hadj tenga una esposa, tres hijos, es justo, antes no lo conocía y ya tenía una vida cuando lo conoció. Él ha exigido – casi – que deje a su marido, de todos modos su matrimonio no iba bien. Y Sibylle se lleva bien con Soumia, no quiere seguir mintiendo. Se lo comentará a Hadj.
Lo que hace la misma tarde cuando Hadj la llama sobre las siete. Le habla de la llamada de Soumia y le dice que le gustaría que las cosas estuvieran claras y dichas. Promete solucionarlo pero no quiere que Sibylle se encargue de ello. Le informa de ello con un tono bastante perentorio, le sorprende a Sibylle que no hará nada. Vale.

Sibylle escribe, su piso es un lugar ideal. Ha hecho la compra sola y cocina, la mujer de la limpieza va a limpiarlo todo a fondo una vez a la semana, cuando no está Hadj es suficiente, pues ella no ensucia. Las vistas son magníficas, y desde el despacho, escribe frente a los tejados de París, le gusta mucho. Este piso me inspira, piensa.
Cuando escribe, Sibylle leva una vida muy ordenada. De momento, vive sin relaciones amistosas, no se ha puesto en contacto con ninguno de sus amigos parisinos, nada, sólo este maravilloso piso y la escritura en la omnipresencia de Hadj.
Cuando lleva desde las cinco de la madrugada sumergida en la escritura, suena el teléfono fijo, de inmediato piensa en Hadj y le sorprende que llame tan temprano, pues son las ocho, con la diferencia

horaria, son las seis en Rabat. Extraño, piensa mientras coge el teléfono. Es Soumia la que llama al fijo, por lo tanto Hadj le ha dado el número.
— Buenos días Sibylle, me alegro de que lo hayas cogido a la primera, Hadj habló conmigo anoche, pero era tarde y no quise molestarte. ¿Primero cómo estás? pregunta.
— Bien, gracias Soumia, ¿y tú? ¿Imagino que estás enfadada conmigo? Lo siento, dice Sibylle que no sabe qué decir.
— ¡Pero en absoluto! Tengo que confesártelo, Hadj ya me había comentado algo, pero no del todo, ahora lo sé todo, y al revés, estoy encantada, me habría podido tocar una mujer sin interés, o con la que no me sentiría bien, pero contigo, Sibylle, es un auténtico placer, y entiendo a Hadj, al igual que te entiendo a ti, es formidable y muy respetuoso, lo sé, dice Soumia de un tirón.
— Soumia, gracias de verdad, yo también me alegro que tú seas su mujer. Pero me siento un poco culpable por no haberte llamado, no sé, pero en realidad, no tuve la sensación de engañarte, dice Sibylle con sinceridad.
— No te preocupes, no hay ningún problema, era Hadj el que tenía que informarme, no tú, lo que hizo desde el primer momento, aquí son los hombres lo que tienen esta responsabilidad, no las mujeres. Así que todo está en orden. Me alegro mucho, de verdad. Temía ese momento en el que buscaría a otra mujer, nunca se sabe quien te va a tocar, a nivel de mujer, legítima o primera mujer, porque eres legítima.

Dime, ¿aceptarías que fuera a verte a París? Hadj dice que eres tú la que decide si puedo ir a tu casa o no, me apetece mucho volver a verte. Pero sé que escribes… dice Soumia.
— Sí, estoy muy ocupada con la escritura últimamente, pero sí, acepto que vengas, no me supone ningún problema. Ya te diré cuando esté más disponible, contesta Sibylle.
— Bueno, si me hospedo en el Ritz, no te molestará, ¿y podremos vernos un poco, no? pregunta Soumia.
— Sí, pero a veces mi horario es un poco raro y necesito estar sola, no será lo mismo. Pero tú decides, dice Sibylle.
— Bueno, voy a hablarlo con Hadj, de todos modos, ya veremos. Pero por lo menos ya sé que aceptar recibirme y te lo agradezco.
— Serás bienvenida, Soumia. Realmente me alegro de que me hayas llamado tan pronto. Gracias, estoy más tranquila en cuanto a nuestras futuras relaciones, dice Sibylle, feliz interiormente.
— Puedes estarlo, no hay ningún problema, dice Soumia que sigue hablando de los niños, la vida en Rabat, sin evocar a Hadj ya que sabe que ahora Sibylle está en contacto directo con él.
Y Sibylle tampoco habla de él, pues, piensa, este hombre que tienen en común sigue siendo íntimo a cada una de ellas, quizás de manera distinta, y no sirve de nada, en la opinión de Sibylle, intentar una segunda intrusión de la vida de la otra, con el fin de mantener un equilibrio perfecto entre ellas y él, lo que le comentará a Hadj la misma noche. Y él le

contestará que es exactamente la actitud que se espera de dos mujeres que viven al mismo hombre, pero se da en pocos casos, a menudo nace cierta incomprensión y celos lamentables. Hadj piensa, le dirá, que él también tiene mucha suerte al haber elegido a dos mujeres tan diferentes y tan inteligentes. Pero añadirá: a Soumia no le queda más remedio que adaptarse a mis decisiones, lo que hace. No hará comentarios, añade que estará en París la semana siguiente, sin concretar ni el día ni la fecha.

Y ha llegado el martes, tres haber mandado un SMS en el aeropuerto para decirle a Sibylle que le prepare un buen café. Son las siete cuando llega al piso. Sibylle está escribiendo, pero lo deja para desayunar con él, antes de que se duche, y que otra forma de ritual amoroso los ocupe durante las dos horas que siguen, así hasta las doce. Hadj ha llegado con un maletín, en efecto, tiene un vestidor con todo lo necesario y más, en el piso. Es muy práctico, piensa Sibylle.

Cada vez que vuelven a verse, su apetito el uno hacia el otro está intacto, y Sibylle se pregunta si se debe al hecho de verse de manera episódica, con momentos de ausencia que mantienen ese deseo insaciable que tienen el uno del otro. No importa, lo importante es vivirlo. Y no se privan, Hadj y Sibylle son felices de verse de nuevo, está sorprendido de que no haya contactado con nadie.

— ¿Pero cómo lo sabes? le pregunta Sibylle, asombrada.

— Me lo dijiste por teléfono, contesta sonriendo.

Pero Sibylle no lo recuerda.
Sin darle importancia, pasan a otra cosa. Hadj tiene una reunión de negocios, un almuerzo, pero le pide a Sibylle que vaya con él para tomar café. Lo que acepta sin hacer más preguntas. Irá sobre las dos de las tarde. Hadj sale y Sibylle se pone a escribir, muy inspirada, con el cuerpo saciado, la mente despierta, es una sensación muy agradable, como si esta parte de ella que participa de manera activa en la escritura, era indestructible. Y lo es. Le confiere a Sibylle una sensación de muy segura de su autonomía interior, se hiciera lo que se hiciera, o hiciera ella lo que hiciera con su cuerpo, y es bastante regocijante después de gozar, constatar que es tan estable interiormente en la parte invisible de su ser. Y une esto con Dios. Hadj es creyente pero nunca han hablado del tema juntos. Se promete hablar de ello con él. El vínculo con Dios, tal como lo concibe, es indestructible, primero personal, luego sólo acercarlos, sin separarlos nunca. Es una certidumbre que Sibylle lleva teniendo desde hace algún tiempo – cuando ella nunca había pensado en Dios de esta manera, y sobre todo nunca había establecido una relación directa entre Dios y la escritura. Y se pregunta respecto a este tema, por qué nunca lo ha relacionado y por qué sólo se le ocurre ahora cuando vive una relación poco católica, marginada por esta creencia. Pero rechaza tantas cosas de la religión católica, que efectivamente, no ha forzado nada para alcanzar actualmente una Fe que supera ésa y convierte a Sibylle en una creyente un poco apartada

pero convencida. Es nuevo para Sibylle que integra la dimensión divina a su vida de manera muy natural. En fin, Sibylle está aún en plena evolución, la transformación sigue teniendo lugar, y lo que siente profundamente en ella está emergiendo. Hasta ahora ocultada, esta fe sale con impulso como un potente chorro hacia el cielo, vinculándola y protegiéndola de todas las interferencias que pueden alterar su escritura. Así es cómo lo vive Sibylle, incluso si ninguna explicación racional es, en este caso, satisfactoria.
Hadj le manda un coche para llevarla al Bristol, son la una y cuarto, no le ha dado tiempo a almorzar, coge unas nueces y almendras de paso, bebe un vaso de leche de quínoa, se arregla rápidamente, y baja pronto. El coche la está esperando y la lleva al Bristol. Hadj está en el restaurante con dos hombres y una estadounidense entrada en edad, una vez las presentaciones hechas, se sienta con ellos para tomar un café. Uno de los hombres no deja de mirarla, ella no lo mira pero siente la mirada en ella. No obstante, Hadj no dice nada. ¿A lo mejor no puede decir nada? ¿Cómo saber quién es quién por qué esta comida, por negocios, vale, pero por qué la mira así? Y ahora se arrepiente de haber elegido ese vestido tipo jersey de seda ceñido, es cierto, pero cuyos drapeados elegantes disimulan al mismo tiempo. Sibylle no estaría tan incómoda si Hadj no estuviera presente. Es raro, reacciono a la inversa del sentido común. No debería sentirme incómoda precisamente porque está aquí. Luego, decide ignorar esa mirada, y en

unos segundos lo consigue. La estadounidense acapara a Sibylle, pues ha leído su último libro publicado en Estados Unidos. Hablan durante mucho rato juntas, en inglés, por supuesto. Es mujer es inteligente, Sibylle ignora lo que hace, no se lo pregunta, pero su conversación es interesante, de literatura, filosofía, autores en general, algunos en particular. El hombre sigue mirando a Sibylle, hasta el punto que ésta se inclina hacia Hadj y le pide, al oído, que haga algo, pero le sonríe, no hace nada, simplemente pone su mano derecha en la rodilla izquierda de Sibylle. Pero el hombre sigue mirándola fijamente. Es exasperante, ya no lo puede ignorar, pero ahora lo trata con indiferencia. Por supuesto, la estadounidense se ha dado cuenta y le dice a Sibylle:

— Voy al baño, ¿me acompaña?

Sibylle se levanta, contenta de escapar un poco a esa pesada mirada que, sin embargo, la sigue.

— No se preocupe con él, creo que conoce muy bien a Hadj, y de hace mucho tiempo, y que intenta descubrir el misterio, para él, de su relación. Usted es occidental, lo que probablemente le sorprende, dice la estadounidense.

— ¡Pero no es una excusa para que me mire durante una hora! se exclama Sibylle.

— Sabe, esto es una reunión de trabajo, y cuando Hadj ha dicho que Usted vendría a tomar café, ha mencionado… vamos la ha calificado de esposa, su segunda esposa. Así que este hombre está intrigado, es normal. Debe de ser una de las únicas estadounidense en conocer bien los países de Oriente

Medio así como el Magreb, créame, está sorprendido. Es un saudí, dice la americana mientras se peina.
— Bueno, la creo, ¡pero es desagradable! dice Sibylle riéndose.
— Se lo admito, contesta la estadounidense.
Luego, vuelven con los hombres que están en plena conversación en árabe. Media hora más tarde, una vez terminados los cafés, se separan y cada uno va a vivir su vida parisina. Y el saudí, al besar la mano de Sibylle, lo que ha sorprendido ésta, le dice:
— Ha sido un honor conocerla, espero que algún día vaya a Arabia Saudí, será bienvenida.
— Si Hadj me lleva, por qué no, se lo agradezco, el honor ha sido para mí, contesta Sibylle por la mayor satisfacción de Hadj, le parece.
En el coche que los lleva de vuelta, Hadj le explica que ese hombre forma parte de la familia real, y que está sorprendido de ver que una mujer occidental como Sibylle, además escritora, acepta el papel de segunda esposa. Y Sibylle contesta:
— ¡Menuda tontería!
Lo que hace reír a Hadj que estrecha su mano en la suya probablemente a modo de aprobación.
Como Sibylle no gasta nada, pues Hadj se encarga de todo, su peculio personal aumenta rápidamente gracias a sus derechos de autora. Por fin ha encontrado un editor francés un poco atípico, una especie de editorial nueva de tipo asociativo con el nombre inspirador de “Vibrations Editions”.
Y su primera novela para esta estructura saldrá para el Salón del Libro de París en febrero que viene. Y

Sibylle sigue escribiendo. Largas conversaciones con Hadj, y es nuevo dado que, piensa Sibylle, toda nuestra relación giraba alrededor de la sexualidad, pero Hadj la ha desengañado.
— En absoluto, siempre he considerado de ti la mujer intelectual, el caso es que me gustas más allá de todo lo que he conocido hasta ahora con las mujeres, pero probablemente esa parte de ti haya sido determinante para mí. Nunca he hablado realmente con una mujer, dice.
— Al principio, tampoco hablabas conmigo, dice Sibylle.
— Sí es verdad, pero existía tu cabeza, y me gustaría poder poseerla al igual que tu cuerpo, pero sé que nunca podrá ser y puede que esto también me excite.
Luego Hadj y Sibylle han hecho el amor, dulcemente esta vez, pero con esa fogosidad interior, este impulso el uno hacia el otro que sólo cambian para aumentar. Es muy extraño para Sibylle, y probablemente para Hadj también, y Sibylle se siente pegada, fusionada físicamente con este hombre al que quiere – pues lo quiere – de manera poco corriente, muy fuerte, muy única, es más fuerte que ellos y sus cuerpos ya no tienen secretos para el otro cuando los dos consiguen siempre encontrar puntos sin explorar, el goce desconocido o la prohibición deliciosa.
Ningún fallo, sólo un crescendo infinito que se apodera de ellos como una sinfonía ardiente en cuanto sus pieles se tocan, incluso se rozan, y es lo

más asombroso. Sibylle recuerda a menudo esa frase que, según cree, es de Sacha Guitry: “El amor es una cuestión de piel, ¿y qué quieren responder a tal cuestión?” Y también es verdad, el amor físico, la maravilla es que el amor está ahí con también una auténtica relación intelectual.

Hadj se ha vuelto a ir después de otra noche inolvidable, y algunas conversaciones sobre unos temas importantes. A Hadj le gusta que Sibylle no siempre opine lo mismo que él, lo que defiende muy bien, y a veces Hadj cambia de opinión cuando ella nunca intenta convencerlo de nada.

— Estamos de acuerdo, en unas ondas a veces distintas que encuentran en alguna parte, ahí donde menos te lo esperas. Y después de haberlo dicho, en la entrada, a punto de irse, la ha penetrado de pie, rápidamente, diciéndole suavemente:

— ¡The last for the road!

Goce del valioso instante que de nuevo los va a separar para un encuentro por venir más fértil aún en sorpresas. A Sibylle le gusta estar siempre disponible para Hadj, lo ha elegido, y ha elegido bien, ahora lo tiene más claro que nunca.

Y una mañana, sobre las diez, Anty ha dado noticias, la ha llamado al móvil. Le informa que va a París la semana siguiente, sobre todo quería saber cómo está. Sibylle le dice que todo va muy bien, y que le encantaría verlo para almorzar por ejemplo. La volverá a llamar en cuanto esté en París.
Luego, Soumia ha llamado al fijo para saber si estaría disponible pronto, pues le gustaría ir. Sibylle le dice que puede ir a su casa, pues ya habrá terminado el libro en curso y tendrá tiempo para estar con ella. De acuerdo, Soumia estará ahí el lunes ocho.
Sibylle ha llamado a Hadj respecto a Anty, diciéndole que le gustaría verle. A Hadj no le supone ningún problema e incluso le ha dicho que tiene por qué pedirle permiso, pero que le daba las gracias por haberlo hecho. ¿con muchos matices, Hadj? piensa Sibylle, inteligente, sabe lo importante que es para mí "mi libertad".
Sibylle ha visto a Anty al que ha invitado a almorzar en el Ritz. Han charlado mucho, le ha enseñado donde vive pero no le ha dejado subir, no le apetece. Su divorcio ha terminado, Anty sigue viviendo solo, pero tiene una pareja, una mujer de treinta años, informática y sin historias, que lo sabe todo, e incluso sabe que ama a una Sibylle que se fue de su vida.

Anty no se siente ni feliz ni infeliz, ni triste ni alegre, es según el humor del día, sin mucho entusiasmo hacia un futuro que había imaginado al lado de Sibylle, pero que ella ha decidido de otra manera. Entonces, Anty vive las cosas tal como se presentan, sin más.
— Pero estoy bien, ¿y tú? pregunta.
Y Sibylle le cuenta la escritura, el editor, el francés de nuevo, y Hadj como un hombre aparte. Incluso habla de Soumia.
— Desde el principio sabía que eras una mujer fuera de las normas, no sabía que lo eras hasta este punto, contesta.
A Anty le gustaría ver a Hadj, a lo mejor vuelve a Marruecos dentro de dos meses, por negocios, le avisará, pero encarga a Sibylle de transmitirle sus amistades.
— Gracias por transmitirle mi amistad, mi recuerdo, y mi admiración por haberse atrevido a coger la felicidad ahí donde se encontraba para él.
Y luego Anty se ha ido, quizás un poco más encorvado aún que antes. Es lo que ha visto Sibylle. Pero ha dado media vuelta para añadir:
— ¿Sabes que Aurélia se ha ido a Marruecos para vivir con un marroquí? Ha dejado al marido y a los niños, se divorcian, dice.
— No, no sabía que estaba hecho, sabía que se lo pensaba muy en serio, dice Sibylle.
Anty se ha ido, esta vez de verdad. Sibylle está sorprendida de que Soumia no se lo haya comentado, ya lo hablarán la semana que viene.

Y Soumia ha llegado, Sibylle le ha dejado la habitación de invitados, con su cuarto de baño, Soumia se ha extasiado ante las vistas, después de haber saludado a Sibylle. Ha guardado sus cosas, y le ha dado a Sibylle noticias de Aurélia, de su nueva vida.

— Para ella, es una revolución, sabes, dice Soumia. Pero creo que es feliz y Omar es simpático con ella, espero que dure porque es particular o capaz de serlo, en realidad, no debería casarse con él. Ha agotado a varias mujeres, a las que maltrató después de algún tiempo. Así que espero por ella que se ha tranquilizado, sino mandaré a Hadj para que lo solucione. ¡Pero no hemos llegado a esto! ¿¡Entonces somos las dos esposas?! dice Soumia riéndose.

— ¡Sí! Somos las dos esposas, retoma Sibylle riéndose.

— Bueno si quieres almorzamos en el Ritz, me gustaría que fuéramos juntas, ¿vale?

— Vale, por cierto, ¿has visto a Aurélia allí? pregunta Sibylle.

— Sí, la veo una vez a la semana, se quiere convertir al Islam, parece una marroquí y le gusta, ¡pero no ha llegado, como nosotras, al nivel de las dos esposas! dice Soumia riéndose.

Luego añade:
— Sabes, Sibylle, si lo prefieres, puedo hospedarme en el Ritz, me lo tienes que decir, no dudes en hacerlo, ¿vale? Quiero que nuestra relación tenga todas las posibilidades de seguir en armonía. Tenemos que sentirnos totalmente libres una en relación con otra, dice Soumia.
— Así es como lo entiendo también, me siento libre contigo, sigo estándolo, dice Sibylle saliendo de la habitación dejar que Soumia termine de guardar sus cosas.
Soumia no ha pedido visitar el piso ni tampoco ver el dormitorio de Sibylle. Está bien así, a Sibylle no le apetece que entre, de momento es mejor así, luego ya veremos.
Han hablado mucho en el Ritz donde han almorzado.
— Sólo me quedo tres días, pero me apetecía estar de nuevo en contacto contigo, ¡viendo los acontecimientos tan inesperados! dice Soumia.
— Sí, llevas razón, has hecho bien. Cuando vaya a Rabat, no quiero ir a vuestra casa, iré al hotel, dice Sibylle.
— Ya lo veremos, dice Soumia misteriosa.
— Nuestra situación me parece increíble, ¿no? Hace ya varios años que nos conocemos, y nunca me habría imaginado que llegaríamos a esto, dice Sibylle.
— Yo sí, desde que nos conocimos supe que interesabas mucho a Hadj, pero estaba Anty al que quiere mucho. Y cuando volviste, aprovechó, no me extraña. Os gustabais lo dos, se veía claramente, pero

confieso que no vi que ya lo habíais consumado durante tu último viaje, dice Soumia.
Y han pedido un almuerzo digno de una fiesta. Hígado de pato y langostas, ¡para celebrarlo!
— No sé cómo ocurrió, pero ocurrió, y nuestro deber es vivirlo bien, creo que Dios es el punto de referencia y el proveedor, no creo que exista la casualidad en un destino. Me siento mucho más oriental que occidental, es muy curioso.
— ¡Lo eres! Lo eres de verdad, tengo amigas francesas y estadounidenses en Rabat, también una inglesa, ¡darían gritos si estuvieran en nuestro lugar! Tienes un real lado oriental, y yo tengo una pizca de Occidente, una pizca, y todo me parece formidable. Pero Hadj es un hombre excepcional, dice Soumia.
— Es verdad, no voy a ser yo la que te diga lo contrario, dice Sibylle.
— ¿Tienes ganas de tener un hijo? pregunta Soumia.
— No, de momento no, aquí tengo demasiadas cosas que hacer con mis libros y su puesta en marcha, hay mucho trabajo, las revisiones, ¡en fin! No, de momento no. Y estoy contenta de estar en París, disponible para Hadj, dice Sibylle.
— Lo entiendo, yo también me alegraré de recibirte, estás en tu casa, lo sabes, dice Soumia.
Pero realmente, Sibylle no ve cómo puede vivir una historia con Hadj bajo el mismo techo que Soumia, impensable, además sabiendo que sus relaciones íntimas son ardientes… Pero no le dice nada a Soumia y prefiera guardar esta cuestión delicada para ella, a Hadj.

Luego es una tarde de compras, Soumia ha venido a eso, y Sibylle la acompaña, no la guía, Soumia sabe lo que quiere y a donde ir. Luego Sibylle para en la tienda Nain Bleu para comprar juguetes para los niños.
Sobre las siete de la tarde, al volver a casa, Soumia está agotada. Hadj llama a Sibylle, como de costumbre, coge el teléfono en su dormitorio mientras Soumia se ducha y guarda sus cosas.
Es una llamada erótica, hacen el amor por teléfono, la hace gozar desde Rabat donde se encuentra, y su excitación llega al clímax, dura, tres cuartos de hora gozando juntos y con orgasmos en común, al mismo tiempo, como siempre, como cuando están juntos físicamente.
Antes de colgar, Sibylle no le ofrece a Hadj hablar con Soumia, de hecho, tampoco lo pide, lo que estaría fuera de lugar después de lo que acaba de ocurrir. Sibylle no le comenta la llamada a Soumia que está en la cocina haciendo un té de hierbabuena fresca traída de Rabat.
Las dos mujeres están muy cómodas juntas, este día ha sido agradable, Soumia se va pasado mañana por la noche, planean ir juntas al Palacio del Descubrimiento al día siguiente, lo han restaurado por completo hace poco, y Sibylle aún no ha ido. Soumia ha pedido cita en Guerlain para unos cuidados por la tarde, así que irán por la mañana y almorzarán cerca de los Campos Elíseos. Se acuestan temprano pues Soumia está cansada, y de repente Sibylle necesita estar sola, y se lo dice a Soumia.

En los sueños de las mujeres,
La noche, entre Cielo y Tierra
Y uno mismo y los demás, cuáles son
Los fantasmas que
Pasan, vienen y
Se alejan, cuando de
La noche a la mañana, para el
Día siguiente, las ondas
Se colocan para una
Armonía por encontrar,
Un bienestar que asumir,
Una alegría o una pena
Por desalojar, saborear,
Superar.
En los sueños de las mujeres,
Unos pasos por venir, por ir,
Por volver y volver a ir
Así como unas victorias o
Unos fracasos por integrar, por
Comprender y revisitar
Para dejar de reproducir de los
Segundos lo que las primeras
Sin embargo permiten.
Y así van las sombras de
La noche, furtivas y
Heladas hasta el
Alba que las absorbe
Con mucha intensidad
Para llevarlas a subir al
Cielo de un día más

Sin que éste se caiga
Encima de ninguna cabeza.
En los sueños de las mujeres,
Por la noche, un hombre vuela,
Es seductor e exigente,
Es el esposo, el marido,
El amante e incluso en su
Ausencia, su presencia es doblemente
Sentida.
En los sueños de un hombre
Por la noche, dos mujeres
Abrazan de él, lo que en
Otros tiempos, conocieron
Solas, para convertirlo
En un ramo de armonía
Que el viento llevará alto
En el fuego de esa iluminación que se cierra sobre dos cuerpos cuando los corazones por dentro y alrededor están en armonía gracias a esa exigencia que libera el Amor cuando, del compromiso al acuerdo, de repente afluye una pasión, improvisada, y que este amor se debe vivir. Pues pasar al lado sería profanar la voluntad de Dios que organiza los encuentros y convierte a sus hijos en los mensajeros del amor en acción.
En los sueños de las mujeres,
En los sueños de un hombre,
La noche prodiga buenos consejos y
Amor, la noche cierra o
Abre las puertas cuyos umbrales, una mañana,
Habrán pasado, si va todo bien.
Y en este caso, va todo bien.

Una vez que se ha ido Soumia, Sibylle está aliviada, la próxima vez le dirá que vaya al hotel, en efecto, Sibylle necesita su soledad, y en cuanto a esto, su relación con Hadj es perfecta. Sólo está con ella de manera puntual y nunca durante mucho tiempo, lo que conviene perfectamente a la creatividad de Sibylle. Es extraño cómo la soledad ahora es importante en su vida, nunca lo habría imaginado cuando vivía con Bert, luego con Anty, nunca. En realidad, entonces, pocas veces pasaba la noche sola. ¡Y ahora se pregunta cómo podía pasar todas esas noches en una cama con hombre! Ya le resulta imposible. E incluso cuando Hadj está con ella, se queda con él por la noche, pero duermen poco, pues están ocupado el uno con el otro. En realidad, sólo puede pasar noches enteras con Hadj, pero sólo es de manera episódica, y si estuviera siempre, no sabe si aguantaría. Como no se plantea esta cuestión, la respuesta de momento es sin importancia.
De nuevo sola, Sibylle se ha puesto a escribir, pero hace un descanso durante el día para ir a andar, y a menudo, va caminando desde la Plaza Vendôme hasta Etoile o a la glorieta de los Campos Elíseos, o a otro lugar, cerca de Europe 1. Luego vuelve a casa a pie, escribe de nuevo, toma un té en el Ritz o en

casa, y escribe de nuevo hasta que la llame Hadj, que siempre o casi siempre es puntual: las siete de la tarde, en Rabat, ahora son las nueve, antes o después de cenar, según si tiene o no una velada.
Sibylle ha adoptado un ritmo que le conviene, es muy solitaria, escribe mucho, y no sale o muy poco para ir al teatro, sola, o al cine, sola, en efecto, no tiene ganas de ver a nadie cuando escribe así. Lo que Sibylle no sabe, que probablemente no llegue a saber nunca, es que un ángel de la guarda muy especial la protege. Un guardaespaldas contratado por Hadj, que la sigue a todos lados, sabe donde se encuentra las veinticuatro horas del día y procura que esté segura. ¿A no ser que le hayan encargado vigilarla? Hadj es el único que podría decir de qué se trata realmente. Sibylle, por su parte, cree que está totalmente libre, y actúa en consecuencia.
Por lo tanto, Hadj sabe todo lo que ella hace, y entre lo que ella le comenta y lo que el vigilante hace constar en su informe, es exactamente lo mismo. Hadj está muy satisfecho con esta especial organización que ha puesto en marcha, pero si Sibylle lo supiera, se pregunta cómo reaccionaría, y prefiere eludir esa hipótesis que le hace temer lo peor.
Sibylle se cruza con frecuencia con un hombre en el portal de su bloque, siempre ha pensado que este hombre vivía en el bloque, y vive ahí, pero no sospecha que Hadj le paga para protegerla.
La vida sigue sin tormentos, vigilan a Sibylle las veinticuatro horas del día, Hadj vuelve todos los

meses durante tres días como mínimo, una semana como máximo, pero puede cambiar, le dice a Sibylle. Sibylle ya ha publicado una novela en francés, y el Salón del Libro ha ido muy bien. “Vibrations” es una editorial simpática, las personas que trabajan ahí están muy pendientes y están atentas a sus autores, de los que Sibylle ahora, forma parte.
Y cada vez que viene Hadj, de nuevo esta pasión, esta sensualidad a flor de piel, este goce, estos rituales siempre diferentes a los que Sibylle ha añadido velas e incienso desde que ha descubierto una tienda que vende en París, el Oud auténtico que Hadj le había traído una vez de Arabia Saudí. Por lo demás, su imaginación y sus pieles se afinan en el pentagrama de esas notas que los nimban con un ritmo siempre descubierto de nuevo para este acorde perfecto que sigue siendo de actualidad. Una vez, Sibylle se ha preguntado si Hadj vivía lo mismo con Soumia. No ha llegado a hacer la pregunta, sin embargo, Hadj ha contestado:
— No tiene nada que ver con Soumia, nada. Tú… y la había penetrado como si ella hubiera sido una flor que se abre para él, y sólo para él, y a Sibylle le gusta este exceso de Hadj que quiere poseería, tenerla y guardarla para él.
Quizás le guste este aspecto porque le escapa totalmente por su libertad de espíritu, esta forma de libertad que aumenta su imaginación, donde encuentra ideas, personajes y palabras para decirlo. A Hadj le gustaría poseer su cabeza, pero no puede, y lo lleva a tener acercamientos sensuales, a un

erotismo exacerbado que confiere a Sibylle unas noches fuera de lo común, y sobre todo fuera de las normas. A Sibylle le gusta más que cualquier otra cosa los brazos, el cuerpo, la manera de gozar y de hacerla gozar a ella de Hadj. Esta armonía tórrida entre ellos es tan magnífica, Sibylle está plenamente satisfecha y al mismo tiempo le gusta satisfacer sus menores deseos, se abre como una flor, lo envuelve de sensualidad, lo guarda en su interior con voluptuosidad, Sibylle y Hadj todavía no han agotado, desde hace ya más de un año, los miles y millones y mil millones de esbozos eróticos y gestos delicados que los llevan al séptimo cielo del goce que les gusta tanto juntos. Sibylle excita a Hadj que la sigue turbando tanto cuando, con una suave caricia, ya la posee, está bajo el increíble poder que ejerce Hadj sobre ella. Y Hadj, él también, está obsesionado con Sibylle. Al principio, pensaron que iba a armonizarse disminuyendo, de manera más tranquila, pues el tiempo pasa, pero en absoluto, la ausencia es un terrible estímulo, y si permanece la armonía, aumenta la excitación y el deseo que sienten el uno por el otro. Es una forma de infinito en la relación sexual, una forma de tentación permanente y los tabúes saltan como candados bajo el impulso de una energía desestructurante, quebradiza, para liberar nuevas fuerzas desconocidas que no sabían en ellos. Realmente es la relación pasional y ardiente más tranquila que haya pues Sibylle hasta ahora ha sido fiel, y que Hadj sólo toca a Soumia en raras ocasiones, ya no se siente muy

atraído por ella, Sibylle ocupa sus pensamientos todo el día, y la siente en su cuerpo de manera tan intensa que a veces se alivia solo, simplemente pensando en ella. El amor por teléfono de vez en cuando, cuando ya no aguantan más la espera, Sibylle y Hadj son felices. Se quieren. ¿Cuál es este tipo de amor en el que el sexo se convierte en un motor imparable? Un amor global, incluyendo a los dos, excepto lo que está en la cabeza de Sibylle y que no es, nunca será accesible a Hadj. Y esto, probablemente sea uno de los factores que mantiene vivo ese deseo y esa excitación permanente hacia ella. Con todo lo que Sibylle tiene en la cabeza, y que se manifiesta a través de la escritura, entre otras cosas, tardarán en tranquilizarse a nivel erótico. Y al mismo tiempo de forma paradójica, Hadj se siente muy feliz con ello. Pero Sibylle es suya, así es cómo entiende la relación.

Cuando ocurren muchas cosas, a menudo uno tiene la impresión de que no ocurre nada, pues las tormentas y movimientos interiores, ardientes, tienen en el espacio de la interioridad una intensidad muy ardiente, y en las apariencias, nada se puede ver de esos impulsos y esas bellezas que atraviesan el ser y lo alzan hasta unas dimensiones por descubrir, hacia unas cimas absolutamente invisibles a baja altitud. Y de vibraciones en situaciones precisas, unas ondas pasan de un ser a otro para vincular, unir y amar.

Ocurren muchas cosas en el interior de Sibylle, amontonan en la puerta de la creatividad a todos los niveles, y la escritura es su primera y principal

expresión. De resultas, ha escrito una novela erótica, no lo ha comentado a Hadj, y le ha hecho la sorpresa.
Una mañana sobre las diez – hora francesa – Hadj ha llamado a Sibylle.
— Me gustaría pasar unos días de primavera contigo, coges el avión París-Tánger, me darás la hora y el número de vuelo, iré a recogerte al aeropuerto, quiero llevarte a un lugar de ensueño. Te necesito, te echo de menos. Te vuelvo a llamar esta tarde a las siete, ¿intentas coger un vuelo para pasado mañana?
Por lo tanto, Sibylle se ha precipitado andando a la RAM, en la avenida Opéra donde ha cogido un vuelo para el sábado, dentro de dos días, sólo hay dos vuelos a la semana, así que no puede elegir. Por la tarde, le ha dado los datos del vuelo a Hadj, y le ha preguntado qué tipo de ropa tenía que llevarse. Todo con lo que estés guapa, no podrás bañarte, demasiado fresco todavía, pero nunca se sabe. Pues Sibylle ha previsto un bañador ya que nunca se sabe.
Maleta hecha con rapidez, llena con muchos vestidos sexy, también unos vaqueros con sus legendarias camisetas blancas que compra aquí en París, y unos zapatos de tacón sexy, y un par de Nike, vaya, un poco de todo.
Estaba lista para irse, el sábado, un coche viene a recogerla para llevarla al aeropuerto de Orly, en dirección a Tánger, el sol y su amor Hadj.
La espera en el aeropuerto. Locos de alegría los dos, viene bien porque Sibylle ha terminado su novela

erótica, y se lo dice, pues no puede resistir. Y Hadj le dice:

— ¡Uy! ¡Una novela erótico, me voy a poner celoso!

— ¡Pero Hadj, sólo es una novela! No es real, es una ficción.

— Ya veremos, ya veremos, pero está entre chanzas y veras al decirlo.

Hadj la lleva, ella se abandona, feliz de que elija y se encargue de todo. El chófer le abre la puerta al llegar. Y Sibylle descubre un hotel, un lugar, un espacio de vida, como hay pocos. Una playa despliega su arena blanca e impecable en kilómetros. El mar tiene un color mágico entre el verde y el azul, una superficie metálica, y la espuma de las olas, largas más que altas, en kilómetros también. La piscina rodeada de jardines y, por fin, su habitación. Una suite de lujo, reproducciones de cuadros de grandes pintores. Un salón y una terraza dominando el mar, del mismo tamaño que la habitación, un pasillo, un cuarto de baño y el dormitorio, amplio, ventanas correderas en dos lados de la habitación, el conjunto dominando el mar. Es divino, tan hermoso que deja sin aliento. Han llegado las maletas, Hadj deja bote y cierra la puerta. Unos escalones para unas escaleras majestuosas que bajan hasta el mar después del césped donde la vegetación, plátanos y palmeras, despliegan sus colores en los acentos rosas de las buganvillas que se mezclan. Un paraíso, ¿qué más se puede decir? Los cuadros representan a las

favoritas a los pies o al lado del maestro. El conjunto tiene mucho gusto, exquisito. Cortinas gruesas y escarapelas que las sujetan, Hadj las cierra en las dos ventanas correderas, el aire acondicionado está puesto, lo para. Luego quita la colcha de la cama, y coge a Sibylle por la cintura.

— ¿Te gusta? Nos quedamos ocho días, si no te gusta, vamos donde quieras… dice antes de basarla en la boca, cortándola así la palabra. Ella gime, él le quita la ropa suavemente mientras la acaricia, las maletas están en el gran vestidor con puertas de cedro, huele bien.

El cuerpo de Sibylle se entrega, ya sólo es playa de piel bajo deseo devastado, ardiente, Hadj juega con ello con arte consumado del amor, sobre todo ahora que la conoce bien y sabe dónde y cómo debe tocar para que ella se derrita de placer, lo que hace.

En la inmensa cama, es Hadj quien lleva las riendas, y saca de Sibylle los suspiros lentos o jadeantes, los gemidos y las frases que sabe destilar tan bien para que la excitación de Hadj lo domine al igual que su poder sobre ella también la domina en la expectativa del gesto fatal, sésamo del orgasmo que los dos saben aguantar al extremo. Durante dos horas, se aman así en un largo goce casi ininterrumpido durante el que muchos orgasmos animarán el cuerpo de Sibylle. Se quedará sin aliento, lo aumentará de nuevo el deseo de Hadj. Y dos veces, conocerán esa ola común del orgasmo rompiente de la eyaculación de Hadj en las olas íntimas del goce de Sibylle. Fuerte, muy fuerte, como un mar de fondo que lo tira

todo a su paso. No hay palabras, nada por decir, callar o explicar. Sólo una cama devastada y la felicidad de estar abrazados en este fatal cuerpo a cuerpo que los atrae uno hacia el otro hasta la fusión o la comunión, Sibylle no encuentra ninguna palabra, y por un escritor es el colmo, para este ritual amoroso, erótico que Hadj lleva con cuerpo y manos de maestro. Están agotados, felices con este reencuentro y se duermen uno dentro del otro durante una hora larga. Son las ocho con se despiertan.

Sibylle, desnuda y todavía atractiva para Hadj, guarda sus cosas y las Hadj mientras éste se da un baño en la bañera grande donde ella se meterá también para unos juegos de manos muy excitantes. A Sibylle le parece que podrían hacer el amor más y más, pues su apetito por el otro es tan grande. Y en el agua, de nuevo, consigue empalarse en él, deliciosa verga, mientras se vaciaba la bañera y ha hecho todo lo posible para que él no pueda aguantar mucho tiempo, bailando y girando alrededor de su sexo atrapado por el suyo. Gozando de nuevo, un extra al lado de la actuación anterior, pero qué extra más delicioso. Luego se han vestido para ir a cenar en el restaurante en una terraza que domina el mar.

Sibylle tiene la sensación de que esta tarde y la actuación en el baño se leen en su rostro y en su cuerpo, Hadj le dice riéndose que le sienta bien. Le parece guapo, con su sonrisa deslumbrante, su encanto de tranquilidad devastadora, y su mirada directa que nunca parece estar mirando ahí donde se

ponen sus ojos, sino en otra parte, ahí donde lo esencial abunda en lo invisiblemente correcto donde las causas son exigentes, y los efectos menores.
Cada vez, Sibylle se siente más maravillada por Hadj que está cada vez fascinado por esos ojos oblicuos y las curvas tan bien repartidas en esa delgadez increíble.
Como unos imanes, como las dos mitades de una misma manzana, como un guante en una mano, como una vaina sobre su espada, se sientan bien, se armonizan de maravilla el uno con el otro, y tanto Sibylle como Hadj, están a punto de pensar que es esto el amor, y que la felicidad, también es esto. Además, no sabe por qué pero Sibylle cree que es la única mujer con la que Hadj disfruta así, al igual que él es el único con el que conoce esa ardiente locura que el goce les hace disfrutar de manera tan intensa. Es una impresión segura, cierta, en el fondo sabe que es porque se trata de él, que es porque se trata de ella. No obstante, la perfección hasta tal punto tiende a preocuparla, pero rechaza ese sentimiento negativo que ahuyenta de su cabeza, no quiere pensar en ello.
Y totalmente entregada a esos ocho días que empiezan tan bien en este paraíso que se llama “Le Mirage”, sonríe a Hadj en una serenidad y una tranquilidad que para ella son la continuación de la intensidad de su goce.
Luego, la noche será tranquila hasta las tres y media, cuando Hadj, sobresaltado, la volverá a penetrar mientras duerme, consentidora y lánguida, flexible y sin embargo reactiva, para un orgasmo muy suave,

entre sus brazos, vuelven a dormirse hasta las ocho, hora muy tardía tanto para ella como para él.
Sibylle se pregunta donde Hadj encuentra esta energía inagotable, Hadj dice que la encuentra en ella, cuando la mira estén donde estén, tiene ganas de ella de inmediato y goza al no precipitarse, a hacer esperar su deseo, para ella también, manteniendo así su excitación, le encanta. A ella también.
Mirándose a los ojos o incluso sin mirarse si están en compañía de unos amigos o conocidos, sus juegos no cesan, Hadj sigue enchufado en el cuerpo y la piel de Sibylle quien está también en la expectativa del momento en el que la excitación, llegando a su clímax, se corre en público, ya le ha pasado. Hadj lo sabe enseguida, lo que le excita mucho, además sabiendo que nadie se ha dado cuenta. Están locos el uno por el otro y el resultado es esa bulimia erótica que los une y saca de ellos un goce y unos orgasmos hasta entonces inimaginables para tanto para Sibylle como para él.
Unos días fuera del tiempo en el Mirage, cerca de Tánger, unos días tan exitosos, tan sumamente hermosos ante esa puesta de sol admirable en sus múltiples diferencias, nunca la misma, cada vez igual de maravillosa, siempre en movimiento de un día para otro e incluso el mismo día cuando se declina en capas luminosas que jaspean los anaranjados y los rosas que aparecen en el cielo para fundirse luego en la noche a veces sin estrellas. Es magnífico, Sibylle está inspirada, empieza un libro

de cuentos que le inspira este lugar admirable donde el tiempo a la manera de Lamartine, suspende su vuelo. ¿Qué más se puede pedir? Hadj, los brazos de Hadj, su cuerpo, esa inmensa cama, el amor y el lugar tan hermoso. Tal belleza envuelve a Sibylle de manera que durante los últimos cuatro días, se levanta sin haber tenido intención de hacerlo, a las cinco de la madrugada y escribe hasta que Hadj se despierte sobre las siete y media, las ocho. Es cierto que este ambiente es muy inspirador, los colores, la luminosidad, lo que Sibylle vive con Hadj. Todo la lleva a escribir, Hadj no se lo reprocha ya que luego le dedica todo el día. Hadj la lleva a visitar unos lugares que conoció de niño, como la bahía de Tánger, espléndida. Van a cenar fuera, visitan Asilah, una pequeña ciudad encantadora en la costa, en fin, es una estancia paradisíaca con la que uno sueña, pensando que no existe. Y luego, el ambiente, los dueños, dos hermanos amigos de Hadj, han convertido este lugar, el Mirage, en una casa, Sibylle tiene la impresión de estar en casa. La hospitalidad a la manera marroquí, en un hotel, realmente es como si uno estuviera en casa, es lo que siente Sibylle que está muy a gusto. Y ya está pensando en volver cuando aún está ahí.

Otra vez, ocho días en crescendo.

Sinfonía para dos en total acuerdo.

Sueño o realidad, ¡qué más da!

— Sibylle, me pregunto si no te voy a pedir que vengas a Rabat, en una casa, necesito verte, te echo de menos, dice Hadj mientras cena con ella en la

terraza del restaurante, el día anterior al viaje de vuelta.
— No creo que sea una buena idea, Hadj, porque viajas mucho y al final no nos aportará nada más. He adoptado un ritmo de trabajo intenso, y de momento, no tengo ganas de entrar en otro movimiento. Así estamos bien, contesta Sibylle.
— Bueno, llevas razón, pero a veces me languidezco de ti en Rabat, dice Hadj.
— No está tan mal, si estuviera siempre contigo, terminarías por cansarte, ¡y prefiero que no llegue a ocurrir! ha dicho Sibylle riéndose.
Hadj no ha insistido, de momento se da cuenta perfectamente de que Sibylle no tiene ninguna gana de ir a vivir en Rabat. Quizás tenga razón, piensa. Y probablemente tenga razón.
Sibylle se va en una nube, tanta belleza en ocho días, es divino. Le da las gracias a Hadj que la lleva al aeropuerto, le ha ofrecido salir desde Rabat pero ella se ha negado. Está contenta de volver a casa para escribir y estar sola de nuevo, no se imagina para nada con Soumia, Aurélia y compañía, se lo dice a Hadj a quien le hace gracia.
— Tú, Hadj, vale, pero también las mujeres, y las quiero mucho, pero ahora mismo no, necesito estar sola, le dice Sibylle que le deja entender que le gustaría hacerle un último favor en el coche, pero que el chófer está de más.
— La próxima vez, conduciré yo, dice simplemente, con la mano en su muslo.

Hadj ríe, Sibylle también, al final esta despedida es alegre, es agradable separarse alegre para volver a verse mejor, aún más felices dentro de algún tiempo, Hadj no sabe exactamente cuando, acaba de tomarse ocho días libres, y tiene mucho trabajo, pero le parecía ser importante. En efecto, Hadj estaba estresado antes de esos ocho días benditos, y echaba mucho e menos a Sibylle.

En el avión de vuelta, Sibylle piensa que un amante oriental es otra cosa, de verdad, ha escuchado tantas barbaridades respecto a este tema que no imaginaba que pudieran ser tan civilizados, solícitos y atentos. ¿Quizás Hadj sea una excepción? También había leído un libro sobre este tema, una mujer que se vio presa, no recuerda donde, tras haber sido una amante plenamente satisfecha, y también hicieron una película, sobre una estadounidense que se casa con un árabe para luego no saber cómo salir de ahí.
Pero para Sibylle sólo es felicidad, nada más que felicidad.
Sin embargo, en el avión, por primera vez, Sibylle se pregunta si ¿realmente los placeres terrestres valen algo? ¿Acaso sería posible que los deseos terrestres no valgan nada? ¿o no más que la rapidez con la que vuelven? Es una pregunta que antes nunca le había llegado a la mente, nunca. Pregunta que se impone a ella durante todo el vuelo, intenta pensar en otra cosa sin conseguirlo. Sólo es cuando vuelve a casa, en la soledad de su piso, que consigue olvidarlo. Aquí todo está tranquilo, el silencio y las vistas a París y

la plaza Vendôme iluminados, y este baño de soledad tras las locuras que hicieron con sus cuerpos, Sibylle se siente realmente muy feliz de verse sola de nuevo, lo necesitaba. También piensa que si hubiera aceptado coger el avión en Rabat, habría sido para ella una pesadilla. No, a partir de ahora le es indispensable estar sola, e incluso Hadj al que quiere, en dosis homeopática, está bien, muy bien. Sibylle se pregunta lo que le está pasando, antes no era así. Pero una cambia, ¡prueba de ello! La gente evoluciona, olvida algunas cosas y elimina otras, y algún día, se ve tal como es, en ese asombroso camino de la evolución.
Sibylle se ha acostado con placer después de haber tomado una sopa de sobre, contenta de estar sola, tranquila, sin coacciones, sin más presiones que le sueño que muy pronto se ha apoderado de ella, estaba cansada. Cansada pero feliz de seguir de nuevo su propio ritmo.

La felicidad está presente
Pero ¿qué es esta felicidad?
Cuando uno la imagina material,
Cuando la descubre física,
Cuando uno la experimenta así,
¿Cuándo el alma se alimenta con ella?
¡Cuando el ego la coge!
Cuando ésta boga, y el Yo con él,
En las ondas de los deseos satisfechos
En las orillas del placer siempre
Renovado, entonces la pregunta

Es: ¿si todo esto desapareciera,
Acaso la felicidad persistiría?
¡Queda por demostrarlo!
La felicidad es esa alegría sagrada
Primero en Dios, y luego en
El Corazón que nos convierte
En el niño dispuesto a
Renunciar a todo para
Sólo aceptar lo que ofrece
La vida en el platillo de
Una balanza cuyo único peso es
Lo Divino y su medido es el
Servicio.
Y probablemente ser útil
Al mundo y a la humanidad
Sea la parte esencial de esa
Felicidad que no pide nada más
Para si mismo, pero que entrega
La más absoluta compasión,
Esa moderación
Que armoniza Dios cuando
Esa felicidad es vivida sin
Más espera que Él, todavía
Y para siempre.
Y así, ante la mirada de Dios,
La felicidad se desarrolla pues
Entonces, sólo viene de Él.

¿Pero a dónde va la vida?

Un fuerte eco sereno,
Una fuerza desconocida
Luego una energía que
Emerge lentamente
No obstante rápidamente
Como una salida de
Sol en la orilla del
Mar, avanza sobre la
Arena y la conquista.
Una tranquilidad profunda,
Una potencia desconocida
Un despertar diferente, agudo
Una sensación extraña,
Nueva e iluminadora,
Como si una vieja piel
Caída, mudada, olvidada,
Dejara sitio a la flexibilidad
Inusitada de la nueva que
Viste con su centelleo
Al ser entero.
Y descubrir quién éramos
Sin saber aún quien vamos a
Ser en esa

Transformación de
Dulzuras amargas a veces
Agrias o dolorosas
Que tenemos, que
Atravesamos.
Y entrever esa puerta
Abierta de par en par
A la luz de otro
Plano que no obstante está aquí,
Pero también
En otro lugar.
El cuerpo se adapta, unas fuerzas
Se mueven, construyen su
Camino para que la energía
Nueva, dejando lugar al
Antiguo, se pone e invade
Al ser por completo, lo
Físico también, y hasta
En todos lados.
Es este descalabro
Es este eco conmovedor,
Es esta tranquilidad aún
Incierta y esta profunda
Serenidad todavía movediza
Que le confieren a la mujer
Que los vive a lo largo de
Meses, a veces años,
Sentido y soltura para
Convertirse únicamente
En un instrumento
De lo Divino, por fin.

De sufrimientos en dolores y de podaduras en desenlaces, es de renuncia que está hecha esa alba cuando se despierta triunfadora, en la orilla de los diamantes donde caen en cascada las luces reflejadas en la Tierra por un Cielo brillante con los colores de las cualidades divinas por fin disponibles de las que Dios es el gran proveedor.
Hace ya diez años que Sibylle dejó Estados Unidos, hace diez que tiene con Hadj una relación poco común, casi perfecta que ya no la satisface, y le gustaría que encontrara una tercera esposa, lo que piensa hace, le ha dicho. No es que Sibylle se haya cansado de él, en absoluto, se siguen llevando igual de bien, él le cuenta lo que hace, de las negociaciones y otros proyectos que tiene en el marco de las responsabilidades en el seno del gobierno del que forma parte. Sibylle, muchas veces, lo acompaña a unos coloquios interesantes a los que participa, y esto hace muy feliz a Sibylle, está satisfecha, es apasionante para ella en el seno de su relación. Y Hadj sigue estando igual de ávido, loco por ella, pero simplemente sus nuevas responsabilidades desde hace tres años han frenado el ritmo trepidante de su relación sexual que se ha estabilizado sin cambiar de intensidad. Cada vez es nuevo, aunque se conozcan perfectamente, con la ayuda de los tesoros de su imaginación, se siguen sorprendiendo tanto.  No, a este nivel, todo va bien, es más allá ¿quizás en lo absoluto? Sibylle llega a un momento de su vida, ahora unos cuarenta años triunfales, pues su cuerpo sigue siendo el mismo,

probablemente es la ventaja de ser más bien delgada, sí, está llegando a un momento de reflexión existencial profundo, que le agarra la vida y el corazón de manera cotidiana, como un futuro en gestación, una aventura en desconocido mayor, al mismo tiempo está abierta al mundo y a los demás y en profunda reflexión en cuanto a la evolución de este mundo en función del potencial de unos y otros. Y esto le conviene totalmente a Hadj en sus funciones, aprecia sus intercambios, sus conversaciones, las utiliza, se inspira de ellas y luego hace un trabajo eficaz.
Pero, cada vez Sibylle necesita más soledad. Al final, Hadj ha conseguido que acepte una casa en Rabat donde va de vez en cuando porque le suplica. Hace dos años, vendió su piso de la plaza Vendôme para comprar una pequeña casa encantadora en Meudon en una inmensa avenida bordeada de árboles, barrio residencial, en el que está a gusto. ¿Por qué Meudon? Ha preguntado Hadj. ¡Por qué no! Ha contestado ella riéndose. Está un poco en las afueras de París, y es un sitio más tranquilo que la plaza Vendôme y los alrededores con la ópera muy cerca. La vida de dos se ha equilibrado de manera distinta y Sibylle pasa más tiempo con Hadj que lo pide y quiere casarse con ella. Sibylle no lo ha rechazado, está dudando. Están muy bien así, ¿no? Sí… ¿Entonces? Entonces quiere casarse con Sibylle, pero ésta no ve lo que les va a aportar.
— Para ti, es mejor, ha dicho Hadj, es una legitimidad…

— No creo, tengo mi propia legitimidad respecto a mi trabajo, a lo que soy, ¿no? ha dicho, cortándole la palabra.
— ¡No te pongas nerviosa! Es cierto, pero con un hombre es más sencillo, mucho más sencillo a todos los niveles, en Marruecos por supuesto pero también en Francia, dice Hadj en tono bastante firme.
— ¡No veo a dónde quieres llegar! Estoy con un hombre, ¡hace diez años! Y todo va muy bien Hadj, muy bien. No tengo ningún problema, no entiendo que insistas con este tema, dice Sibylle en un tono un poco cansado.
— Escucha, sólo te pido que te lo pienses un poco, no es mucho, piénsatelo. Ya está, y Hadj, mientras lo dice, se inclina para besar la mano de Sibylle, quien se ríe.
Ya no hablarán del tema mientras Sibylle no haya tomado una decisión, piensa que de nuevo le dirá que no y todo habrá terminado.
Diez años, una década, un tramo de vida. Anty ha desaparecido por completo, se fue a Australia con su pareja, por dos años. Otros mundos, otras relaciones, otros horizontes, le manda mails a Sibylle para saber cómo está y describirle este nuevo mundo en el que a lo mejor se quedará, su pareja se ha ido al cabo de tres meses, echaba de menos Estados Unidos. Está solo y sigue pensando en Sibylle.
Aurélia, por su parte, a la que Sibylle no ha vuelto a ver… está cambiando de idea respecto a su amor marroquí, pero permanece en Rabat, porque no soporta volver a Estados Unidos después de un

fracaso. No sabe lo que va a hacer. Aurélia escribe a menudo a Sibylle, le comenta que tiene muchas ganas de volver a verla sin se concretice nada. Los días pasan, los años pasan, ¿cambia la gente? Probablemente. Y Hadj sigue siendo igual de guapo. Sibylle sigue siendo igual de atractiva para él, y al revés. Soumia tuvo un cuarto hijo, Sibylle no sintió ninguna impresión particular, simplemente la felicitó, y a Hadj también. ¿Es Sibylle feliz? No es infeliz, es un hecho. Pero no quiere casarse con Hadj y ha tenido una conversación respecto a este tema con Soumia, quien la ha llamado a Meudon.

— Sabes, por un lado, lleva razón, pero por otro, quizás tengas una buena sensación. En efecto, si te casas con él, entonces otra ocupará tu lugar, y entonces a lo mejor tú y yo tendremos problemas – perdona – porque no sabemos quien será. En fin, haz lo que quieras, pero quiero que lo sepas. Normalmente, con los demás hombres es así, pero es cierto que Hadj no es como los demás, ha dicho Soumia.

Sibylle piensa que probablemente lleve razón, pero no había caído en absoluto en este aspecto del problema. En absoluto. No le preocupa para nada, si Hadj estuviera con una tercera mujer… elle tendría más para si misma. Pero no es por esta razón muy egoísta que no desea casarse con Hadj, en realidad no sabe muy bien por qué, aparte del hecho que está a gusto así, y que no cambiaría nada para ella. Por lo menos todavía es libre, y para ella, fuera de su

compromiso con Hadj, es muy importante. Muy importante, por lo menos para ella.

Y la evolución va por la vida,
Viene y vuelve a irse
Para convertir a cada
Ser en un último recurso
En el mar, en el océano
De una humanidad que los
Lleva o los hunde,
Buque en perdición
No obstante salvador,
Y de mundo celular
En olas de piel,
La transformación
Opera y boga la salvación
En la voluntad de Dios.

A veces, le llegan a Sibylle frases, prosa o versos, que dan ritmo de ella, en ella, un intercambio, una relación y a veces un impulso o un retroceso, como un asta o un banderín que le indica a su corazón, a su alma, el recorrido justo, la palabra o la frase, cuando el orden no es ni racional ni lógico. Pero Sibylle los reconoce y los convierte en unos largos lazos melodiosos cuyo ritmo la lleva a merced de un mundo paralelo del a veces capta las bellezas la mayor parte del tiempo inasequibles.

De amores bonitas en lentas
Destrucciones, disgregaciones
Donde los sentimientos se marchitan,
De vida tímida en actos atrevidos,

De las leyes se expresan, se chocan
Y se superponen para empezar
A falta de precisión, justicias
Cuyo corazón está ausente.
Y de fuertes presunciones en
Faltas veniales, uno se
Venga, y uno encierra para
Evitar que lo peor genere
Lo mejor, pues ¿por qué
Sería imposible
Reanudar los vínculos seguros
Con el orden interior
Conectado con el orden
Divino en cósmico mayor
Y telúrico menor?
El conjunto convierte al ser
Humano en la formulación
Verbal del sonido emitido para
Cada uno por Dios.

Y las palabras nacidas de ninguna parte se abalanzan sobre Sibylle para enrollar en su cabeza sus precisas farándulas, sus alegres rondas, sus conmovedoras verdades, innovando y empleando como accesorios todos los pensamientos superfluos, pesados, inútiles.
Y de palabras gorgoritos
En terceros pensamientos
Alegres, las historias
Nacen, las poesías
Evolucionan mientras

Amenizan la vida cotidiana en páginas descriptivas, sugestivas, evolutivas de las que los libros formulan llenándose de bellezas sutiles o realistas que hablarán a todos los que las leerán.
Sibylle está impregnada por las palabras que corren, ríos deslumbrantes deslizándose por su corazón y cayendo en cascada en los bonitos guijarros que pisa su vida de novelista.
Sibylle vive con las palabras, las considera, las planea y las ordena sin forzarlas nunca o cambiarlas después, sin nunca hacerle la afrenta de considerarlas demasiado o no bastante, son lo que son, aparecen, evolucionan en ella, la sorprenden o la empujan suavemente guardando un espacio consecuente en el que se le invita a elegir, escuchar su ritmo sin cambiarlo, para hacerlas más flexibles y alegres al oído y a la interioridad que recibirá su impacto ya vivido por ella.
A Sibylle le gustan las palabras y elle le gusta a las palabras, se instalan ahí donde ella evoluciona, vive y ama, adornan de diversidad los diversos impulsos, variando con mucha libertad, las resonancias, las consonancias siempre revisadas y corregidas por muchos escritores, lo que los hace más recalcitrantes, se vengan de éstos, escapándose, complicándoles la tarea, fustigándolos durante días y días para mostrar su poder de resistencia a todos esos supuestos escritores o autores que, al no cooperar con ellas, querrían controlarlas a su antojo. Pero Sibylle es el contrario, las percibe en su ritmo, les agradece evolucionar y entregarse, a veces incluso imponerse,

mientras dócil, ella las recibe con gratitud para no neutralizarlas o utilizarlas a su manera – como hacen muchos – pero dejando que vivan su vida, domesticándolas casi con un ardor que reconocen y en el que se precipitan. Todo esto es bastante alegre, y Sibylle sabe devolverle a las palabras la fiesta que le hacen permanentemente. En esa complicidad, una especie de energía nueva ha nacido, de esa apertura que Sibylle practica con respecto a las palabras que van hacia ella para hacer sus vidas, y la viven hasta tal punto que a veces, Sibylle que las respeta con mucha atención, las siente muy inventivas, posarse en ella, transformándose de repente en una palabra desconocida que nace de manera tan espontánea, que su evidencia en cuanto a su significado no deja lugar a dudas, para nadie. Sin embargo, ¡esa palabra no existe! Pero Sibylle, hacia quien se dirige la palabra, acepta su disonancia de la que nace esa famosa evidencia que la seduce de inmediato. Entonces, rodeándola con comillas, permite que esa palabra exista a partir de entonces tal como ha ido hacia ella, nuevo de cualquier referente. Y Sibylle da las gracias por esos regalos que han bajado hacia ella, se la han confiado, y tiene el deber de emplearlos correctamente.

La historia de Sibylle con las palabras es una extraña historia de la que pocos conocen la importancia, Sibylle le sienta bien a las palabras que necesitan esa misma libertad que ella les concede fácilmente ya que sabe su importancia. Y así las palabras van hacia

Sibylle. Y así van los sueños que crean, las puertas que abren y los sentimientos que rebosan de ellas.
Es su tranquilidad interior la que atrae las palabras hacia Sibylle y su cadencia en la que la historia toma cuerpos y frases, eligiendo sus propios protagonistas a merced de una improvisación cuya inspiración es la instigadora.
Y cuando está en plena historia paralela con las palabras, Hadj le pide de nuevo a Sibylle que e case con él. Pero sale la palabra, perentorio y seca: ¡No! Y Hadj no puede entender que forme parte de la vida de Sibylle y no de la suya. Hadj busca el "sí", pero el "no" lucha contra él, se opone va él porque no es cuestión para las palabras perder de Sibylle esa libertad que les encanta. No, es no. Y Sibylle, mitad riéndose mitad seria, acepta ese no de la resistencia, de alguna manera es la suya, pero sobre todo es la de un ejército de palabras que se ponen firmes o se las arreglan entre ellas para estar muy disponibles para Sibylle, consciente de ello. Pues no se plantea no obedecer a esa intuición, que le llega de un nivel paralelo al que Hadj no tiene acceso. De hecho, algunas palabras han legado a la boca de Sibylle para expresar el hecho de es porque Hadj no tiene acceso a esos vínculos directos con las palabras y su mundo paralelo, que Hadj sigue estando tan pillado con Sibylle. Y probablemente las palabras tengan razón, piensa Sibylle sonriente. Pues este nivel paralelo – donde están almacenadas todas las palabras que, como cada ser humano, evolucionan – nunca ha engañado a Sibylle.

Sibylle siente que tiene el deber de no eludir lo que le llega de esta manera, incluso si no hace siempre lo que las palabras le dicen, le cuentan. En cualquier caso, nunca las transforma, siempre son ellas las que llevan a cabo esas transformaciones con la que luego Sibylle se atreve, acreditada de alguna manera, por ellas.
He aquí lo que le ha tocado a Hadj a su pesar, he aquí las palabras que ordena a Sibylle y cómo los dos viven al mismo tiempo la escritura de Sibylle, y su vida privada todavía igual de ardiente.

Donde es cuestión de infinito
Donde da miedo
Donde tranquiliza
Donde cansa
Donde queda atrancado
Donde sigue,
Forzosamente…

Dicen que no hay amores felices, dicen que nada vale el amor pero que el amor no vale nada cuando es desperdiciado y moldeado por las malaxaciones de lo mental que lo persigue y quiere acotar su belleza intocable que sólo aparece cuando el amor es libre, sin ataduras, sin fronteras, sin más vínculos que el que lo convierte en una línea directa de lo Divino sobre la Tierra.
Dicen; dicen muchas cosas, ¿pero qué vivimos y cómo lo vivimos con el otro, los otros? ¿Qué hacemos con él?
Después de haberlo encontrado, cuando lo encontramos,
Después de haberlo estimado, más o menos,
Después de haberlo tenido como tenemos…
Después, después, ¡he aquí a veces muchos tormentos, muchos malentendidos, muchas

servidumbres y muchas desilusiones! ¿Existen los amores perfectos? ¿Y acaso son perfectas? ¡Parece ser que la vida cotidiana, las costumbres, la promiscuidad de dos cepillos de dientes todo el día en un mismo vaso, hacen a veces, a menudo muchos estragos o por lo menos son propicias!

Un amor como el de Sibylle y Hadj es excepcional en si, y la década durante la que los ha llevado, lo demuestra y lo atesta. Pero qué es una década, ya un mundo, pero una gota de agua en una vida, un soplo que pasa y desvela dos rostros que se aman, dos cuerpos que se gustan, sensaciones, bellezas, entregas de uno mismo y entregas materiales. Todo esto está bien. Muy bien.

¿Pero podríamos imaginar un amor donde las cabezas, al igual que los corazones, se reconocerían para lanzarse juntos, en dos cuerpos acordados en plena armonía sexual también, pero que no sería esencial, sólo resultante?

¿Podría ser que un hombre y una mujer inventen una pareja diferente, de alguna manera una nueva fórmula, amar en globalidad, estar en el mismo velero cuya vela estaría hinchada por el viento Divino que lo propulsaría únicamente en el sentido de la vía de servicio? Un amor total, global, donde las edades no tendrían ninguna importancia, donde todo se ordenaría con la única armonía de lo Divino con el ojo de Dios como único punto de referencia y la Luz de la Fe iluminando el camino por recorrer entre dos. A pesar de las religiones, a pesar de todo, o gracias a ellas, importa poco, estar en el viento del

Espíritu y obrar juntos pues cabezas, almas, corazones, cuerpos y sentidos se encuentran de nuevo en la misma concordancia del tiempo de estar, para servir mejor, y hacerlo juntos. Una complementariedad de los polos yin y yang para un equilibrio más hermoso, una fuerte estabilidad, una profunda alegría y una llamada interior el uno hacia el otro en el orden divino de las reglas espirituales comunes incluso si las confesiones son diferentes.

¿Podemos imaginar el Amor con una "A" escuela de vida, de los sentidos, del servicio, entre dos, en un mismo camino ancho, abierto al mundo, y tan inclusive que nada ni nadie podría separar a pareja diferente incluso gnóstica? Un Amor divino que vivir en la Tierra en ese rigor que acerca y une sin atar, sin crear esos vínculos afectivos inútiles que reducen en vez de unir. Amar hasta ese punto en una libertad total respetando la soledad de cada uno, necesaria a cada uno y a los dos. Estar lejos de las contingencias materiales, estar lejos de las servidumbres, que pasarían unas como otras debajo del umbral de la consciencia para dejar de sobrecargar y amputar la belleza de estar dos para generar juntos el orden sagrado sin remisiones, con toda la alegría posible en crear y evolucionar para la conciencia en general, y la de cada uno en particular.

¿Se puede amar sin hacerlo locamente, sólo con la fantasía suficiente para que la alegría y el humor puedan embragar para superar las negatividades que no tienen que existir en el Amor? No arreglar el Amor, vivir con él, entregar y comunicarlo para que

se perciba su Belleza innovadora, pues la belleza de amar está gravada en el corazón de cada uno y la belleza de vivir está gravada como un sello en la del Amor.
¿Se puede decir que si el encuentro es excepcional, y cuando lo es, que todo se debe hacer en función de ese Amor y con, para no pasar al lado de un ser con el servir a Dios se convierte en una alegría profunda, una fuerza evidente, una energía trascendente?
¿Se puede convertir el encuentro en la sal de un momento por vivir en la eternidad desde el primer segundo, y en la miel de una infinitud satisfactoria por explorar entre dos para obrar en lo más justo, en lo más fuerte, en lo más consciente de lo que es lo Divino? ¿Se puede?
¿Se puede pretender conseguir Amar así, cuerpo porque es importante, cabeza porque es primordial, corazón porque es esencial? Sí, es el triángulo de oro, el tríptico, la ley del Amor divino como una concordancia, una evidencia, una alegría profunda, una vía que el corazón anuncia y reconoce, anticipa y persigue en cuanto cruzó esa mirada, esa fuerza y esa atracción a las que puede convertir por Amor, en el Amor, y con él, en la prioridad de vida primero en Dios, y luego con el otro, con esa pareja que elige Dios para responder a la aspiración de la que la búsqueda es la valiosa vía, de la que el corazón es el metrónomo, el catalizador, el adaptador y la apertura ineludible.
¿Por qué, se pregunta el autor, no hacer que diga Hadj, o Sibylle, Soumia, Aurélia o Anty, en diálogos,

lo que es del ámbito de la reflexión, de la hipótesis, en fin, de la investigación? Pues unos personajes de novela son perfectamente capaces de entrar en las profundidades de la psique y de sacar de ellas unas ideas que podrían ayudar al lector, como saben hacerlo algunos autores en busca de personajes que tienen un sentido o sentido. Pero, a este nivel, el autor no ve la necesidad, pues además los personajes están ocupados en retomar el aliento para seguir a su nivel, a evolucionar o a intentar sobrevivir. ¿Y qué serían unos personajes filosofando cuando sus vidas requieren acción, introspección, decisión? Por esta razón, el autor se hace a si mismo y por lo tanto a los lectores, las preguntas que podrían ayudarnos a entrever las bellezas del Amor, y las necesidades de la vida para abrir una ventana al servicio que el autor juzga como muy importante en cuanto Dios ha podido tocar el corazón de quien sea. Y su corazón fue tocado. Lo es.
¿Cómo es posible para un autor de alguna manera ignorante pero aspirando a ese Amor?, ¿cómo le es posible imaginar? Probablemente aspirando porque entonces la inspiración le llega, y le sería posible ir al lugar exacto donde Dios tendría previsto una cita donde tiene que ir para que tenga lugar el encuentro. Esto vale para todos y cada uno, y a menudo uno duda en dirigirse a algunos lugares, sitios un poco extraños, olvidados por el turismo y fuera de circuito… Ocurre. Pues atreverse a ir ahí donde no va nadie, ahí quizás haya una persona que espera al

autor o a uno de Ustedes, lectores, sí es posible, pero no es seguro.
Todo esto para decir que en realidad cada una tiene en alguna parte a su cada uno y al revés. Y la dificultad es que raras veces se cree que esta eventualidad es la del Amor, y no de un encuentro trivial en casa de unos amigos o en otro lugar, ahí donde Dios ni siquiera sabía que Usted se empeñaba en ir, o quizás si lo sabía ya que lo sabe todo, ¿y acaso no estará metido en la jugada? Tenía otros planes que Usted ignora, otras vías que Usted no ve, otro motivo que Usted aún no sospecha. Esto en la eventualidad según la que Dios forma parte de su vida, en la que ya le ha otorgado o dejado un sitio, un espacio, Usted hospeda lo Divino antes de convertirse en una auténtica lámpara humana del Espíritu. Eléctrico, Usted lo es, ¿pero cómo darle al botón para que se encienda todo? Sencillo y muy complicado al mismo tiempo, Sibylle ha entendido que la evolución y la transformación van cogidas de la mano por etapas más o menos lentas, umbrales más o menos altos, y el conjunto sacudido con pruebas y alegrías, renuncias y penas sacudidas como en un shaker para cócteles fuertes, y beber de un trago no le gusta a todos, pero basta con que algunos lo intenten para incitar a otros a que sigan este ejemplo donde la evolución está en el eje del mundo a la vez interior y exterior por explorar, por recorrer hasta el Amor, a partir de unos sentimientos que, sin serlos indican, no obstante, la dirección.
Pero ya hemos charlado bastante sobre el Amor,

Hablar de él lo disminuye o incluso
Lo mata. Y si de verdes estaciones
En amores estallados, escalar
La montaña subiendo abre
La esperanza y motiva el entusiasmo,
Está claro para el corazón que
Este camino es el único donde se
Reconozca la legitimidad que
Le ofrece lo Divino cuando uno
Lo alcanza.

¿Podría ser que al encontrar el amor del mundo uno encuentre el del otro, y que el amor del otro lleva al del mundo en la ascensión hacia Dios que tanto uno como el otro suponen para consolidar sus bases y honorar la belleza del mundo y del otro el vínculo directo con Dios, por lo tanto con el Yo encontrado, vivido, expresado en función del servicio?

Puede ser que el Amor en su futuro ordenado en el porvenir de cada uno, sea para el ser divino o incluso gnóstico, en la Tierra, la única manera de vivir llevando a la absoluta compasión cuya regla absoluta de lo Divino a la obra es la clave del misterio que nos alarga Dios para llegar a Él. De belleza en serenidad, de tranquilidad en precisión, de abandono a Dios hasta ese estado puramente mágico del cuerpo donde cada célula vibra en él en la luz del prana necesaria, en el estado de Amor, encontrar el sentido de la precisión y amar de amor humano trascendido a lo Divino y dentro de él, un hombre, una mujer, porque Dios lo propone para mejorar todos los parámetros humanos, en la Tierra, del

servicio, es, sin lugar a dudas, el camino por elegir en la visión y el eje de una vida holística dedicada a Dios. No obstante, aquí no se trata de sexualidad, aunque se mantenga de manera clara y transparente en la globalidad del hombre, de la mujer, que entonces son responsables juntos de su salud y de su clara definición humana y divina al mismo tiempo.
¿Podría ser que un ser que haya alcanzado la Sabiduría y la conciencia celular plenamente despierta pueda vivir sin sexualidad? Es un hecho, está en el orden de su acceso al pleno poder de Sí mismo en la única dirección de Dios, pero la sexualidad sigue siendo uno de los medios posibles para convertir en plena una relación global a la gloria de Dios, y si este medio se utiliza correctamente, no debe alterar ninguno de los centros energéticos del cuerpo humano físico porque el cuerpo etérico de los dos miembros de la pareja encontrará la correspondencia directa y común a esa consagración a Dios, indispensable al mundo y a la humanidad que gestiona lo esencial. ¿Puede ser que ya, un ser humano funcione así? Podría ser que esa mujer, quizás ese hombre, estén a punto de conocerse, que ya esté hecho, que su unión llamada bíblica esté a punto de nacer en el mundo en el orden nuevo cuya espiritualidad sería, es el clímax común a los dos y necesario como prioridad de cada uno al igual que para los dos. Una pareja, una auténtica pareja, consciente de Dios y amada por Él al igual que cada uno y todos, pero preparado para rendir

homenaje a Su causa a través de su encuentro que no puede ser fruto de la casualidad.
Cuando el invierno hiela los
Procesos naturales, hay
En el sol de
Navidad, toda la simbología
Necesaria a un nacimiento,
Sea cual sea, con ese
Potencial de Cristo de vuelta
Cuya potencia de la
Luz está directamente
Vinculada con Dios.
En ese particular momento
De un año, el encuentro
Toma nuevos colores
Todas divinas en las
Miradas atraídas de uno
Hacia el otro. Y si por ventura
Dios forma parte de esa
Cita que Él ha sabido
Planear en un rincón
Del mundo donde el Amor
Espera para por fin nacer,
Entonces, dos ser prometidos
El uno al otro en Su
Corazón benévolo, asumirán
Quizás el alegre peso
Del Servicio compartido donde el
Conocimiento florecerá los
Juegos de órganos celestiales, donde
La pareja encontrará, entre dos,

Inspiración, vínculo directo y
Estudios apropiados para
El Servicio que se anuncia en
La responsabilidad que
Tomarán en el camino
De estrellas donde Dios los ha colocado.

¿Podría ser que el lector entienda o entrevea con claridad, incluso por el intelecto, esa potencialidad de lo divino de la pareja comprometida aceptando directamente de Dios la garantía sagrada de una unión a Su servicio para el futuro y el porvenir de la humanidad entera? ¿Podría ser que el lector considere a esa pareja posible en la óptica de un Amor tan global que nada humano si tampoco afectivo podría perturbar su destino así trazado por la mano de Dios en la red creada para servir a la humanidad?

¿Puede ser que cada uno tome conciencia de la utilidad a nivel humano tendido hacia Dios, de la necesidad de tal pareja con el destino de Amor aún desconocido actualmente? ¿Podría ser?

En la fuerza de las estrellas de un momento de eternidad, una media luna suspendida en mitad del cielo hace frente a una estrella brillante que la domina no en vertical, sino por el lado izquierdo, como el corazón latiendo de una noche fuera de lo común. El 28 de agosto de 2006, en el cielo africano emerge esa belleza del cuarto creciente en preparación, un mes justo antes del Ramadán, así como una firma tan simbólica que el dedo de Dios ha trazado de su creación.

¿Podría ser que este libro y la historia de Sibylle con Hadj y al revés sea la fase premonitoria de un destino en progreso hacia una perfección segura de la que el cuerpo físico, base indispensable, estaría él también, en plena transformación? Podría ser, efectivamente.
Pero para volver a Sibylle, protagonista de una novela que termina, pero abierto para siempre en el corazón de cada uno, sería bueno leer las varias lecturas que se aplican y emergen para no perder el vínculo del que Hadj es uno de los poseedores, al igual que Anty o Soumia, ellos de manera más inconsciente. En efecto, cualquier novela es una pequeña ventana abierta a cada corazón y el mundo, que se puede ver con la mirada y el lama para una visión, una ojeada de esa otra dimensión hacia la que la imaginación, a veces premonitoria, convierte la memoria del mundo en la cantera en presente de un futuro hacia el que se debe tender en toda la perfectibilidad posible por el hombre, la mujer.
¿Puede ser que el alba del Amor esté en plena aurora como un suspiro de ángel de vuelo luminoso que nos trae del soplido divino la potencia por expresar y la tranquilidad necesaria a su expansión entre nosotros, en la humanidad?
Es posible, pero cada uno deberá decidir si esas potencialidades en plena evolución forman parte de su futuro al igual que el de la humanidad entera a través de cada uno.
Es posible.

Sibylle se siente feliz, pero aquí la felicidad está en tela de juicio, aparece con sacudidas como si las pruebas e instantes difíciles en períodos más o menos largos, se burlaran, por lo mental, en el corazón que los asume y a veces los aguanta para otros, en el lugar de otros. Lo que es, al mismo tiempo, en el orden de las cosas y perfectamente anormal. En efecto, que cada uno se las apañe, tendería a decir Sibylle, nuestro personaje, pero aún le queda mucho camino por recorrer en esa vía de la evolución y de la transformación que le ofrece sus vías múltiples, sus aspectos difíciles y al mismo tiempo sus maravillas. Sibylle está en fase, como todos, de realización, y si la vía que ha tomado en esta novela es fácil a nuestro juicio, a ella le cuesta. Y en cuanto a la pareja respecto a la que nos interrogamos, Sibylle aún está muy lejos de alcanzarla al igual que Hadj que sin embargo tiende a ella. De esos matrimonios anunciados y de connivencia que se hacen en algunos países, en algunas zonas y por ciertas razones, entre otras formar una familia… hay que pensar que los planes de Dios respecto a este tema al igual que con otros siempre nos sorprenderán. Cambios radicales pueden producirse seguidos por unos encuentros perfectamente inesperados que podríamos haber considerado imposibles. Pero nada es imposible para Dios quien guía a cada uno hacia donde tiene que ir. De esos periplos a veces también inesperados, nacen unos encuentros de los que Él es el Maestro absoluto,

luego le corresponde a cada uno reconocerlos como tal o no.
Sibylle y Hadj se han beneficiado de tal encuentro. ¡Y han hecho con él lo que han querido o podido o debido! Es su responsabilidad, y ésta ha tenido lugar a nivel amoroso únicamente.
¿Han tenido razón o se han equivocado? No es la cuestión, ¿pero en qué la han convertido, qué han sacado de ella? La relación de la pareja con Soumia, la primera esposa, es interesante y Sibylle aprende mucho, abre su corazón después de haber ignorado a Soumia, en su nueva felicidad donde la sexualidad la maneja a su antojo. Hadj también evoluciona, es más abierto que muchos árabes a nivel de posesión absoluta. Pero manda que la vigilen, lo que ella no sabrá nunca, y mejor pues esa historia habría terminado antes, y la novela también.
Sibylle y Hadj forman una pareja modelo de alguna manera, en efecto, abren juntos ese diálogo Oriente-Occidente y viven juntos, uno y otro, las tradiciones, la libertad, la evolución que mantiene su pareja unida y al mismo tiempo permite que evolucionen las mentalidades de los dos hacia una mayor apertura por el otro, por los otros, en el respeto hacia todos.
Sibylle lo consigue. Hadj también en función de Sibylle, pero no en función de otro hombre, ni siquiera con Anty con el que luego las relaciones se pierden. No vuelven a verse. ¿Casualidad? No existe la casualidad cuando la inspiración sirve una causa humana en el marco de la evolución global de la humanidad. Sibylle y Hadj, como Sibylle y Anty o

Sibylle y Bert, permiten que la pareja de un paso, y Sibylle progrese con rapidez, con esfuerzos, en su propia evolución. La cuestión es: ¿se necesita divorciar para ello? En Occidente sin lugar a dudas. Es la razón por la que la relación con Hadj y la pareja que forman son tan importantes e incluso capitales en la óptica oriental que puede ayudar a quitarle dramatismo una situación que le parece inaceptable a la mayoría de las occidentales. Y que esto pase por el filtro femenino occidental en la relación resulta ser doblemente interesante. En efecto, es esa parte receptiva de la mujer que se adapta a una cultura, a una costumbre, ¿cómo llamar el hecho de que algunos tengan varias mujeres? Incluso si no es puramente religioso, ocurre más a menudo de los que nos pensamos. Y Sibylle, como occidental, la da un giro a las diferencias y las problemáticas al abrir su corazón a las problemáticas posibles que neutraliza desde el primer momento. Y por su lado, Soumia hace lo mismo.
Por supuesto, sólo es una novela, y el hecho de restarle a la dramatización que la caracteriza es ante todo una aportación femenina que se convierte en una experiencia evolutiva, lo que resulta interesante en este caso. Ahora le corresponde al lector imaginar el final a su antojo, es decir tal como puede. El autor no quiere interferir en esa relación que tendrá con los personajes de esta novela, en efecto es la única manera de dejar a cada uno una puerta abierta hacia su evolución con el fin de que su conciencia del momento tome la releva, lo que podrá indicarle

donde se encuentran en él, e afecto, lo mental, y la apertura del corazón de la que, por supuesto, es cuestión.
Sibylle y Hadj están aquí para permitir que se abra esa puerta y para abrir en el dialogo Oriente-Occidente, la brecha necesaria para que se juzgue menos, haya menos incomprensión, menos condenación, y esto en los dos lados de la barrera de los tabúes, de las fronteras que lo mental se esfuerza en erigir, pues rechaza sus propios referentes y formateados, para que considere la menor pizca de desconocido sin que se le vaya la olla…
Y Sibylle ha llegado a esta fase del "no" para el matrimonio. Es a su propia reflexión como personaje del que se ha apoderado su propia evolución, que la deja el autor, consciente de que esté llegando a una especie de sin retorno que la coloca en posición dominante de poder con respecto a ella, de alguna manera.
Pero el hecho de pedirle que se case con él, hace más vulnerable a Hadj que pierde el poder del sí para enfrentarse con el del no de Sibylle. ¿Culturalmente, podrá Sibylle cambiar de opinión en algún momento?
Es en este momento que la inspiración se extiende para todos para confundir a cada uno con su propia interioridad, sin ello el lector se vería arrastrado a su pesar en un final o un principio (¿…?) de historia que se le habría impuesto. Pero no, aquí el autor deja a cada lector el poder de la inspiración que tomará los medios que actualmente son suyos para imaginar

cómo seguirá la historia, si es que sigue, lo que no está claro en absoluto. Y al ser liberada así la inspiración por el autor, éste la tira como si fuera una pelota que coger al igual que la cogió él, no para apropiársela, sino para servir.

Pareja, te amo, cuando
Nos conviertes a través de la unión,
En el relevo de lo Divino que
La evolución necesita para
Convertir cada corazón en un
Potencial para cuidarte, para
Llevarte al cielo desde una tierra
Que busca los medios
Para que la humanidad viva mejor,
Esté más cómoda,
Más amada en unas
Relaciones humanas más justas.
Pareja me sumerjo,
Pareja te busco unas
Bases más fuertes, hechas de
Esencial y no de
Superficiales apariencias,
De Amor y no de afectos.
Pareja, me entrego abierta
A tus inmensas posibilidades,
Incluso en esa relación
Entre tres donde otra ha
Entrado antes que yo. No
Quiero, pareja, ningún drama,
Sólo Amor inclusive,
Pues ninguna separación

Sea cual sea. Y si
Un divorcio tuviera lugar, no
Sería consecuencia de mis hechos,
Sino de la imposibilidad
De otra para aceptarme.
Pareja, quiero tu felicidad,
No tu desdicha,
Pareja, quiero servirte, no
Odiar o sólo pensar en mí.
Pareja, eres el motor y
Como tal te respeto
Si el otro ya forma uno.
Pareja, no quiero mentir,
Es una base indigna para
Todos, inaceptable por el
Corazón de cada uno, y yo
No lo considero.
Pareja, quiero sumergirme
Dentro de ti al igual que lo estoy
En Dios, eres el regalo
Que no he elegido,
Que se eligió más arriba
Y que acepto porque
Recibir tiene un precio que
Estoy dispuesta a pagar.
Pareja, ya te quiero,
Incluso si el tiempo,
Suspendido sobre ti me
Lleva hacia ti con todo
El soplido divino que
Te acompaña hacia nosotros.

Pareja, te amo.

Que esta obra que trata de parejas a través de ese filtro femenino simbólico que representa Sibylle, pero también las otras mujeres como Soumia, Aurélia… sólo sea el escalón que las mujeres, y los hombres, deben subir para acceder los unos a los otros, uno a otro, incluso en ese dialogo Oriente-Occidente que me es tan importante.
Es cierto que Hadj le parecerá a algunos idealizado, no creo que lo sea, le confiero a cualquier oriental, a cualquier árabe, el poder de la dignidad, el del Amor y de la inteligencia necesaria frente a las mujeres a las que respetan porque el Profeta respetaba a las mujeres y las amaba mucho. El poder está intacto en Dios, y la integridad que domina es una de las características del hombre de corazón.
Abriendo aquí mi corazón a Oriente para dar un paso más hacia él, le abro en mi interior la puerta de Occidente que también forma parte de mí. En este intercambio, he querido que la mujer desempeñara un papel conciliador y de apertura, porque el Amor une y no puede separar. Con la ayuda de la inspiración, he reconocido ese polo femenino importante para el siglo que nace. Evidentemente, tanto en Oriente como en Occidente, muchas mujeres aún no habrán alcanzado este nivel, y los celos sigue haciendo estragos porque la mayoría del tiempo las exigencias sólo son personales. Pero Sibylle es un buen ejemplo de apertura, y el personaje me ha llevado por su vida, que he

respetado, incluso si algunas decisiones suyas me han sorprendido.
Hadj me ha fascinado al igual que ha fascinado a Sibylle, y cuando corría debajo de mi pluma su sonrisa o sus manos, debo confesar que me seducía, y me habría gustado conocerlo de verdad. Pero el encuentro ha tenido lugar, en mi interior, para todos vosotros, lo que abre a la realidad su potencial masculino tranquilizador y seductor, pero también muy responsable. ¡Muy responsable!
Lector, le entrego esos personajes, esas parejas que a veces evolucionan con dificultad y esos corazones con pena capaces de conocer la felicidad. Sólo soy la herramienta de una dimensión que toma la humanidad en plena evolución, y sólo transmito lo que, un día probablemente, ocurrirá. Y cada uno es una de las bases probables incluso posibles. Para que vean hasta que punto nos concierne.
Al haber escrito este libro en Marruecos enfrente del mar, con el horizonte como medida de infinito e incluso de eternidad, se lo dedico a cada mujer, a cada hombre, a todos, como una invitación de unos hacia los demás en la medida de una evolución a ser posible consciente que abrirá a los corazones las diversas vías de los amores e incluso clandestinos, hasta ese Amor inclusivo capaz de compartir y que en una segunda etapa podría llevarnos a todos hacia el Amor absoluto relativizado humanamente por unas fronteras obsoletas, separatividades ilusorias e inutilidades mediocres con las que se le disfraza demasiado a menudo.

¿Acaso le pertenecemos a alguien, excepto a Dios voluntariamente o totalmente sometido?
¿Se puede pretender que hombre o mujer, e incluso esposo, esposa, nos pertenezcan?
Ilusión de las ilusiones, espejismo en las aguas turbulentas de las mareas del tiempo en el que la evolución tiene lugar, pertenecerle al otro, primero consiste en pertenecerle a Dios, y lo digo y lo mantengo, en esta vía, la parte femenina de mi ser reivindica como un deber de cada uno con Dios.
Y si se prohíbe tener a varias mujeres en una democracia, en una república, y dañinas para el déficit de la seguridad social, lo admito, no quisiera cambiar nada.
Sin embargo, en el corazón de cada uno, de cada una, ver la vida de manera distinta respetando las reglas y leyes del país en el que se reside es el deber por excelencia de cualquier hombre, mujer, pareja.
De ahí el interés para todos de un intercambio horizontal multicultural en la una verticalidad común que puede evitar muchos excesos y desviaciones. Aquí, sólo es cuestión de adoptar la precisión de una adaptación que no agrede a nadie, en el respeto de cada uno.
Es un camino muy largo al que nos invita la pareja Sibylle y Hadj.
Y los amo a los dos por lo que son, también en su pareja.
No hay ni la menor pretensión en este libro, sólo es una clave entre otras pues el Amor, para mí, es el

pase más seguro para abrir todas las puertas cerradas. Y todavía sigue habiendo demasiadas.

Que Dios los ampare.

Los ama.

Sépanlo.

## Tabla de contenidos

**Del mismo autor**

**1. Novelas**

Sur les Traces du Nazaréen
Les liens invisibles (Erótico)
Histoire puissance trois
Catherine la solide Insolite
Ouergane
Rama
L’œil de cristal
Chronique d’une Approche Théorique
Au fil des modes et aux toi de la vie
L’Ampli-Roman
En passant par Mimizan
La Gouve
Conte de Jor
Samia et demie
Un Couple en marge
D’ici et D’ailleurs
Octave à Tanger
Vivelle
Dans les creux de la vie
Marouerg
La Maison des non-dits
L’émeraude de Fès
En attendant Aïda
Le voyage d’Amina
Parenthèse à Malte
Set de femmes - Chronique tangéroise
Romantissime
On n’en Meurt pas…
La Ville
Cristal de femme
Rencontre à Madrid
Sur le pont d’un Maroc arc-en-ciel
Une femme au Sud
Une île au bout du Cœur

Asma/Chaïbia - une + une = Une
Tanja la magique
La Nuit du devenir
Face à Face à Tanger (Erótico)
Masque Démasque
Un Jour Une Vie
Sur les voies du deuil
La vie en pointillé
Générations
Nadia
Thaïe

**2. Ninos**

Contes de Portes marocaines (gratis)
Contes d'éthérique et de Vie
Venusia The Lady on Venus
La Branche Magique
Contes Planétaires

**3. Obras de teatro**

Mano
L'Amour en Question

**4. Testimonios**

L'Infini côté Cœur ou Gary/chellabi
L'amant d'un jour
Hommage à Sri Aurobindo
Lettre d'ailleurs
Codes codés encodés
Un jour en Asie
J'ai le Maroc au cœur
Sous sub conscient
Autoscan
Silence Solitude Service
Dialogue en Solo
L'enfer en technicolor
Chambre 137
De Bric et de Vrac
Mon Actuscan 1 (gratis)

« De la médecine entre autres… »
Mon Actuscan 2 (gratis)
« Du temps des gilets jaunes etc… »
Mon Actuscan 3 (gratis)
« Pour de plus justes relations humaines »
Mon Actuscan 4
« Médecine/Politique - Vie citoyenne - Évolution »
Mon Actuscan 5
« Nos Frères de l'espace, Les mondes et nous… »
Mon Actuscan 6
« L'Amour inconditionnel »
Mon Actuscan 7
« Transformation - Âmes sœurs - Service - Covid 19 »
Mon Actuscan 8
« Feu mon Ami »
Mon Actuscan 9
« Les Hauts de Hurletemps »

**5. Ensayos Sociopolíticos**

D'une citoyenne - réflexions sur le la les politique(s)
De Shamballa à Rabat
2001 : Les citoyens la politique
Manuel citoyen
Il sera une fois la citoyenneté
Citoyenneté : l'Avenir du Futur
Face : Gouvernance - Pile : Citoyenneté (gratis)
Rêve pragmatique, Engagement Citoyen
Entre nous commentaires et opinion (gratis)
Toi l'Enfant (derechos del niño) (gratis)
Supramental Mon Ami (Espirituales)
Haut et Clair Sur le fil politique

**6. Ensayos Filosóficos**

Essai sur la Beauté
Essai sur la Pensée libre
Liberté Bonheur
Pourquoi ? Comment ?
Roman Vie Fiction
Des éclats de diamants dans la boue (social)

**7. Espiritualidad**

Le sang du calice de Morya (gratis)
À Nos disciples
Le Maître en incarnation Les groupes et Shamballa
Christ en soi, Christ en tous, Christ en Vie
Du Silence de Dieu au Principe christique
Le cœur ouvert
… de Shamballa… aux Caraïbes
Livre d'or
Maîtrise initiatique dans l'incarnation
Les Saisons de la Transformation
Expérience et Maîtrise
Sur les pas de Christ et au-delà
La Source et le moyen
La Mère le monde et vous tous
Du rêve ou de son Absence
De l'Esprit au sexe
Unité de synthèse et Magie Divine
L'Envol
Ange ô mon Ange
La 7ème étape
Énergétiquement Vôtre
Réponse aux « channelings »
Transition et Vie
« … de la Cellule … »
Le Nomade de l'Amour
Cœur au mon Cœur
Le Yoga du feu
Devas
D'un Point de Vie ésotérique
Cendres de glace - Poussière d'étoiles
Le couple gnostique
Prophètes et Médiateurs
Connexions - Devas Violets
Cœur Kaléidoscope

**English - Español**

**Originally written in English**
Paddy’s World (gratis)
My word again
The Sacred Journey through Empowerment
**Translation into English**
On the tracks of the Nazarene
The blood of Morya’s Chalice (gratis)
**Traducido al español**
Una pareja al margen

Portada LC
Libro editado en francés y traducido al español por Laura Martinez
ISBN 978-2-36633-008-3

LCenteur
leïla chellabi
contactlc2020@gmail.com